UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01790925 0

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/donbartolomjos00marq

Don Bar= = tolomé José Gallardo

Noticia de su vida y escritos : por

Juan Marqués Merchán

Madrid : Año de m.cmxxi.

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

Rev. E. Merrick Bull. Hist. XXIV
278

Hasn't seen letter in Bull of Rec or Hist.
but of p. 253
requires great bibliographical
acumen - pamphlets. Palindromic -
to decipher (not in Hartzenbusch) in a
series which determines bibliographically
Hasn't seen Menendez y Pelayo catalogue
pamphlets and ephemeral are most genuine
rate his catalogue of 1885 in Bull Rec in
interest - performer of Spelling - deep man of
grammar
Tedious on - in fact - etc
Cf. Brit Mus Cat?
B
Lord Acton

Al Dr. Milton C. Buchanan, con todo el agradecimiento de

Juan Marqués Merchán

16-9-921

DON BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO

LS
G1637
Yma

DON BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO NOTICIA DE SU VIDA Y ESCRITOS por JUAN MARQUÉS MERCHÁN

489801

13. 4. 49

MADRID
PERLADO, PAEZ Y C.ª
1921

ES PROPIEDAD

Tipográfica Zambrana, S. A.-Agustín Parejo, 11.-Málaga

NOTA DE LAS ERRATAS PRINCIPALES

Página	Línea	Dice	Debe decir
80	23	de Gracia	de la Gracia
87	7	española	Española
91	19	catedrático del Instituto de S. Isidro	canónigo de S. Isidro y catedrático que fué de Burgo de Osma
94	8	magestad	majestad
110	3	meretrizes	meretrices
178	6	Ninht Thongths	Night Thougths
209	1	suficientes	suficiente
215	7	sigue	siguen
217	12	y ya	y a
221	5	los Hermosilla	las de Hermosilla
223	5	de la religión	que la religión
232	12	llamas	mallas
274	18	Alfonso	Adolfo
276	10	indocumentados	documentados
280	11	fué	vá
285	9	reproduce	reprodujo
292	14	exacto	exento
279	19	1854	1853
299	20	dos días	un mes
364	14	las	alas
396	13	agredezco	agradezco

DEDICATORIA

Al Sr. D. Ricardo López Barroso

Mi querido maestro: he aqui la historia agitada de un esforzado hidalgo extremeño, tan valeroso en la inventiva, cuanto bizarro en el hacer.

Luengos años olvidado sin justicia, su nombre perdura esclarecido en la memoria de los bibliófilos españoles, que le ofrendan el homenaje de la devoción más alta, nacida al conocimiento de su esfuerzo granitico en la insenescente tarea de salvar la herencia literaria de nuestros siglos de oro.

Más no es solo en este aspecto—única fuente de su actual recordación—en el que nos interesa, que su vida y obra hállanse enlazadas con fortitud, por la reciedumbre de una indomable voluntad. Gallardo es ante todo y sobre

todo un héroe. Héroe, no porque triunfó con el pensamiento o por la fuerza, sino porque tuvo grandeza de corazón.

Un aire denso nos oprime. España la caduca se envilece en una atmósfera cargada y viciosa; pobres materialismos sin grandeza, pesan sobre el espíritu. España agoniza asfixiada en un torneo de egoismos miserables, y al morir nos ahoga. Respiremos por un momento el aire puro de los corazones heróicos.

Para los que no se conforman con la mediocridad humana, la vida es un duro combate cuotidiano; lucha triste, las más de las veces guerreada sin grandeza ni fortuna, en la soledad y en el silencio. Un trágico destino forja sus almas—hechas de amor y fantasia, de lirismo y de bondad—en el yunque del dolor, desgarrando sus corazones con la esfinge cruel del sufrimiento y la vergüenza agenas.

Asi Gallardo cruza la punzadora senda de su amargo vivir, en alas de la esperanza florecida de la siembra de esfuerzos, de intentos fallidos, de jalones de luz, puestos a precio de

sangre y lágrimas, en la obscuridad de las incomprensiones, de los egoismos. Y grande por el valor porque lo fué también por la desgracia, su vida heróica merece un recio comento lleno de pasión y de entusiasmo.

En las pálidas tardes de Noviembre, en las tardes en que acogiamonos a la paz cristalina de su biblioteca, en las tardes en que nuestro espíritu era todo ritmo y quietud, mientras el eco débil del rumor callejero, llegaba intercadente, fundido con las notas vibrantes de algún melancólico pregón, V. me habló de Gallardo años hace, con un recogimiento y entusiasmo, lleno de dulce sinceridad.

En sus eruditas y amenas disquisiciones comencé a amarle. Usted me dijo del martirio soberano de su vida, del acuitamiento de su bravo espíritu, del amor intenso que por la libertad y los viejos libros sentía; por esos rugosos y odorantes volúmenes que rezuman doctrina y humedad, que tanto nos deleitaban a nosotros.

Usted me enseñó a venerar los nombres de todos los padres de la Bibliografía española,

pero siempre Gallardo obtuvo nuestra predilección, y fué tema sabroso de las charlas amables sostenidas en las tardes serenas que gozamos en la tibieza de su estudio, o en la gracia cambiante y primorosa de nuestro parque florecido.

La debilidad del momento, trajo a mi el recuerdo fuerte de don Bartolomé, y hacinando en paciente rebusco, un puñado de notas—aún guardo algunas dispersas que ayuntaré algún dia si para ello me queda vagar—tegí su elogio con placer. Por eso éste mi libro, no es el de erudición maciza, seria y meticulosa que le consagre; tan solo es el panegirico ardiente de un gallardista fogoso.

Sé que algunos de los puntos que toco en este estudio, se prestan a intrépidas reflexiones, a sutiles glosas; que la exégesis del alma del gran bibliófilo debe hacerse con más detenimiento; pero dando laconismo a ciertos lances, espesura simpática a otros, y siempre esquivando el atiborramiento lamentable, el fárrago penoso, de notas y comentarios, que agostan

el interés de muchas curiosas páginas, solo he tratado de rasguñar el boceto de las aventuras políticas y literarias, del carácter de don Bartolomé.

El poema de su vida heroica es sugestionador y soberbio, no obstante yace en el olvido. A esta injusta depreciación se debe mi esfuerzo, ella ha arrancado a mi pluma estas sinceras líneas de cariñosa loa.

Y pues que V. mi querido don Ricardo, dióme la base de este libro en sus conversaciones hechiceras, justo es que a V. lo dedique como el homenaje más cumplido que puede ofrecerle la admiración de su discípulo apasionado

Juan Marqués Merchán

Málaga 11 de Agosto de 1921.

Don Bartolomé José Gallardo

(Acer, indomitus, libertatisque magister)

EL HEROE

Es una tarde de Agosto calurosa. En el paisaje amargo de Castilla, desborda el sol en secular halago calcinante cascada de fuego. Cerca de Toledo, hay una hermosa dehesa que llaman *La Alberquilla:* para bajar a ella de la ciudad, atraviésase un amplio camino orillado de pinos susurrantes. La dehesa hállase enclavada en extensa llanura—aledaña a la orilla del río Tajo—con acceso a la carretera. Es alegre, tranquila y espaciosa. Acotadas sus lindes, con viejos paredones ciérrala al frente herrumbroso cancel. Los bancales de sembradura son a trozos, verde bronce, verde presada,

grisáceos, rojos, oscuros—casi negros—en las hazas labradas recientemente; altos maizales ensamblan en mosáico infinito con los cuadros de barbechos hoscos.

La casa está situada en estrecha planicie: a su espalda se extiende hasta cerrar el horizonte, en sus eternas combinaciones pardas y rojizas, la grandiosa llanura castellana. A un lado colúmbrase Toledo, con sus ringleras de casitas rebozadas de cal blanca, con sus decrépitos palacios, enormes, dorados, negruzcos, de portaladas monumentales de sillería, incrustadas en los dinteles de afiligranados blasones pétreos; con sus altos tapiales musgosos y sombríos, con sus torres versicolores perfiladas en el azul; al otro, montículos escabrosos o pequeñas colinas matizadas de verde,

que ponen una nota gaya en la vetustez del paisaje.

Toda la rica vastedad de la finca, está inundada de cegadora lumbre. La casa es amplia y limpia. Las paredes exteriores están enjalbegadas y refulgen al sol con blancura deslumbrante. Tiene una puerta adornada con recios clavos chatones enmohecidos, y unas rejas saledizas tomadas de orín. Delante de ella, extiéndese breve placeta cuadrilonga, empedrada de menudas guijas que se combinan formando caprichosa taracea; en sus bordes álzanse robustas columnas, que sirven de apoyo a los sarmientos florecidos de exuberantes parrales.

La verdura impetuosa de los pámpanos repta por las blancas pilastras, se enrosca a las carcomidas vigas del parral, y cubre el tosco lecho que las cañas

contextas le ofrendan, de tupido toldo cimbreante desbordado a trechos en tumultuosas oleadas.

Aquí, a la sombra protectora de este parral, hay una mesita rústica: delante de ella, arrellanado en viejo sillón frailuno que trajera de Toledo, hállase, pluma en ristre, un viejecillo flaco, cetrino, de cara algo avinagrada, ojos chiquitos, nerviosos, suspicaces, y un tanto graves y autoritarios; sobre la mesa, reposan, un grueso infolio, un sencillo jarrico de Talavera, mediado de limonada, del que bebe ardoroso de vez en vez, un tintero de china exornado a retazos, de pequeñas guirnaldas rosa y verde, unas plumas de ave, algunas cuartillas y una salvadera. A derecha e izquierda, macizas sillas campesinas, repletas de volúmenes aforrados de rugoso pergamino,

cuyas hojas despiden un vaho a humedad; cabe su asiento, vese corto rimero de libros; a lo lejos, destacándose entre macizos hierbazales, la alberca pequeña y sólida, que da nombre al prédio.

El viejecillo repasa afanoso el pesado infolio que tiene entre las manos, que él nos ha dicho: «cuando yo puesto de codos tomo un libro por mi cuenta, arde toda chamiza sin distinción de verde ni seca: todo lo llevo abarrisco, sin dejar letra por leer; aprobaciones, tasa, fé de erratas, prólogo, dedicatoria, licencias, privilegio del Rey (si lo hay); en fin, yo me le leo y releo todo, desde la antepórtada al *laus deo.*»

Este caballero—como él llama en sus escritos a las personas de quien bien habla—es don Bartolomé José Gallardo, prez y gloria de la bibliografía española,

y terror de literatos contrahechos, falsarios y atrevidos. Don Bartolomé ha corrido mucho mundo, ha sostenido recias polémicas, se ha visto perseguido por sus ideas liberales, ha sufrido las amarguras del destierro, y ahora, acallados un tanto los ardores de la juventud, va desgranando en *La Alberquilla,* en literarios empeños, las horas tediosas de la vejez.

La dehesa reposa en calma solemne; solo la cigarra cantora rasga los aires con la monotonía de su canto estridente. Sobre el abierto libro—Historia de los honestos amores del caballero Peregrino y de doña Ginebra—que guarnece rica baqueta labrada, estremécese fina randa de luz y sombra, urdida por los entrelazados pámpanos lujuriantes.

El recio catador de libros—como le

llama Martín de la Cámara—posee muchas ediciones de esta obra; ahora las está ordenando y anotando sus diferencias; fáltale una muy preciada, de que le ha dado noticia su culto amigo, el acreditado hispanófilo Fernando Wolf, con quien sostiene erudita correspondencia literaria, pero esta nota no la encuentra; ¿se habrá perdido?; él recuerda que la edición es sevillana como varias otras, pero el año no, y esto le intempera. Don Bartolomé rastrea el sillón, álzase presuroso y entra en la casa; a poco sale con sus ojillos brillantes triunfadores, y la nota de Wolf en una mano.

El calor es sofocante; la tierra está sedienta y abrasada; el sol fíltrase por entre los hacinamientos fragantes de robustos pámpanos, impregnándolos de ardoroso bochorno. De tiempo en tiem-

po, una ráfaga de aire tibio hace gemir los altos maizales rumorosos, agitando sus lucidoras hojas largas. Don Bartolomé deshace su corbatín romántico de múltiples vueltas, que cuelga al desgaire, ordena las cuartillas, y engólfase nuevamente en su trabajo.

En otros tiempos, jamás hubiérase avenido a este sosiego encantador; gustábale la vida tumultuosa y activa, la constante polémica, la perdurable alharaca; cambiaba facilmente de domicilio, de residancia; ora huyendo a los serviles, robusto brazo del descastado Fernando VII, ora a la justicia, perseguidora eterna de sus escritos, ora buscando un momento de tregua para cobrar nuevas energías, peregrinó por villas y ciudades, atravesó caminos, y cruzó anchos mares con arrojo y facilidad sobradas.

Pero un día ahito de esta agitada vida, se enamora del vivir sosegado del campo, adquiere *La Alberquilla,* y fija en ella su residencia.

Nadie conociera a aquel mozo pendenciero, atrapador de libros curiosos, que en saladísimo folleto hacía la apología de los palos dados a Calvo de Rozas, y burlábase con gracioso cinismo de los orondos frailes doceañistas, si en su dehesa toledana le viese ahora levantarse al alba, pasear su heredad, saturarse de aromas mañaneros, presenciar tras la cancilla que da al camino el paso tardo de los boyeros que guían sus carretas, colmadas de verduras, al mercado, y deleitarse a solas con el goce sereno e indecible que los libros—uno de sus grandes amores—le producen.

Abismado en el trabajo permanece to-

do el día; cuando el crepúsculo se acerca, recoge sus trebejos, y atiende al riego de la ardorosa tierra que los jayanes toledanos servidores suyos, llevan a cabo con maestría. La tierra se alboroza y entona un himno alegre con su sonoro glu-glu; las plantas que anonadadas por el bochorno canicular se hallan mustias y caidas, sacuden su letargo y rien de nuevo; los terruñeros y labriegos, los carros con su estridente y pesado monorritmo, las voces claras de los chicos, y la charla jovial de los que cruzan, pueblan por un instante el camino que solitario durante el día estuvo, mientras el sol se oculta.

Tiene la puesta del sol en Castilla una augusta majestad indescriptible; húndese lentamente, como si se gozara con el ritmo de su descenso, dejando huellas

de sangre en el llano; las piedras color de oro viejo, se tornan mate, perdiendo su brillo y su luz, y en esta hora solemne, cuando las campanas de Toledo con sones cristalinos y tristes dejan morir en el silencio los tañidos del ángelus, es cuando don Bartolomé siente en toda su plenitud la dicha del vivir campesino, mientras dirígese a su casa contemplando el misterioso titileo de alguna estrella perdida en la inmensidad infinita.

Pero no es hecha su vida para la calma ni su condición llamada al sosiego, y en un arranque de vehemencia, trueca las dulzuras de su heredad por el inquieto y tumultuoso bullir de la corte. Estos cambios impremeditados, estas transiciones bruscas, siempre han sido características de su genio; ellas guían todos sus pasos desde la cuna hasta el sepulcro.

LIBRO PRIMERO

EL ENCANTO DE LA TONSURA

Nació don Bartolomé José Gallardo, el día 13 de Agosto de 1776, en la extremeña villa de Campanario. (1) Sus padres, Juan Lorenzo Gallardo (descendiente de los Gallardos de Sevilla) y María Lucía Blanco, eran labradores de mediano acomodo.

Fué su niñez bravía y melancólica, envuelta en esa hosquedad tormentaria que da el refinamiento prematuro de una sensibilidad fuerte. Enérgico, orgulloso, su cuerpo, su espíritu, hallábanse en

(1) Vid. el apéndice A. (Partida de bautismo).

eterna agitación, como arrastrados en vertiginoso rodar; era el suyo un entusiasmo que de nada cansábase, al que todo servía de alimento. La vida no le poseia aun por entero, y a cada instante salvábala para nadar en lo infinito. Pero aquella rasa campiña, aquel horizonte árido y monótono que al pueblo cercaba, adentrábase en su alma lentamente, llenando de sequedad su florecencia.

Conocieron los padres la excelente disposición del muchacho para el estudio y encomendáronle al anciano sacerdote don Manuel Méndez, para el aprendizaje de las primeras letras, y una vez alcanzado su conocimiento, al hábil latinista don Francisco Antonio de la Peña, que halló en don Bartolomé experto discípulo.

Los recursos educativos de Campanario agotáronse, y Gallardo pasó a Salamanca a cursar filosofía, corriendo los años 1790, asistido por don Juan de Valdivia, freire de Alcántara y deudo de la familia, que recibió con el huesped la misión difícil y delicada de inclinarlo a la iglesia suavemente. Sus padres deseaban fuera clérigo (sin tener prueba plenaria de su deseo) para que pudiese gozar una capellanía de familia.

El hijo, sacerdote, canónigo presunto, siempre ha seducido a la madre española. Los recursos hoy legendarios que el clérigo arbitró en la edad vieja, arrastraron a una hipocresía piadosa, centenares de hombres de espíritu laxo. Impulsados por sí los unos, incitados los otros por la ambición paterna, renunciaron a la atrayente coyunda en principio, (teórica-

mente alcanzada ya la magnitud de la abstinencia) y formaron coro triunfante de egoistas, que ocultaban sus móviles vitales bajo la ficticia rigidez de una sotana. (1)

Pero indómito Gallardo, rechazó desde un comienzo decisión tan absurda. Muerto don Juan Lorenzo, afincose a ella la madre, temerosa de quedar necesitada una vez consumida la escasa hacienda que en herencia recibiesen, con nuevos bríos, suscitando entre ambos lucha pertinaz, en la que el esforzado jo-

(1) En el siglo XVII llegó a su apogeo tan grandiosa felonía. Según dice don Gaspar Criales (Arzobispo de Reggio) en sus Cartas a Felipe IV, los sacerdotes «son aquellos, que no pudiendo sustentarse en el siglo como ellos quisieran, o conformarse a su estado, se acogen al puerto de la religión, a buscar el pan que por lo menos no les ha de faltar en ella, y estos no son religiosos por Cristo, sino por el pan de Cristo.»

ven, a trueque de mil temerarios sacrificios, logró vencer.

Enemistado con su familia, privado de la mesada que le enviaran hasta entonces, para mas obligarle; padeciendo trabajos y sufrimientos, pero siempre enervado y sostenido por su horror a la tonsura, aplicose al estudio de la filosofía y bellas letras, costeándose la carrera merced a las asistencias del doctor don Juan María de Herrera, bibliotecario de la Universidad, que le hizo ingresar en el Colegio de San Bartolomé, donde permaneció hasta 1799. (1) Y enamorado más tarde de la Medicina, especialmente de la Anatomía que leyó en la obra de Vioslou, cursó también estos

(1) Entre sus profesores recuerda Gallardo con especial complacencia, a don José Recacho (de física experimental) y el maestro Martel (de filosofía). Vid. Zapatazo a Zapatilla. Pag. 41.

estudios hasta el ejercicio de la licenciatura (que no efectuó) con aprovechamiento notable.

Ya apuntaban por esta época su agudeza y castizo decir, en la crítica rimada que compuso de una piecesita poética hecha por dos compañeros suyos en honor de la graciosa del teatro de Salamanca, Srta. Bota.

FLORINDA

Estudiante truhan y apicarado, va formando preciada biblioteca y adquiriendo un tesoro de erudición, bien con los libros alcanzados a precios ínfimos, gracias a mil tretas y astucias saladísimas, bien utilizando los de amigos y conocidos que se apropia con mañosas artes. También hace labor de acopiamiento en los archivos de más realce y nombradía, logrando al cabo de este pícaro trabajo dotarse de un fondo castizo, profundamente español, y acaso también frailuno. Crecen sus conoci-

mientos, su gusto se depura, su ingenio se agudiza con presteza.

El índice Expurgatorio de libros publicado en 1800, incluye entre las obras de lectura vedada por su deshonestidad o excesivas licencias en orden a las ideas, las poesías póstumas de Iglesias; el editor don Fancisco de Tojar trata de hacerlas públicas, lo que prohibe el tribunal de la fé, y reputando débil la memoria vindicativa por aquél compuesta, y que en son de consulta le había mostrado, don Bartolomé, siempre generoso, (1) créese en el deber de quebrar

(1) Sostenía Tojar la similitud de las licencias advertidas en las poesías con las observadas en las de otros ingenios, que sin reparo salieron de las prensas al mercado. Gallardo estableció el parangon, de los moralistas y satíricos con los médicos, sosteniendo la licitud que ampara a los dictados de unos y otros en gracia a su intención plausible.

una lanza en honor del ausente, e imprime ruidosa defensa que le ocasiona fuertes enemistades y destempladas repulsas, pues fieles sus adversarios a la sabrosa idea de no dar trégua ni hora de paz a «tan descomulgado herejote,» tíldanle de volteriano, con el mezquino intento de crearle una atmósfera poco halagüeña entre el elemento clerical.

Estampada la defensa, remítese a todos los tribunales de la Inquisición, al objeto de hacerla valer; (1) pero el de Salamanca, confirma su anterior fallo,

(1) Tan solo se salvó un ejemplar compuesto con los pliegos de capilla, que Gallardo envió por correo, según iban imprimiéndose, a su hermano don José Antonio, residente en Extremadura. Este ejemplar recogido años más tarde fué regalado por don Bartolomé a la Marquesa de Bélgica que deseaba tener una obra suya que nadie poseyese, y a quien Gallardo estaba en la obligación de complacer.

y ordena la requisa del opúsculo, que con rigidez suma se lleva a término. Exasperado Gallardo funda entonces un periódico de reducidas dimensiones, «El Soplón del diarista de Salamanca», (1) donde búrlase donosamente del periódico local y las personas que le atacaron; pero en vista de que las circunstancias son adversas, extingue la publicación, y distrae sus ocios traduciendo obras del francés. La *Higiene* de Presavin, cuya versión declara «antes la ha tomado como entretenimiento y

(1) Habiendo llegado a manos del sabio obispo de aquella diócesis don Antonio Tabira este papel, y agradado sobremanera por la picardía y agudeza de su autor, tuvo deseos de conocerle, lo que consiguió por mediación de don Juan Antonio Tabira y don Juan Melendez Valdés, que se hallaba desterrado en Babila-Fuerte. Desde entonces dicho prelado, le mostró admiración y grande afecto.

galana tentativa, que no como empeño sério», y el *Discurso sobre la conexión de la medicina con las ciencias físicas y morales*, de Mr. Alibert, son obra de este periodo. (2).

La lectura intensa y persistente de nuestros romancistas y copleros viejos, despiértanle un sentimiento poético que traduce en endechas de la más castiza y apasionante traza. El amor a Florinda—única novia que se le conoció—informa el corazón de este desfogue rítmico. Ora canta la bizarra apostura, el gracioso decir, la manera pulida de su dama; ora la exaltación de su entusiasmo, la grandeza del querer sincero, sus celos y desvíos, sus caricias y agravios.

(2) Dichas traducciones fueron acogidas con aplauso, por el casticismo y la acendrada galanura con que están urdidas.

Todo el sin fin de hechizos de su cuerpo grácil, inunda bulliciosamente estas rimas cálidas y retozonas de la edad moza,—obra de poeta—que si caen en la incorreción alguna vez es por exceso de ardorosidad.

Florinda o Silvia (que por aquestos motes es nombrada) compendia el asidero que retiene a Gallardo en Salamanca. Su alma quimerista, templada para la aventura loca y el arriesgado vagar, se entumece entre las doradas y ennegrecidas piedras de la ciudad vetusta, que por vieja le encanta y desazona. Gallardo, desde joven siente el apego a lo caduco y el entusiasmo de la vida nueva.

Pronto el azar, su amable compañero, le empuja a andariegos lances. Nombrado en 1801 aposentador de la división

primera del ejército francés que en los comienzos de diciembre se retira a Francia, después de haber hecho la guerra a Portugal como auxiliar del español, dase tan buenas artes en el desempeño de su encargo, que satisfechos los gobiernos respectivos y por convenio gustoso, le otorgan el título de comisario, pasando en concepto de tal, a Francia unido a las fuerzas expedicionarias.

El trato constante sostenido con dichas tropas, entusiastas hasta el fanatismo de los dogmas revolucionarios y el avance ideal de su país, no deja de influir en la formación de los principios políticos y literarios de Gallardo, que completa su educación meses más tarde, bajo la dirección del abate Aleu.

Este excelente clérigo es su verdadero maestro. En las pálidas tardes de Oto-

ño pasean unidos allende el pirineo por la triste alameda de Bayona; el buen páter le alecciona en las sabias doctrinas de su tiempo y en los altos principios de filosofía y de moral, vistos con la amplitud de criterio de las ideas nuevas. Gallardo escúchale con atención, y en su cerebro germina exuberante la semilla de la libertad, mientras la pútrida y desgraciada España, desmáyase en brazos de un vil favorito, y el pueblo imbécil ríe despreocupado, caminando al abismo alegre y loco. Entonces conoce las obras de Voltaire, de Rousseau, de Diderot y D'Alambert, produciéndole su lectura emoción intensa. A su regreso a Salamanca, es ya todo un profundo enciclopedista.

MAESTRO DE PAJES

Abarrisco, truena con la Florinda de sus versos, abandona la villa del Tormes, el cargo de oficial de propios de aquella contaduría (que sin solicitarlo había obtenido), y preséntase en Madrid el año 1805. La plaza de profesor de Francés en la Academia de Pajes Reales, hállase vacante a la sazón, y auxiliado por Capmany (protector suyo a quien siempre conservó respetuoso cariño) y mediante oposición lucida, consigue don Bartolomé ser nombrado para su desempeño; más a poco y en vista de sus conocimientos filosóficos, no corrientes en aquella época, es ascendido a la de Ideo-

logía y Lógica, por la junta directiva.

Establecido ya en la corte, sus ingénitas aficiones a la bibliografía le llevan a trabar amistad con los libreros e impresores de más extenso renombre, y a reimprimir algunas obras antiguas dignas de memoria, cuyo conocimiento es imposible, por la carencia absoluta de ejemplares. De estas, conocemos «El Robo de Proserpina», de Claudiano, traducida del latín por el granadino don Francisco Faria, canónigo de Málaga, estampado en casa de Sancha el año 1806, cuya publicación le ocasiona fuerte polémica con el editor de *La Minerva*. (1)

(1) Vid. La extensa carta publicada por don Bartolomé (firma con el anagrama de Gallador) en el *Diario de Madrid*, los días 6, 7, 8, 9 y 10 de Marzo de 1807, y la respuesta del editor en el n.º 11 de *La Minerva*, correspondiente al 17 de Abril del mismo año.

Al año siguiente, don Tomás García Suelto, médico celebrado, tanto por su pericia profesional, como por su afición a las letras, redacta el elogio de don José Severo López, escrito en que trata de plagiario al doctor don Andrés Piquer. Chócale a Gallardo tal censura, y bajo el seudónimo de *El Bachiller de Fórnoles* (pueblo natal de Piquer) y diciéndose sobrino suyo, compone una carta en su defensa, que dá a luz en el *Memorial Literario* de 29 de febrero de 1808.

Dicha carta sofoca en extremo a García Suelto, que no gusta como don Bartomé, que «la verdad se defienda con aire», y reputa a este incompetente; más una digna y bravía epístola que lanza Gallardo, confirmando el tenor de la primera, le reduce al silencio. «Recia cosa es para un hombre de vergüenza—dícele—

esto de tener a cada trinquete, que sonsacar a su prójimo apurando toda la fraseología de la buena crianza, para hacerle ver que se equivoca adrede» pues «se necesita don de errar, para ceñir en tan breve espacio tantas y tan insignes falsedades y absurdos, como el discípulo del malogrado Severo López ha estampado a nombre de su maestro». «Esta flaqueza, hace mucho honor a su corazón, acaso no hace tanto a su cerebro; ¿pero quién es cabal en este mundo?». (1)

Divertido en tales menesteres, (2) per-

(1) El doctor don Antonio Franceri, cae ingenuamente en el engaño, y busca al sobrino celoso conservador de la memoria de Piquer, hallando solo a Gallardo que, deshaciendo el equívoco, se confiesa autor de los escritos vindicatorios.

(2) Hacia esta época publicó también un tratado de retórica sagrada intitulado *Consejos a Félix sobre el arte de predicar*, que se ha perdido.

mancce hasta el mes de Mayo de 1808, fecha de la malhadada invasión francesa, en que ignominiosamente despojado de su cátedra--como todos los patriotas de su empleo—queda sumido en la miseria.

ANDANZAS SERRANAS

Triste y desconcertado ante el futuro incierto que vislumbra, abandona la Corte prestamente y corre hacia el solar de Campanario. La violenta epopeya de Madrid abate su alma noble y fuerte, llena su corazón de desaliento; pero esforzado siempre en sus amores—y es el suyo a la patria, entre los grandes, bueno—sobre el trágico estupor de la sorpresa, alza pujante sus arrestos, y se lanza al combate embravecido.

Pártese a Badajoz de Campanario, y allí pregona su odio al insolente allana-

dor de nuestro suelo y ofrece sus servicios a la junta extremeña, que le comisiona para insurreccionar los pueblos de la provincia en compañía del licenciado don José Salustiano de Cáceres.

El Conde de la Torre del Fresno, capitán general de Extremadura, que en un principio habíase inclinado al alzamiento, mudando de opinión, sin tino alguno, intenta más tarde reprimirlo. El oidor de Cáceres don Vicente García Cavero—hombre muy necio, según Ramírez de las Casas-Deza—pone en la cárcel y otras prisiones a los caudillos de la rebelión, y perteneciendo Gallardo al número de ellos, es sacado de su monástico refugio (1) y aherrojado a la trena sin decoro.

(1) No pudiendo hospedarse en fonda alguna por la escasez de espacio y de servicio,

Al siguiente día —treinta de Mayo— nota el pueblo levantisco, que no se hace la acostumbrada salva, por festividad de San Fernando; se altera ciegamente, y acomete a los presos, señalados como traidares en el hervor de su insensatez. Algunos de ellos caen bajo el cuchillo bárbaro e inconsciente de la plebe sin norte; otros salvan la torpe lacería. El portugués Vasconcellos don N. Carcelen, coronel de la columna de granaderos de Castilla, dos oficiales que se decían ser edecanes de Murat, y el conde de la Torre del Fresno, mueren arrastrados; a Noriega, tesorero general del reino, le apuñalan con villanía.

Gallardo escucha pavoroso los gritos

aprovechó la carta que llevaba para un su pariente, síndico de la orden franciscana, y presentándose a él consiguió le habilitase amplia celda en el convento del fundador.

alocados y el tumulto; ya se aproxima el pueblo enardecido clamando a voz en cuello alegremente: «al traidor que está en la cárcel y se sacó del convento de San Francisco». Una ola apasionada de sublevados entra furiosa en las prisiones arrastrando los cadáveres víctimas de su saña. Suben la confusión y el desenfreno; arde en rencores la cruenta masa, y falta de terrero en que cebar su encono, rasga de nuevo el aire aqueste grito: «al traidor que se sacó del convento franciscano». Gallardo es todo zozobra y amargura; su angustia crece, crece y no halla cabo. Tiene comunicada orden de libertad, pero en lo adverso del ambiente la reputa inútil; con una templanza soberbia y resignante, aguarda el fin sangriento de la escena.

Pero he aquí al valiente Calatrava,

que fiel a su amistad con el recluso, acude a procurarle salvamento en unión de un puñado de parciales. Entre el tumulto cruza decidido, le escuda valeroso, y sacándole de la trena cuando el riesgo ha matado la esperanza, le pone a salvo del posible alcance de la asonada funesta.

Encalmados los ánimos revueltos, abandona la ciudad, y parte a la ventura, siempre buscando adictos a la causa nacional. Gallardo es hombre apasionado; cuando ama una cosa, llega a la exageración, cuando la odia, peca de injusto. La barbarie napoleónica despierta en él el espíritu patriótico con el fuego característico de todos sus sentimientos, y liberal exaltado extrémase como nadie en su enemiga a los secuaces del intruso rey José.

No tarda mucho en hallar compañero de andanzas y entusiasmos. El Conde de Montijo, que por los pueblos de Extremadura camina haciendo patria, le toma en calidad de secretario y le asocia a su empresa redentora. Caballeros en sendas mulas corren villorrios y aldeucas, poblachos y lugares, donde predican a la usanza mora, la santa guerra que lo excusa todo.

Congregan en las plazas cuantos mozos hábiles hallan en las cercanías, y subidos en un tablado que ordena alzar el Conde, dicen a la rústica gente, de los horrores de la guerra, de la tristeza del vivir esclavo, de la hermosura de la libertad; alzan un canto al heroismo, a la hidalguía, al abolengo noble del castellano pueblo y les hablan de la justicia que les asiste, y del azote que estremece

a España; y el fuego que pregona el encendido labio, toca al ardiente corazón de los jayanes, que soñando en la gloria del triunfo, se lanzan a morir fanatizados.

Corriendo sin descanso asisten a la trágica batalla de Medellín; luego prosiguen sus andanzas por el Condado de Niebla, hasta Sevilla, donde Montijo aguarda la resulta del viaje que don Bartolomé emprende a Extremadura con el aparente motivo de traer seguras cartas de la batalla de Talavera (que se ganó el 28 de Julio de 1809), aunque encubiertamente con el propósito de pulsar actitudes, y saber si disponen de elementos bastantes para obligar a la junta Central a constituir gobierno en forma.

No hallando favorables medios a su empeño, Gallardo se restituye en posta

a Andalucía, donde compone algunos escritos para el *Semanario Patriótico,* (1) que Blanco y Quintana, más templados amadores de la libertad, rechazan pretextando excesiva violencia de lenguaje. Enemigo jurado desde entonces de la pandilla quintanesca, si bien participando de las mismas ideas, hace campo aparte; y uniéndose a Montijo nuevamente, salen de Sevilla, para seguir su empresa de alzamiento por la Serranía de Ronda.

Recias desazones y penosos contratiempos apuran en este último patrió-

(1) Comenzó a publicar este Semanario, el poeta Quintana ayudado por Rebollo, Tapia y Alvarez Guerra. Interrumpido después, volvieron a publicarle don Isidoro Antillón y el famoso Blanco White, que al advertirle la Central moderase la aspereza del estilo, mató la publicación. Hijuelas suyas fueron *El Espectador Sevillano* y *El Voto de la Nación.*

tico vagar; los infieles le estrechan con encono, y el peligro creciente les empuja hacia la frontera plaza. Al fin, juzgando inútil su permanencia en un rincón montañés, ponen término a las andanzas pasando a Gibraltar, donde embarcan con rumbo a Cádiz la gloriosa.

EL AUDAZ XARAMILLO

Han corrido varios meses. El andariego conde (1) torna a Extremadura, dejando la guarda de su archivo al celo de don Bartolomé, que víctima de su nobleza cae en las redes de una aventura político-galante.

Para comprometer a Montijo, con algún ignorado objeto, la condesa del

(1) El conde de Montijo figuró mucho en las cosas de la nación, acreditándose de voluble, ambicioso e inquieto. En Marzo de 1808, disfrazado de Tío Pedro, capitaneó en Aranjuez el motín que derribó al Príncipe de la Paz, y en consecuencia, aunque en verdad no de intento, movió a Carlos IV a hacer renuncia de la coro-

mismo título, diestramente auxiliada por un caballero ilustre (su *grande* amigo) y el presidente de la Regencia, urde el engaño de una celada, toda discreción y suave malicia. Necesita la correspondencia habida entre el conde, su hermana doña Gabriela Palafox y Gallardo—por este conservada—; sabe ella la entereza de don Bartolomé, más también conoce su flaco; la aventura.

Le da una cita encubierta. Gallardo acude. La inspección de los papeles se

na. En la guerra de la Independecia, representó algún papel como agitador, aunque siempre intencionado de alcanzar el mando. Vuelto Fernando VII a España, le reconoció rey absoluto, contribuyendo eficazmente a la persecución de los liberales, lo que no fué obstáculo para fundar a poco en Granada una sociedad secreta, al objeto de conspirar contra el régimen y preparar algunas asonadas en favor de la causa constitucional. Vid. Alcalá Galiano. Recuerdos de un anciano. Pag. 210.

insinúa. Es altivo Gallardo y no se rinde; el despecho agudiza su soberbia y la Montijo queda defraudada. Su torpeza diplomática le humilla con exceso, y no hallando remedio florentino propicio a una venganza intensa, apela a maña vulgar. Cómplice de ella el Regente, las salpicaduras del fracaso le alcanzan sin remedio; su herida vanidad por la condesa excitada, planea fuerte desquite, y en nombre del gobierno es conducido a la cárcel don Bartolomé, con grande aparato de tropa. Mas las resultas del proceso a que le someten no arrojan suficientes pruebas, y en contra de *ciertos encumbrados deseos*, es puesto en libertad. (1)

(1) Vid. En el n.° del 19 de Agosto de 1810, del *Correo Político y Militar de Córdoba*, una carta de don Antonio Capmany, fechada

Hasta este momento, la vida de Gallardo transcurre humilde y silenciosa, sin renombre literario ni estimación política alguna; pero su mucho ingenio no ha de tardar en abrirse camino. Cierta paliza dada en las calles de Cádiz por el teniente coronel don Joaquín de Osma al celebérrimo indivíduo de la junta central Calvo de Rozas, (1) dale motivo para alcanzar su primero y ruidoso triunfo, componiendo un sazonadísimo

en Cádiz el 5 de Julio del mismo año, y dirigida a don Anselmo Rodríguez Rivas, intendente del ejército del centro, en que se dan noticias de este lance.

(1) Fué causa ocasinal de este suceso, un folleto de Calvo titulado «*Fé* de erratas que deberá añadirse a las observaciones o libelo que con este título ha publicado este supuesto y disfrazado J. Amso», en que comentaba con acritud, la defensa del Marqués de la Romana hecha por su contrincante en el librillo a que alude el rótulo.

papel que titula *Apología de los palos*, por el bachiller Palomeque; ingenua diatriba que repartida con profusión entretiene a los ociosos de Cádiz durante algunos días, y encumbra la fama satírica de su autor a las estrellas. (1)

Dado a conocer por este folleto como agudo y donairoso al par que castizo escritor, sus compañeros de Cortes desígnanle para responder al vergonzante *Diccionario razonado, manual para inteligencia de ciertos escritores que por equivocación han nacido en España*, obra atribuida a los diputados Freile Castrillón y Pastor Pérez (2), que circula con descaro y que no es en substancia más que una provoca-

(1) Se hicieron varias ediciones en solo unos días. Al año siguiente aparece reimpresa en Lima.

(2) Díaz Pérez, lo supone hecho por el canónigo Ayala.

ción a los liberales motivada por sus excelentes reformas.

Gallardo acepta el encargo, y compone su *Diccionario Crítico-Burlesco,* que si bien está inspirado en las obras de los enciclopedistas franceses, y tiene elementos procedentes del *Diccionario Filosófico* de Bayle y algunas agudezas de nuestros antiguos cancioneros, no deja por eso de ser una obra amena y entretenida, salpicada de sales y afortunados chistes, prontitudes y ocurrencias, si bien bastante fuerte y atrevida para la época en que se compone. (1)

El libro de don Bartolomé anúnciase con anterioridad a su publicación; un

(1) Gallardo estima que el *Diccionario* «tiene algo de bueno, mucho de mediano, y plumadas también a las cuales en todo rigor del arte, se les puede disputar lo tolerable».

ejemplar recien salido de las prensas, cae en manos de los redactores de *El Censor* y formulan estos anticipada denuncia. Entérase Gallardo, y con la presteza que las circunstancias lo permiten, escribe el *Cartazo al Censor general por el autor del Diccionario Crítico-burlesco, con motivo de la impugnación abortiva del Diccionario, anunciado por las esquinas en son de excomunión*, donde burlescamente se queja de que «a su amado hijo le canten el *gori gori* antes de haber nacido». (1)

En las esquinas de Cádiz, aparecen anatematizadores carteles que rezan: «impugnación del Diccionario burlesco, que contra las leyes divinas y humanas, publicará un libertino, contra el reglamento de la libertad de imprenta, según

(1) Vid. *Apología del Altar y el Trono*. Tomo 1, Pag. 134 y siguientes.

ha ofrecido; se denuncia al gobierno y al público». La gente aguarda ansiosa el debatido librejo, que hace meses está compuesto y estampado, mas espera Gallardo el nombramiento de Bibliotecario de las Cortes y teme malograr su propósito si sale a plaza su engendro.

Viene la credencial y el Diccionario aparece precedido del cartel de venta que lleva breve texto:

«Guerra declaro a todo monigote.
Y pues que sobran razones, habrá palos
desde los pies hasta el cogote.»

Miles de ejemplares se agotan en dos días según confiesa el mismo P. Velez (1)

(1) Vid. Menéndez Pelayo. *Historia de los Heterodoxos Españoles*. Pag. 451 y siguientes.
Joaquín Lorenzo Villanueva. *Mi viaje a las Cortes*. Pag. 348.
Adolfo de Castro. Cádiz en tiempo de la guerra de la Independencia Pag. 120, y sucesivas.

y su lectura produce general consternación; promuévense grandes escándalos y algaradas; don Salvador Jiménez Padilla predica contra él en la iglesia de San Lorenzo, y un atrabiliario y quijotesco fanático apelado Atanasio Guillermo Xaramillo, hace fijar en las esquinas desaforado cartel de desafío, que hoy provoca la risa a quien le lee, más no entonces, cuando tales nimiedades tomábanse en serio; dice así:

«Verdadero desafío que para el 27 de este mes de Abril a la una del día, frente a la parroquia de San Antonio emplaza un madrileño honrado, al infame, libertino, hereje, apóstata y malditísimo madrileño, mónstruo abismo de los infiernos, peor que Mahoma, más taimado que los llamados reformadores, discípulo de la escuela de los abismos.» Al

mismo tienpo publica estrambótico folleto, donde promete confundir al autor del *Diccionario*.

«Este feísimo joven—dice—aunque todos le llaman Gallardo, debe morir. Faltó a las leyes de la imprenta, y de su criminalidad hago responsable a la nación, si no le aparta de la sociedad, y le envía a los abismos infernales; merece la muerte, sí, y que se recojan todos los ejemplares, y por cada uno que falte, sacarle vivo un pedazo de su soez y podrido cuerpo. Debe morir, porque en Madrid fué un libertino y un escandaloso en materia de religión; debe morir, porque en Cádiz ha seguido el mismo sistema; y porque una joven amiga suya llamada C... murió de repente (en mi vecindad) de resulta de una desazón que con él tuvo».

La vesánica alocución termina con aqueste solemnísimo desafío: «por si la nación no toma la causa por suya, desde ahora para el día arriba señalado, desafío en toda forma con verdad y libertad santa, al autor del *Diccionario Crítico Burlesco*, para con razones confudirle, aterrarle y hacerle, aunque a su pesar, decir, que cuanto ha escrito en su *Diccionario*, es falso y sin ninguna autoridad, habiendo llevado el fin de pervertir a los incautos y atraerles al partido del jansenismo y francmasonería: Y si el gobierno me lo permite, *no tendré reparo en convertir este desafío en el de sangre y allí mismo verter toda la de su podrido corazón para que se viese que ni los perros la osaban lamer.*»

En pos de este frenético, dirige nuevas provocaciones a Gallardo, un oficial de la guardia real, que con la punta de

la espada va quitando cuantos carteles halla al paso. Imprímese una petición dirigida a las Cortes «contra el libertinaje descubierto en el *Diccionario Crítico Burlesco*», solicitando quede don Bartolomé excluido del número de los ciudadanos (como primero y escandaloso trasgresor de las leyes constitucionales que ponen a salvo la majestad de la religión), sea corregido y enseñado en la doctrina cristiana y su libro entregado a las llamas por mano del verdugo.

El 18 de Abril—día siguiente de la publicación—comienzan las Cortes a tratar el asunto en sesión secreta, resolviendo casi unánimemente «se manifieste a la Regencia la amargura y sentimiento que ha producido al soberano Congreso, la publicación del *Diccionario,* y que en resultando comprobados debida-

mente los insultos que pueda sufrir la religión por este escrito, proceda con brevedad a reparar los males con todo el rigor que prescriben las leyes, dando cuenta a S. M. las Cortes de todo para su tranquilidad y sosiego».

Reclama la Regencia, reclama el vicariato capitular de Cádiz; la junta censoria examina el escrito, y le califica «subversivo de la ley fundamental de nuestra constitución (1), atrozmente injurioso a las órdenes religiosas y al estado eclesiástico en general, y contrario a la decencia pública y buenas costumbres».

El día 20, se ordena recoger el *Diccionario*, y es tanto el odio flotante contra Gallardo, que aconsejado por sus amigos,

(1) Se había promulgado un mes antes de estos acontecimientos.

déjase prender y recluir en el castillo de Santa Catalina. Pero sucede, que comprendiendo la injusticia y ligereza con que han obrado, comienzan los impugnadores a templar sus ánimos, y don Bartolomé vese atendido con grandes extremos en la prisión.

Cierto día, algunas caritativas y hermosas gaditanas acuden al castillo, llevadas por el bonísimo propósito de solazar al recluso, acompañándole algún tiempo. Gallardo recíbelas con grandes muestras de cortesía, y no bien salen de la mazmorra, compone esta felicísima y picante décima que inserta en el *Diario Mercantil* de Cádiz:

Por puro siempre en mi fé
Y por cristiano católico
Y romano y apostólico
Firme siempre me tendré.

Aunque encastillado esté,
Aunque más los frailes griten
Y aunque más se despepiten,
Mientras que de dos en dos
En paz y en gracia de Dios,
Los ángeles me visiten.

LA ESTELA DEL DICCIONARIO

Encerrado tenemos a Gallardo en el castillo de Santa Catalina; ya han calmado sus arrestos los detractores injustos; las compasivas damitas gaditanas, visitánlo en la prisión; algunos periódicos insinúan tímidamente su defensa; los liberales moderados califican de imprudente su conducta por haberse arrojado a estampar especies que aún no puden circular en España con tanta soltura; los mas exaltados elogian francamente su proceder.

Pero como inquisitorial es el fallo obtenido por el ajetreado diccionario de

la junta censoria, Gallardo vese en el caso de impugnarla redactando a tal fin su famosa «Contestación» (1) en que rebate con un grancejo y agudeza de ingenio —tal vez superior al empleado en la obra debatida—los excesos de la denuncia que el vicario capitular don Mariano Martín Esperanza hizo a la Regencia y el dictamen cruento que de ésta alcanzara. Ni lisonja ni adulación en ella emplea, ni se retracta de lo escrito, ni muéstrase temeroso de nuevos y severos castigos; firme y resuelto hace la apología del Diccionario, en páginas saladísimas,

(1) Contestación del autor del Diccionario Crítico-Burlesco a la primera calificación de esta obra, expedida por la junta censoria de la provincia marítima de Cádiz.

Isla de León. Por José Periu 1820.

Entre las autoridades que cita, trae casi traducido del latín el Salmo de S. Agustín contra los donatistas. Saca mucho jugo del libro del P. Boneta *Gracias de Gracia.*

y apesar de esta actitud gallarda, en pugna con la junta de censura, arráncale nueva y mesurada calificación, en la que decláranle casi inocente; Gallardo confórmase con ella, prometiendo borrar algunas palabras malsonantes.

«Era necesario—escribe don Bartolomé—permítaseme decirlo—era necesario todo el amor a lo recto, y el entusiasmo que por el bien de la patria abrasa mi alma, para arriesgarse a estampar un desengaño que a tantos ofende, sin temor de la poderosa contradicción y la borrasca de persecuciones que se había de levantar contra el primero que aventurase esa verdad, tan provechosa como amarga. Mártir podía este llamarse desde luego; y yo no he vacilado en presentar mi cabeza a la corona del marti-

rio, persuadido de que, hago el sacrificio más útil a mis conciudadanos.»

El *Diccionario Crítico-Burlesco* (que M. Pelayo conceptúa *muy inferior* a la *Apología de los palos)* (1) señala un punto cumbre en la historia de nuestro liberamiento espiritual. Rompe la cadena de prejuicios, y atávicas influencias que atenazaba con reciedumbre el impulso del avance idealista, lastrándole de ineptitud. Alma libre y sentimientos nuevos, pide Gallardo con arrojo: sinceridad y nobleza en el pensar: hidalguía constante en el hacer.

Desde que sacudido el torpe letargo en que nos tenía adormecido, no se si diga nuestra genial flojedad, o una lealtad mal entendida, se divisó en España la

(1) Vid. Nuestro Siglo Página 141. Adiciones.

aurora de un reinado feliz, donde imperase la ley y la justicia; como tantos años había mandado el antojo, hubo gentes viendo la general tendencia de los espíritus hacia lo recto, y temiendo como primera consecuencia de esta sed ardiente de verdad y de justicia, el menoscabo de sus intereses y conveniencias personales, que están en contradicción con el interés general, se mancomunaron con otros de la misma raza para sofocar este espíritu incoercible de libertad, y atajar el progreso de la civilización y de las luces, que promueve entre nosotros el mismo tirano que nos intenta embrutecer y subyugar. Los naturales aliados de estos egoistas mundanos, son los hipócritas: y a unos y a otros se han agregados algunos hombres ilusos, pero de buena fe: y todos en masa están,

desde el principio de nuestra milagrosa insurrección, haciendo la guerra a los buenos patriotas, a los buenos ingenios y a las buenas ideas.

No sería suyo el triunfo si pelearan de leal a leal; pero sintiendo la desigualdad de sus fuerzas apelan a ruines estratagemas, para hacerse fuertes y casi invencibles. La religión es su escudo; la iglesia su baluarte; saben la extrema delicadeza conque el pueblo español ha mirado siempre las cosas de la fé, y tomando por texto el que los enemigos de ellos lo son de la Divinidad, clamorean hipócritas el nombre de Dios con que aturden a los fieles incautos; y conjuran como diabólicas las doctrinas que no son contrarias sino a sus mezquinos intereses. La defensa de su peculio quieren persuadir que es la defensa de la religión: la cau-

sa de ellos, la causa de Dios. ¡Blasfemos!» (1)

Contra estos, ha compuesto su obra, y a pesar de los rabiosos clamores levantados, a nada teme: «mi conciencia—dice—me da toda aquella fortaleza que no puede caber jamás en el ánimo de un inicuo». «Yo no pido perdón, sino justicia» que «la luz no ofende a la verdad pero sí a los que viven de los errores populares».

El 5 de Julio, continúa Gallardo en su prisión. El 17, comunica a las Cortes el Ministro de Gracia y Justicia, que la junta de Censura ha reformado su sentencia contra el *Diccionario*. El mismo día se trata de ello en sesión secreta, pero no hay acuerdo.

En tanto los parciales de don Bartolo-

(1) Contestación. Págs. 15-17.

mé, delatan, como anticonstitucional el *Diccionario Razonado,* pretexto del *Critico-Burlesco,* y obtienen su condenación «por minar las instituciones que el Congreso nacional tenía sancionadas». Pasan dos días; la junta levanta el castigo a don Bartolomé, y a la caida de una tarde de estío mientras las bombas francesas llueven intermitentes con su curva de fuego sobre la ciudad de las Cortes, recobra la libertad.

Careciendo de casa propia y temeroso del trato descomulgado de las patronas gaditanas, preséntase a su amigo y correligionario don Tomás Carcía Luna, rico comerciante y hombre placentero y bondadoso, exaltado en sus convicciones políticas, que no tiene reparo en admitirle, tenerlo a mesa y mantel, y proporcionarle cuanto dinero para sus gas-

tos necesita; más queriendo hacerle tan señalados favores de manera delicada, sin herir su puntilloso honor lo mas leve, ruégale acepte el cargo de preceptor literario de Tomasito, su hijo, jovenzuelo apocado y tímido, jefe más tarde de la escuela de Filosofía Ecléctica española.

El 20 de Julio, torna a desempeñar su cargo en la Biblioteca de las Cortes. (1) Vuelve el asunto al Congreso y en la sesión del 21 álzase la desprestigiada voz del canónigo Ostalaza, que firme y sereno, con audacia rayana en la procacidad, defiende una propuesta encaminada a no consentir quede firme el dictamen de la junta Censoria de Cádiz,

(1) Es de advertir que Gallardo fué exacto cumplidor de sus deberes como bibliotecario. A liberales y absolutistas, sirvió con el mismo empeño ayudándoles en sus consultas, y facilitándoles toda suerte de libros y papeles.

por demasiado benigno, sino que revisado el fallo recaiga nueva y definitiva calificación de la junta suprema.

A tan fementido proceder, no aviénese don Juan Nicasio Gallego, que auxiliado por otros cuatro Diputados, protesta enérgicamente, arrastrando en favor suyo a la presidencia misma y a los curiosos de la galería, que acaudilla el cojo de Málaga—víctima más tarde de la reacción absolutista, — empeñados todos en hacer callar por fuerza a Ostalaza, enemigo jurado de la libertad de imprenta.

Ni los denuestos, ni la ardorosa greguería, intimidan a otro eclesiástico apellidado Lera, que interrumpido infinitas veces por el Presidente, logra llegar al final de su peroración, reducida en substancia a escandalizarse de que un servi-

dor del poder público, a quien acaba de conferirse el cargo de Bibliotecario tras haber desempeñado el de oficial mayor del Diario de Cortes, mófese de lo que la nación ama más que su propio ser y su independencia: de las instituciones religiosas y de sus representantes augustos.

Acallado el vocerío, levántase a responderle la figura varonil y simpática del Conde de Toreno, joven entonces y fogoso orador. Con palabras sobrias y precisas, tilda a Ostalaza y a Lera de falta de sinceridad, de alejarse por falso celo del espíritu de tolerancia que respiran los sagrados libros, y de «profanar el santuario de la verdad, con palabras de sangre y fuego», opinando, no ha lugar la proposición debatida, por ser contraria a la libertad de imprenta. Así

se acuerda antes de levantarse la sesión, entre un murmullo espantoso, que ahoga la voz de Ostalaza, cuando encarándose con los periodistas de las tribunas, llámalos «charlatanes que han tomado por oficio el escribir, en lugar de tomar un fusil» y que vergonzosamente quieren supeditar al Congreso.

Más no por esta medida dirímese el asunto; los prelados publican alarmantes pastorales, calificando la obra de herética; prohíbenla en sus diócesis (1), y cierto desconocido, arquetipo del fanatismo más repulso, da a luz mengüado folleto «Contra el libertinaje descu-

(1) No solo en España, sino en América alcanzó la reprobación eclesiástica. Vid. Entre otras, la carta pastoral publicada por el don Antonio Burjosa y Jordan, Arzobispo electo y Gobernador del arzobispado de México, fechada en 2 de Septiembre de 1812.

bierto en el *Diccionario Crítico-Burlesco.*-(1) En tono descomedido y autoritario al par que execrable, pide al soberano Congreso «se declare a Gallardo infame e indigno de la ciudadanía, incapaz de gozar ni ejercer en ningún tiempo los derechos de español, por turbador de la patria, y destructor de lo hecho hasta entonces en su favor», terminando la virulenta acometida--notabilísimo ejemplo de falta de gramática absoluta—pidiendo se entregue el libro a las llamas por manos del verdugo.

Y pasan algunos meses, y don Bartolomé va olvidando las desazones que la trajera su discutido *Diccionario;* pero el 13 de Noviembre otro Diputado, don

(1) En la parte dogmática fué auxiliado Gallardo por el canónigo Navas, catedrático del Instituto San Isidro de Madrid, que se encontraba accidentalmente en Cádiz.

Simón López, vuelve a intentar la empresa frustrada, de Ostalaza, y propone a la Cámara, sírvase separar inmediatamente a Gallardo de su puesto de bibliotecario, y trasmitir a la regencia órdenes severísimas que atajen las frecuentes agresiones contra el dogma y la disciplina; piden otros diputados la lectura del edicto del vicariato capitular y las condenaciones fulminadas por los obispos, pero los liberales desátanse contra ellos, especialmente Calatrava—el admirable Calatrava—y Toreno, muy condolidos de que el Congreso se ocupe de tales «necedades» cual si de ellas dependiese la salvación de la patria.

Más tarde, en la sesión del veinte del mismo mes, el diputado Zumalacárregui, presenta nueva proposición de no ha lugar a deliberar, que se vota por exi-

güa mayoría, con lo que parece finado el asunto, y «salvado de las garras del fanatismo el inocente Gallardo»; más no es así, porque reunidos treinta diputados absolutistas, formulan una especie de protesta con el nombre de «Carta misiva», que viene de nuevo a enzarzar los ánimos. Zumalacárregui la denuncia a las Cortes, y a petición de Argüelles y Toreno, se nombra una comisión especial, que proceda contra los firmantes o contra el verdadero autor de la carta, si las firmas constituyen una superchería.

La comisión opina que el asunto pase a la regencia, y de ésta a la junta de censura, donde averígüase que el original ha sido entregado en la imprenta por el diputado don Manuel Ros, Doctoral de Santiago.

Enteradas las Cortes de esta pesquisa,

el 2 de Diciembre propone Zumalacárregui que se proceda criminalmente por el Congreso mismo contra Ros, en el término preciso de quince días. Ostalaza y don Bernardo Martínez le defienden ardorosamente; protesta Larrazábal de esta infracción de la ley de Imprenta, y de la magestad del diputado; pero la mayoría decide pronunciar adverso fallo, y Ros es sometido a un proceso, arrestado cerca de un año, y arrojado al fin del Congreso, como indigno de pertenncer a la representación nacional. (1)

El triunfo de Gallardo es completo; al vicario capitular, condenador del *Diccionario*, le entregan las Cortes al Juz-

(1) Contra este, escribe Gallardo (según Díaz Pérez) el «Cartapel a don Guazo» que se ha perdido, obrilla paralela, a la «Crítica semiburlesca de la calificación del impreso titulado Diccionario Crítico-Burlesco.»

gado eclesiástico, y el vesánico Xaramillo sufre una reclusión de ciento cuarenta y nueve días en el Castillo de Santa Catalina, donde a ruegos de su familia y amigos y hastiado del encierro, suscribe una retractación total de su reto, compuesta por Gallardo, hecho lo cual obtiene la libertad. (1)

Más apenas se ve libre, imprime otro papel iracundo que llama, «Inversión oportuna», refiriendo lo acaecido en la formación de su proceso, dirigido, según él, enteramente a gusto de los liberales, y temeroso de nueva persecución hu-

(1) Tanto Ostalaza, como el Marqués de Panes y «El Procurador», elogiaron mas tarde a Gallardo. Don Bartolomé se burló con suma acritud de estos elogios en el artículo comunicado inserto en el número DLXXIII de El Redactor General, correspondiente al Jueves 8 de Enero de 1813. Vid. Adolfo de Castro. Las Cortes de Cádiz. Complemento de las sesiones verificadas...

ye de Cádiz, anticipándose a la pena de destierro que le ha sido impuesta, poniendo término de esta guisa a su celebérrimo desafío.

LA EMIGRACIÓN

Después de tan sonadas aventuras, permanece don Bartolomé en Cádiz durante el resto del sitio, y sólo marcha a Madrid, cuando libre de franceses la capital, y conjurado todo peligro de nueva ocupación, resuelven las Cortes establecerse en ella. Ya en Madrid, comienza a publicar un periódico—«La Abeja Madrileña»—donde diariamente da cuenta, con su habitual ingenioso desenfado, de las sesiones del Congreso, simulando escaramuzas militares, entre ambas huestes, liberal y servil, nombrando por apo-

dos y remoquetes de su propia invención, a los diversos jefes o paladines de ambos campos. Llámale a Calatrava, *El Maestre*; a Argüelles, *El Divino*; al Obispo de Puebla *El Preste Juan*; a Mozo Rosales, *Muelle Flojo*; a Calderón, *Caldo Pútrido*; a Ostalaza, *Ostiones*; y a Martínez de la Rosa que firma siempre los partes, *El Barón del Bello Rosal*, General en Jefe.

Transcurre algún tiempo; los franceses son derrotados en Vitoria y Tolosa, ajústase el tratado de Valencey, y Fernando VII resuelve volver a España. Las Cortes le fijan el itinerario, varíalo a su arbitrio y marcha a Valencia. Allí recibe pruebas de denigrante servilismo, allí principia a conspirar contra el régimen. Y allí pronuncia el discurso, desgraciadamente célebre, en que vierte especies como ésta: «Yo trataré con los Procura-

dores de España y de sus Indias, y en Cortes legítimamente convocadas... de establecer sólida y legítimamente cuanto convenga al bien de mi reino». Gallardo es hombre prevenido y avizor, columbra en lontananza los falaces intentos de Fernando, la barbarie de la reacción que se aproxima, y sin aguardar un momento abandona Madrid, dirigiéndose a Portugal por el punto más cercano.

En Campanario, descansa con premura; únese al conde de Toreno, y salvando arrojadamente penalidades sin límites, arriban a Lisboa, donde acógelos gozozo don Ignacio de la Peñuela, embajador de España por aquel entonces.

Un mes permanecen en esta ciudad, esquivando la diligencia del gobierno lusitano, comisionado por el español

para aprehenderles, transcurrido el cual embarcan gracias a los subsidios que generosamente les facilita Pezuela, en el buque portugués «Nossa Senhora do Rosario» que les lleva a Bristol, de donde pasan a Londres, ya impuestos del trágico final de las gloriosas.

Poco después van llegando los burladores de la abyecta lacería absolutista: Mendizábal, Alcalá Galiano, Isturiz, Villanueva, Puiblanch, Florez Estrada....

LA PAZ DEL DESTIERRO

Está en Londres la vida de Gallardo, llena de paz y de templanza. Acogido con obstensible agrado por el Gobierno Inglés, (1) se entrega plenamente a literarias empresas y labores bibliográficas. Estudia gramática con preferencia (llegando a leer más de treinta) y dase también a los diccionarios, componiendo (si a sus palabras hemos de dar crédito) una

(1) Le asignó una pensión anual de diez mil reales. No tenemos noticia de ningún emigrado que recibiese mayor cantidad.

Estos socorros concedidos liberalmente por el Gobierno, unidos a los proporcionados por los comités de auxilio, constituian la base del

obra de cada especie,—garfiñadas y perdidas el día de S. Antonio—superiores en conocimientos y riqueza filológica, a cuantas hasta entonces habíanse en España publicado. (1)

En los ratos de ocio, va leyendo Historias de Inglaterra, y copiando en las

vivir de la mayoría de refugiados. Como su número aumentase grandemente, después de la trágica huida del 23, hubo el Gobierno de fijar una escala gradual de limosnas, hecha de acuerdo con el oficio o cargo de los solicitantes.

Alcalá Galiano en sus *Recuerdos de un anciano* (Pag. 519) la inserta y es como sigue:

1	Clase	5	libras (mensuales)
2	»	4	»
3	»	3 1/2	»
4	»	3	»
5	»	2 1/2	»
6	»	2	»

La clase cuarta correspondía a los literatos.

(1) Del «Diccionario autorizado de la lengua castellana» (que éste era su título) tenía compuestas el año 1820, según recuento hecho antes de salir de Londres, con la asistensia de sus amigos Garrido y Robles, más de 150.000 cédulas.

bibliotecas de acreditados hispanófilos, ricas en manuscritos de antiguas trovas castellanas, coplas y romances a los que piensa dar publicidad cuando retorne a España; más como la estancia en extranjera tierra se prolonga, y son muchos los papeles y noticias curiosas que atesora, y su alma templada para la lucha no aviénese a permanecer inactiva, se arroja a publicar un periódico, que bajo el título *Gabinete de Curiosidades*, servirale para darlas a conocer.

Puigblanch—catalán eruditísimo, autor del renombrado libro *La Inquisición sin máscara*—entérase del proyecto, y tan duramente lo combate con viles artimañas, que consigue no vea la luz pública el *Gabinete;* y es que Puigblanch tiene un amigo—Fernández Sardiño—que dirije otro periódico *(El Español Constitucio-*

nal) al que seguramente hubiese derrocado el de Gallardo por su superioridad literaria. No juzguemos su conducta; consignemos tan solo que esta contrariedad amargó bastante el ánimo de don Bartolomé. (1)

Entonces, recluido en su casa de Noble Street, o en su quinta de Pentonville, dedícase de lleno a glosolálicas tareas. Trabaja una *Filosofía de la Lengua Española*, un *Vocabulario provincial Americano*, un *Diccionario Ideopático Español*, una *Prosodia y arte rítmica española*, y utiliza su crecida amistad con Andrés Bello, residente en Londres por aquella fecha, como medio consecutivo de la perfección

(1) También en sus *Opúsculos Gramáticos satíricos* de los que dijo M. Pelayo (Vid. Heterodoxos españoles Pag. 67 Tomo III), eran lo más insolente que había leido en castellano, le tira algunas venenosas puntadas.

lingüística, ora por carta, ora de viva voz. En 1º de Octubre de 1816 le escribe:

«Amigo y dueño: pienso no salir de noche en toda esta semana. Si usted, pues, gusta favorecerme, siempre me hallará a su disposición, deseoso de dar pasto al alma en dulce y provechosa plática.

De esta podemos disfrutar aún sin sacar el pié de nuestros respectivos tugurios, ni atravesar páramos ni calles perdurables, en haciendo mensajera de nuestras palabras en vez del aire, de silla a silla, la estafeta de Pentonville ó Somerstown. Esta correspondencia puede sernos muy cómoda y agradable, llevada galanamente. De otra manera tampoco podría yo entablarla sin peligro de distraerme de mis tareas de biblioteca y diccionario, que son al presente mi prin-

cipal ocupación. Tiempo vendrá en que pueda volverme del todo a mis investigaciones filosófico-gramaticales, género de estudio que embebece y deleita mi espíritu cual ninguno. En este concepto abro la correspondencia, pronto empero a llamarme a fuera, siempre que vea que me va ocupando demasiado». (1)

Y discurren los años en valientes pesquisas y sonados rebuscos en las bibliotecas de los hispanistas, caballeros Heber y Goeden, en estrecho carteo con Liaño (2), en satirilla amena con los ociosos emigrados; abortan en la patria redentores avances, y las nuevas del alza liberal al fin arriban, triunfales y halagüeñas.

(1) Vid. Biblioteca Histórica de la Filología Castellana, por el Conde de la Viñaza. Págs. 1.397-98.

(2) Español de vastos conocimientos, bibliotecario del Rey de Prusia.

DON TOMÁS

Los excesos despóticos de la reacción absolutista, habían sido humillados por el grito salvador que en Las Cabezas de San Juan, lanzara Riego; ya la Constitución del año doce nuevamente imperaba, y las ideas podían obstentarse con entera libertad; ya los patricios ilustres que huyeron al ver exánime la redentora obra que formaran con tan generoso impulso, sin obstáculo ninguno podían regresar a España.

Gallardo, con esta nueva, recibe alegría inmensa, y presto abandona Lon-

dres y embarca con rumbo a Francia. En París se detiene brevemente, marchando enseguida a Burdeos, de donde parte para Cádiz. Llega al puerto; los gaditanos acuden a saludar a los emigrados que con ellos sufrieron los amargores del sitio, y el recibimiento es solemne. Don Bartolomé recoje su equipaje, cruza entre la bandada de curiosos y en una carretela dirígese a casa de Luna.

Su amigo don Tomás ha muerto, pero él prefiere a los mezquinos hostales gaditanos, el aposento confortable donde ocultó su desgracia los aciagos días que siguieron a la publicación del *Diccionario*; y sin tener en cuenta que la viuda es una señora excesivamente religiosa, cuajada de escrúpulos y en extremo fanática, que nunca mirole con buenos

ojos, soportándole tan solo a regañadientes, por mero respeto y amor a su marido, preséntase a ella todo lleno de confianza, en demanda de hospitalidad. Tomasito y su excelente madre, quedan pasmados ante la aparición inesperada; pero el intrépido Gallardo, sin atender las muestras de extrañeza de sus bondadosos huéspedes, ordena se le instale sin dilación alguna en su vivienda antigüa, esparce los trebejos a su antojo, y pártese a abrazar a los amigos.

La viuda y su hijo, cohibidos, no atrévense a protestar de este audaz allanamiento del domicilio, y encierran su disgusto en penoso mutismo; pasan los días, y como don Bartolomé no tiene que guardar respetos al viejo Luna por difunto, conviértese en tirano de la casa, y lo que a los ojos de la buena dueña es

peor, tómase licencias con las criadas, y lleva y trae a su habitación algunas meretrizes.

Después de muchas ansias, la viuda, que había consultado como caso de conciencia al confesor, fué estrechada por este, para que a la mayor brevedad rogase al impío Gallardo, abandonara la casa voluntariamente, o en último extremo, mostrándose enérgica le arrojase severa.

Decidida a ello, un grave obstáculo, al parecer insuperable, dilató el cumplimiento del mandato. ¿quién atrevíase a noticiar a Gallardo resolución tan violenta? La timorata señora temíale como a una espada desnuda, y desde el día en que albergole pasábalo encerrada en su habitación, sin atreverse a salir. Tomasito, aunque ya hombre granado, con su

timidez, su moderantismo, y su pacata filosofía, no solo tenía carencia de fuerza moral para el lance, sino que tratado como un doctrino por don Bartolomé, y conocedor de su aspereza de carácter y la iracundia que exaltábale apenas se molestaba, temía, y no sin razón, que le enderezase alguna burla sangrienta, y continuara impertérrito sin hacerle el menor caso.

Fuéronse entonces con el expediente al cura, suplicándole que él en nombre de madre e hijo, se encargara de notificar el desahucio; pero el cura aferrose a la idea, de que ellos y solamente ellos habíanlo de hacer. Por fin, tras arduo meditar, ocurriósele a Tomás una feliz idea propia de su filosofía del justo medio; escribiole una carta muy respetuosa y suave en extremo, para que se desliza-

se sin el menor tropiezo, pero que en el fondo venía a decir: «que muerto su señor padre, las circunstancias habían variado, que su señora madre, anciana y enferma, no podía tener huéspedes; que sus preocupaciones religiosas le mantenían en una alarma peligrosa para su vida; que él, entre el amor a su madre y el respeto a su maestro, se hallaba en un conflicto; y que no teniendo valor para arrostrarlo, le suplicaba, pidiéndole mil perdones, que tomase habitación, que él mismo le proporcionaría, donde pudiera estar cómodamente y con entera libertad; y que no aceptando este ruego y ofrecimiento que hacíale, tenía decidido salvar el conflicto, saliendo él mismo de su casa, para huir de las quejas y amonestaciones de su señora madre».

Puso Tomás la carta bajo sobre en la

carpeta de don Bartolomé, aprovechando un momento de su ausencia, y respiró tranquilo; seguramente conmovido escucharía su súplica. Tomasito, como dice Federico Rubio—de quien tomamos la relación del hecho (1)—era un espíritu estudioso, desinteresado, y benigno.

Cuando a poco volvió Gallardo, vió la carta de Tomás, rompió el sobre, leyola, tomó la pluma y escribió debajo.

Don Tomás:
Si te vas,
Tonto menos;
Si te quedas,
Tonto más,
Don Tomás.

(2) Mis maestros y mi educación. Pags. 379 a 81. Rubio al recordar este hecho en sus Memorias, sufre un pequeño error, puntualizando fe-

Dejó la carta sobre el pupitre y salió. Tomasito al leer la respuesta, quedó pasmado; su indignación no tuvo límites; don Bartolomé, en cambio, al enterarse de ella, prorrumpió en estridente carcajada.

chas. Gallardo no emigró, como veremos, el año 23, ni volvió por ende, gracias a la amnistía de Cristina.

LOS HIJOS DE PADILLA

El vocinglero preludio de la revolución había pasado; las Cortes constituidas, comenzaban a funcionar; Gallardo ardía en deseos, tras seis años de destierro, de visitar la Corte, y como pensase obtener la rehabilitación en su cargo de bibliotecario, decidió abandonar la hospitalaria Cádiz, y emprender el viaje a Madrid.

En un enorme y pesado coche partiose una mañana, dejando sosegado el espíritu escrupuloso de la angustiada viu-

da; dos semanas más tarde (1) arribaba, tras fatigosa y lenta caminata, y conseguía la reposición en su anterior destino.

Durante su permanencia en Inglaterra, habíase Gallardo mantenido en íntima correspondencia con los agitadores secretos que, conspirando contra el régimen prepararon la revolución. Hallábanse éstos reunidos en numerosos grupos, diseminados por el reino entero; todos sus actos eran ocultos, y como careciesen de la cohesión necesaria para poder, fundidos por un ideal único, llegar a la implantación del mismo, y en las nacientes logias masónicas y sus secretas prácticas, encontrasen una harmonía integral de pensamiento, con el que a ellos con breves diferencias presidía,

(1) El 9 de Julio de 1820, según Ramirez de las Casas-Deza.

pasaron sin el menor titubeo a engrosar las filas de la institución naciente, en la que cristalizaron las aspiraciones y anhelos de los consecuentes partidarios del sistema constitucional. La revolución, por consiguiente, obra fué de la masonería, que en España no tuvo otro carácter que el de arma milagrera de combate, esgrimida por los liberales, contra la bárbara y soez tiranía de Fernando VII.

Siendo Gallardo liberal ardiente, no podía menos de prestar su apoyo, a toda intitución, a toda idea que a tal fin condujera; por eso ingresó en la magna logia granadina, que triunfante el alzamiento trasladose a Madrid, donde se constituyó el cuerpo supremo (Gran Oriente) directorio o cabeza de la sociedad entera.

A su llegada a la corte, Gallardo (1) visita el Gran Oriente; entérase de la marcha y funcionamiento de la sociedad en España toda, y pareciéndole ridícula copia del seguido en las logias italianas, propone se constituya una gran sociedad secreta con los mismos elementos que integran la existente, que tenga un carácter más español y más castizo, en que todo sea acomodado a los antiguos usos, libertades y caballerosidades de nuestra tierra, sin farándulas humanitarias, ni fraseologías del rito caledonio. Y aquí tenemos al fogoso republicano en ciernes, profundamente conservador.

No es este un caso aislado; las ideas

(1) Según Alcalá Galiano, Gallardo «cuyo renombre había llegado a ser altísimo al terminar la primera época constitucional», formaba parte a mediados de 1820, del Gobierno Supremo oculto. (V. Recuerdos de un anciano. Pag. 370).

conservadoras están arraigadas hondamente en el espíritu de España; aun los más exaltados defensores de innovadoras tendencias, no han podido en absoluto substraerse a ellas, y corolario forzoso ha sido, que las preconizadas como nuevas e instauradoras, de principios en pugna con los existentes, resulten en el fondo inspiradas por un criterio marcadamente conservador.

El siglo XIX es el siglo de la política, es el siglo del movimiento, es el siglo del realismo. —¡Hechos, más hechos! clamaba el personaje dickensiano de «Tiempos difíciles»;—y en España a pesar de la innovación que supone el movimiento constante y la fermentación de ideas, es un siglo marcadamente conservador. Florecen, un Mendizábal, un Argüelles, un Calatrava, un Florez Estrada,

un Gallardo; pero nada significan estos sacerdotes de la idea nueva—quiméricos fantasmas que cruzan errantes—en medio de la turba sustentadora de los rancios principios conservadores que presiden el desenvolvimiento nacional.

En el gobierno de las sociedades secretas, lo mismo que en el cuerpo de todas ellas, predominaba el material interés más que las doctrinas de los hombres de 1820, los cuales, como dice Alcalá Galiano, comenzaban a llamarse así, por lo mismo que su interés iba siendo otro que el de los hombres de 1812». (1) Los dos elementos que entraron a constituirlas—viejos doceañistas, patriotas abnegados y puros, defensores ardientes de la Constitución; juventud fogosa, nueva en la lucha, sedienta de

(1) Recuerdos de un anciano. Pag. 370.

honores y fácil por ello al amaño y trapacería política — no tardaron en chocar, y entonces, fraccionada la magna sociedad masónica, pensose llevar a la práctica la idea que Gallardo sugiriera.

En el culto y veneración al héroe de la libertad Juan de Padilla, encontró el elemento mozo la base para la constitución de una nueva sociedad cuyos miembros acordaron disfrazarse de comuneros y vengadores suyos, no de otra suerte que los masones retrotrayendo más allá su erudición histórica, proponíanse vengar la soñada muerte del maestro de obras del templo de Salomón, (1) a manos de sus aprendices. Sentado este precedente, fácilmente comprenderase que la nueva asociación no fué

(1) Según la fábula, llamábase Hirain, y era natural de Tiro.

sino mezquina parodia de la masónica. Las *logias* llamáronse *torres*; a las cintas verdes sustituyeron las moradas; el *Gran Oriente* trocóse en *Gran Castellano*; en las reuniones se obstentaba sobre una mesa, cincelada urna, con ciertos huesos que decían ser los de Padilla; en el acto de la recepción el aspirante se cubría con una rodela, recibiendo en ella la estocada simbólica. Parecían renacer los tiempos de Don Quijote, con sus enseñanzas caballerescas fantasmagóricas y absurdas.

La confederación dividíase en *comunidades*, y estas en *merindades*, subdivididas luego en *castillos* y *fortalezas*, con sus respectivos *alcaides*, *plaza de armas* y *cuerpo de guardia*, compuesto de diez lanzas. Otras siete defendían la *empalizada* y *el rastrillo*. El aspirante, con los ojos

vendados, se acercaba a las obras exteriores del castillo, y el centinela preguntábale:

—¿Quién es? El Comunero que hacía de padrino respondía:

«Un ciudadano que se ha presentado con bandera de parlamento, a fin de ser alistado»; y el centinela replicaba: «Entregádmele y le llevaré al *cuerpo de guardia*».

En tal punto, oíase de súbito una voz que ordenaba echar el puente levadizo y cerrar los rastrillos, lo cual se hacía con grande estremecimiento de hierros y cadenas. Aterrado así el pobre neófito, entraba en el cuerpo de guardia (parodia de la *sala de las meditaciones)*, henchido de viejas y mohosas armaduras allegadas al efecto. Persistía allí en sus propósitos de alistamiento, y de esta suerte lograba

penetrar, conducido por el alcaide, en la *sala de armas*, donde el presidente, quitándole al fin la venda, le dirigía con voz teatral y campanuda, una arenga de ritual, en que excitábale a jurar con la mano extendida sobre el escudo, y con todo su ardor patrio, guardar las costumbres, usos, fueros y privilegios de la sociedad; amenazándole si faltando a la regla le declarase traidor la confederación, con entregar «su cuello al cuchillo, sus restos al fuego y sus cenizas al viento».

Acto contínuo, el presidente hacíale cubrirse al candidato con la rodela vieja que llamaban escudo de Padilla, y mientras el alcaide le calzaba las espuelas y ceñíale la espada en son de armarle caballero, no de otra guisa que el ventero al ingenioso hidalgo, adoctrinábale entre benévolo y adusto, con tales conse-

jos y advertimientos: «Este escudo de nuestro jefe Padilla, os cubrirá de todos los golpes que la maldad os aseste, si cumplís los sagrados juramentos que acabais de hacer; pero si no los cumplís, todas estas espadas—y aludía a las de los hermanos—no sólo os abandonarán, sino que os quitarán el escudo para que quedéis sin defensa, y os harán pedazos en justa venganza de tan horrendo crimen». El *capitán de llaves,* poníale en la mano izquierda el pendón morado de la cofradía y decíale: «Este es el invencible y glorioso pendón empapado en la sangre de Padilla; la patria y toda la sociedad espera de vos que imitéis a aquél héroe, muriendo antes de consentir sea ultrajado por ningún tirano este glorioso estandarte». (1)

(1) V. M. Medendez Pelayo—Historia de

¡Oh secreta resurrección de las heróicas prácticas de los invencibles Amadises y Esplandianes! No fué menor que las de aquellos andantes caballeros, la locura de estos hidalgos exaltados; y sin embargo la misteriosa sociedad de los Comuneros entusiasmó a tantos hombres sanos, que sus prosélitos pasaban en 1822 de diez mil en toda España, y ocupaban sus más encumbrados puestos, personas tan ecuánimes como Romero Alpuente, Moreno Guerra, El Brigadier Torrijos y Florez Estrada.

En tanto que a los Comuneros distin-

los Heterodoxos Españoles, pag. 506 a 508.

A. Alcalá Galiano. Recuerdos de un anciano. Pags. 379 a 382.

Estatutos, reglamento y código de la confederación de C. C. Españoles. (1822, según M. Pelayo).

Y. Lafuente—Historia de las Sociedades Secretas. Capítulos XXXIX y XLVI.

guian sus arrebatadoras convicciones y sus inauditas violencias, la sociedad masónica templaba su bravo ardor, y admitía en su seno a liberales moderados, como Argüelles y Gil de la Cuadra; y es que al trocar la esfervescencia por la calma, habían sus miembros caido en un prudente conservadurismo.

Gallardo, que, como todo grande hombre, tenía un grano de locura en el cerebro, quijotesco e indómito, lejos de adherirse al ver cumplidos sus deseos, a la nueva sociedad, permaneció en la antigua y repudió a los Comuneros que le ofrendaron un alto puesto, por haber prostituído su pensamiento, componiendo una risible farsa con tan generosa y noble idea. Mas, ¿por qué, apesar de todo, si los Comuneros constituían una sociedad más avanzada, no afiliose a ella?

¿He aquí una contradicción? No; la vida de Gallardo es una eterna paradoja; Gallardo es un fraile estudioso del siglo XVII, y un republicano ardiente; es un entusiasta defensor de la libertad y el progreso, y es el primer enamorado de las costumbres arcaicas; es un espíritu generoso y grande, y un polemista acerbo y cáustico; es finalmente un hombre que se encuentra fuera de su centro, que nació con dos siglos de retraso, y con uno de antelación.

CARTAZO Y ZURRIBANDA

Y aconteció, que el diputado Azaola dió a la estampa un cáustico papel satirizante, (1) y abonado don Bartolomé para tal oficio por obras anteriores, colgáronle el pastacho sin piedad, y como a silla paridera le ajetrearon, mientras no hacía sino pudrirse de pura vergüenza, al ver se le imputaban escritos

(1) Condiciones y Semblanzas de los Diputados a Cortes.

Creyó Puigblanch, que este folleto era obra de Gallardo, por algunas ideas y expresiones indudablemente suyas, que le tomaría Azaola en la conversación. Vid. Pag. 316. Tomo II. Opúsculos Gramáticos satíricos.

«que ni con pluma de avestruz, los borrajeara mas chapuceros el tagarote más farfallón». (1)

Amigo de burlas y travesuras de ingenio el abate Miñano, también era propicio a la sospecha, y al igual de Gallardo fué censurado con encono. Ambos en un principio, esquivaron la mezquindad de la polémica, mas convencido al cabo don Bartolomé de que el mutismo intenso a una aseveración callada equivalía, rasgó el misterio en torno de su nombre, e hizo salir al mundo un librejillo, vindicador soberbio de su cara persona.

Rotulábase, *Carta blanca sobre el negro folleto titulado Condiciones y Semblanzas de los Diputados a Cortes*, y patentizaba en él, la absurda atribución de la indigesta mazamorra. Más picado el abate, por el fá-

(1) Carta blanca Pag. 5.

el triunfo de esta feliz obrilla, y sin otro motivo que mayor fuerza le hiciese, imprimió una *Respuesta nada obscura al autor de la Carta Blanca,* donde felicitaba al Licenciado Palomeque (1), por su valentía al rechazar la paternidad del papelote, no menos que a los equívocos imputadores, pues de ser Gallardo el ofensor, «¿quién sería el guapo de los diputados que se hubiere escapado de entre sus uñas sin una desolladura en la frente?»; su pluma «no solo tizna y enlutece a cuantos alcanza, sino que como si estuviera empapada en la ponzoña de la hidra, atosiga y destruye lo que toca», siendo por esta causa «el único a quien se cree capaz de publicar escritos infames». (2)

(1) Pseudónimo que usó Gallardo en algunas de sus obras.

(2) Vid. el número 47 de *El Censor*.

Y don Bartolomé, no hace un comento, ni tiene una palabra de reproche. Paciente sufridor, nada le atemoriza, ni sorprende: su inmensa fortitud bravía y noble, le encumbra sobre tanta desazón.

Corren los meses. Los rigores de la censura alcanzan un artículo del abate; en consecuencia, se somete al veredicto del jurado; (1) y habiendo Gallardo sostenido en juicio precedente, que los jueces de hecho no tienen obligación de concretarse a la denuncia, sino que deben calificar el escrito del modo que estimen más justiciero, redacta Miñano extensa gacetilla sobre tan insólito pa-

(1) Restablecido el régimen constitucional en 1820 creose el jurado, con aplicación limitada a los delitos de imprenta. La invasión de Angulema y los cien mil hijos de San Luís, hizo que desapareciese, el año 23.

recer, en la que descarnadamente le zahiere (1).

Poco antes, comienza a circular un furibundo libelo intitulado: *Vida, virtudes y milagros del Pobrecito Holgazán, por otro nombre el autor de las Semblanzas o sease el abate Miñano.* Borrajeó este folleto, el presbítero Caravantes, famoso ya por sus *Cartas del madrileño,* mas no alcanzando a discernir estilos ni caracteres, creyolo el suspicaz don Sebastián, encubierta venganza del Licenciado Palomeque, fundando este sentir en la controversia que suscitaba sobre el valor comparativo de sus *Cartas*, y otros papeles satíricos de gran realce. Con este motivo insertó en *El Censor* (2) nuevo

(1) Vid. el número 59 de *El Censor*, correspondiente al 15 de Septiembre 1821.

(2) Número 60 correspondiente al 22 de Septiembre Pag. 459-60.

artículo, donde se quejaba amargamente de que saliera absuelto habiendo sido denunciado, y reconociendo la inferioridad de sus escritos a la *Apología de los Palos* y el *Diccionario Crítico-Burlesco*, reservábase tan solo «cierta respuesta que dió a una cierta *Carta Blanca*, que publicó cierto licenciado de ruín memoria».

Tampoco de estas reptilescas picaduras se hace eco Gallardo, abstraido en la búsqueda de viejos libros y en sus estrechas y tumutuosas relaciones con la Condesa de Villamonte, a quien *El Zurriago*—periódico liberal, populachero y chabacano—sacó en berlina, y a quien defendió, con todo tacto e hidalguía, en su donosísimo folleto *Al Zurriago Zurribanda:* (1).

(1) Esta señora, Marquesa Viuda de Bélgica

«Intentar yo santificarme—dice—justificando que no es verdad nada de lo que respecto a mí se le antoja decir a quien sabe muy bien decir lo que se le antoja, sería la más clásica impertinencia del mundo: desconocer, por otra parte, las obligaciones de amistad y buena correspondencia que años ha, he debido al favor de esa dama, fuera cobarde ingratitud; y empeñarme señaladamente en persuadir, que entre los dos, no ha mediado el interés galante de un ca-

más tarde, era según don Cayetano Alberto de la Barrera, «ilustradísima, entusiasta de la libertad e independencia de la patria y amiga apasionada de Gallardo». El otro personaje vindicado en el folleto, y a quien la malignidad del zurrador, supone rival vencido de don Bartolomé en amorosas empresas (don P. P. E. Z) es el coronel don Pedro Hezeta, que desempeñó algunos cargos de importancia. (Vid. Not. autógrafas de Gallardo y la Barrera, en el ejemplar que de esta obrilla existe en la Biblioteca Nacional. R. 2836).

bello, sería manifestar demasiado, el prurito ridículo, de que la que es una mera ficción pase por realidad. Por fortuna estoy bien distante de semejantes debilidades. Pero por lo mismo siento más y más que se hayan traspasado las leyes del decoro, en ofensa de una dama, a quien el hecho bellaco de sacarla conmigo de pareja en público la priva de la justa defensa que haría yo de su persona, si esta circunstancia no me atara las manos, temeroso de que mi defensa misma no la comprometa quizás más».

Sin embargo, él no puede rehusar la pensión de vindicar a tan «fresca, rosada, *geniaiotta e bella*» dama, por ser primer galán en esta farsa; «cuanto más, que es ley de caballería sabida y corriente en el mundo, que todo caballero rompa lanzas en defensa de toda dama,

siempre que algún follón malandrín, ose agraviarla», y estampa el muy gentil zurribandazo, pregonero ilustre de su granada afición a la soberbia Villamonte.

SAN ANTONIO BENDITO

En Madrid permanece Gallardo hasta 1823. Durante su estancia en la corte, señálase con ruido por sus avanzadas convicciones y el atrevimiento con que las publica, no menos que por su afán persecutorio de rancios papeles y arcáicos volúmenes, que hacina sin descanso, a trueque de mil astucias y costosos sacrificios pecuniarios.

De tan benéfica tarea le arranca el Duque de Angulema con su vergonzoza irrupción. Los cien mil hijos de Francia avanzan sobre Madrid; las Cortes ante

el peligro trasládanse a Sevilla, y Gallardo marcha con ellas. En Sevilla funcionan breves días; al ministerio Florez Estrada - Calvo Rozas, sucede Calatrava. Los franceses invaden Andalucía, y amenazan la ciudad; el Congreso decide instalarse en Cadiz; Fernando VII niégase a ello, las Cortes le declaran demente, y nombran una Regencia, compuesta por los generales Valdés, Vigodet y Ciscar, que ejerce el poder supremo durante la traslación a la Isla gaditana. El doce de Junio emprende Fernando el viaje por tierra, y las Cortes a la siguiente mañana, festividad de San Antonio, por el río, en *El Trajano,* único buque de vapor que había entonces en España.

Con las primeras luces comienzan los aprestos de la marcha. Una goleta de

mediano porte, recibe los enseres del Congreso, y las familias de los diputados, a mas de muchos otros fugitivos, e infinidad de equipajes. Multitud de pequeñas embarcaciones, abarrotadas de emigrantes, dispónense a zarpar con gran premura.

Mas apenas desguarnecen Sevilla los últimos milicianos escoltadores de la columna de liberales que emprende en coche la jornada, un repique inesperado dá la señal a los realistas hispalenses, para aclamar al rey en la plenitud de su poder antiguo. El pendón de la monarquía absoluta ondea en la Giralda; sus parciales, en agitadas turbas, corren al muelle, donde aún permanece la goleta, que lerda en sus movimientos no puede seguir en su fresca salida al *Trajano,* y al grito de «viva Fernando y

vamos robando› acometen a cuantos liberales — gente débil y sin armar— apréstanse a la huida.

Allá vese sobre una barquilluela, un hombre de edad mediana, que con recio bastón de espino empuñado, grítale al remero para que acrezca el bogar de la lanchilla y alléguese a cualquier buque. La embarcación rebosa libros y papeles encerrados en un baul de patente inglés, negro, con las armas reales de Inglaterra, dos candados, barras y chapas de bronce para mayor seguridad; una escribanía de palo de rosa, un maletón prieto, guarnecido de fuertes cerraduras, una caja chinesca encarnada en forma de dado, un cajón y cuatro grandes serones.

La confusión y el tumulto son enormes; los vivas y alaridos atruenan el es-

pacio; sobre las aguas flotan utensilios y y trebejos de todas clases. El atento custodio de los libros arriba a la goleta, salvando su preciado cargamento, pero los pícaros serviles le atacan en la borda, y él se va defendiendo a duras penas con su bastón de espino.

Este hombrecillo de los libros y el bastón no es otro que Gallardo; él no puede consentir que sus tesoros bibliográficos perezcan en el río; por eso los cobija con tanta bravura, por eso los ampara a brazo partido; pero son muchos, son muchos los bellacos que le atacan, y no puede con todos; grita, lanza juramentos, demanda clemencia, pide auxilio, golpéalos cuanto puede; mas todo huelga; mientras unos sujétanle los brazos, otros van arrojando al agua sus libros y sus escritos con salvaje

complacencia, con absurda delectación.

Allí se perdieron (a lo que parece) los manuscritos de la farsa *Costanza*, de Castillejo, y *La Peña de los Enamorados*, de Tirso; un códice de las poesías de Gutierre de Cetina; una *Historia Crítica del Ingenio Español*; un *Rimario o vocabulario rítmico*; una *Ortografía*, un *Dicionario*, una *Gramática;* apuntes sobre el Quijote; láminas de Paret, destinadas a una edición de las novelas ejemplares; disertaciones sobre los Romanceros y Cancioneros; multitud de copias de papeletas bibliográficas y poesías antiguas inéditas: una *Historia del Teatro Español; El triunfo del Rosario*; *Coloquio de las Camisas*, y otros mil papeles y manuscritos curiosos. (1) «Dolor

(1) Vid. La lista de manuscritos originales de Gallardo extraviados el día de San Antonio, (abogado de las cosas perdidas), en el apéndice D.

de mí—escribe Gallardo años más tarde—¡todo lo he perdido! dibujos de Paret, papeles míos, M. S. de *La Tia Fingida*... nada, nada me ha quedado, sino la memoria lastimosa de todo, y... gracias que he quedado yo para contarlo». (1)

Así que los malditos pícaros y rufianes le hubieron desbalijado y molido las espaldas, dejáronle sin aliento tendido so-

(1) A este desgraciado suceso alude Castro en su injurioso romance:

Triste estaba Gallardete,
Triste estaba por su mal,
Sobre el Betis yo le oyera
En estas voces clamar:
¿Donde están los mis librotes?
Ya mis ojos no os verán;
Mareantes de Sevilla
Saliéronme a capear.
La capa no me quitaron,
Mal la pudieron quitar,
Pues que capa yo no gasto
En los días de por San Juan, etc...

Vid. Aventuras literarias del iracundo extremeño don Bartolo Gallardete Pags. 28-29.

bre cubierta, y huyeron cobardemente. Gallardo no quiso emigrar: ¿para qué? si había perdido lo que amaba como su propia vida; resignose a sufrir persecuciones, y enmedio de tanta angustia, solo alentole la esperanza de rehacer, escudriñando en bibliotecas y archivos, parte de su perdida labor; aprovechando la confusión reinante desembarcó ligero, y huyendo precipitado por las revueltas callejas del barrio de Triana, acogiose al hostal de viejo amigo, en cuyos altos desvanes ploró con amargo llanto, la pérdida lamentosa de sus riquezas literarias.

LIBRO SEGUNDO

ESCRIBAS Y FARISEOS

Y fué en la Biblioteca Colombina, donde le sorprendieron los corchetes. Después de la malhadada aventura del día de San Antonio, permaneció oculto Gallardo en el mezquino zaquizamí de un figón sevillano del barrio de Triana, donde avistose tan solo con la gente del bronce y de la droga—galloferos, ampones y tahures, rufianes y logreros—esencia de la majeza y chulapería; mezquinamente convivió con ellos, gozó de la sangrienta dicha de su vida, sufrió con

la amargura de su desgracia, y arrastró penosa existencia, hasta que extrangulada la Constitución segunda vez, a manos de la tirana férula absolutista, restableciose la perdida calma.

A Cádiz pasó entonces, retornando a Sevilla con premura por mandato de las autoridades, y aprovechando su accidental estancia en la ciudad del Betis, pensó escudriñar a caza de noticias, la biblioteca que en su excelente Catedral fundara el hijo de Cristóbal Colón. A ella encaminó sus pasos cierto caluroso día del sofocante mes de Agosto. La biblioteca estaba solitaria y Gallardo pudo a sus anchas, enfrascarse en la lectura de códices antiguos y volúmenes raros de sabrosa doctrina, a tal punto, que abstraido de cuanto le rodeaba y atento solo a su labor, no per-

catóse de la sigilosa presencia de dos canónigos, furibundos realistas, que con la mayor cautela le espiaron breves instantes.

No cabía duda; era Gallardo, el herejote empedernido, el liberal exaltado, el autor del *Diccionario Crítico Burlesco*, y sin más aguardar, uno de aquéllos lustrosos eclesiásticos, partiose silente, aconsejado por el ruin intento de dar con sus zarandeados huesos en una cárcel. Tardó poco en volver; mas no venía solo, acompañábale nutrida tropa de corchetes, alguaciles y escribanos, que rodeando a Gallardo clamaron gozosos: «Preso por el Rey», y el pasmo de don Bartolomé fué completo. Aquélla inesperada sorpresa, dejóle suspenso; no pudo pronunciar palabra alguna; ni aun siquiera gesticuló; dejó hacer a la cua-

drilla de ministros de la ley, y entregose sin la menor resistencia.

Los orondos canónigos, henchidos de alegría, rebosantes de satisfacción, sobábanse las manos gordezuelas, y dábanle vaya diciendo: «Consuélese con sus filosofías en la cárcel, en tanto sè le achicharra públicamente por lo pronto». Un escribano con más caridad, musitaba tan sólo: «Hermano, prepare el gaznate para darnos un buen rato en la Plaza de San Francisco de Sevilla. Y no lo extrañe, porque siempre la horca lleva lo suyo».

Pero no lo llevó esta vez, pues estando olvidados los escándalos del *Diccionario Critico Burlesco,* y habiendo sido cuasi nula su actuación política en el trienio constitucional, no hallaron los jueces encargados de sustanciar su cau-

sa, motivo de penas mayores, y por un acto de lenidad, no corriente en aquélla época, condenósele tan solo a la reclusión por tiempo ilimitado, en el lugar que se estimase pertinente.

EL ACERO EN LA PRUEBA

Entrenado en la sevillana cárcel de Señores, hubo de declarar ante el juez eclesiástico doctor Francisco Javier Outon, que prendado de su franqueza, se le mostró propicio, destinándole a petición suya al convento de San Agustín, en las afueras de la ciudad.

Breves días convivió monásticamente, pues decretado su liberamiento pasó a Extremadura, residiendo algún tiempo en Campanario, de donde tornó a Andalucía, estableciéndose en Chiclana

hacia 1826. Allí escribió, fechándola el mismo año, la *Carta crítica sobre una nueva traducción de Homero*, por don Miguel José Moreno (1), párroco, a la sazón suspenso, de la Iglesia rural de San José de Cádiz.

En esta época principia la segunda fase poética de Gallardo. Aparte la epístola a doña María de Alba, escrita en Sevilla a los nueve días de chirona, (2) y *Los Confites de Cupido* (Chiclana 1826), compuso una serie de primorosas rimas,

(1) Esta *Carta* se publicó años más tarde—en el n.° III de La Antología Española. Marzo 1848. Pág. 99—con el título siguiente: «Del Asonante, su naturaleza y exquisito mecanismo; misterio rítmico, no penetrado por nadie, hasta que lo descubrió el autor de la siguiente carta».

(2) También fecha en la llamada Cárcel de Señores, los «Reparos críticos al Romancero y Cancionero, publicado por don Manuel Josef Quintana en la *Colección de Poesías Castellanas de D. Ramón Fernández*», que vieron la luz en el número sexto de *El Criticón*.

extraviadas en su mayor parte, pero de cuya calidad y significación podemos formar juicio por las que a nosotros llegaron. Rimas firmes, sinceras y entusiastas, que si bien llevan el sello de la clásica manera, alcanzan intensidad de fondo, superior al de aquellas bulliciosas y caldeadas, que en Salamanca hiciera a Silvia, gracias al aliento romántico que de modo incipiente en ellas palpita. Esta suave evolución hacia el nuevo sentir, se inicia en *Los Ojos Hechiceros* (Chiclana 1827), y culmina en *Blanca-Flor y El Dueño Ingrato* (Castro del Río 1828).

Plácidamente residía en Chiclana, sin sospechar que autoridad alguna de él hubiese memoria, cuando recibió apremiante mandato de presentarse al Intendente de Policía de Cádiz, don José María Malvar, que le ordenó salir con

toda urgencia para Sanlúcar, a las órdenes del Gobernador, con pliegos cerrados para don Juan Recacho, Intendente de Sevilla, y don Francisco González de Argandoña, subdelegado de Córdoba, a cuya ciudad iba desterrado.

Había sido Recacho compañero de don Bartolomé en las aulas universitarias, y dándole una prueba de cariñoso afecto, le permitió permanecer en Sevilla, mientras consultaba a la Superintendencia, pues Gallardo resistíase a ir a Córdoba, en razón de haber sabido confidencialmente por cierto religioso agustino, que al recibir el Subdelegado de aquella provincia, la comunicación de su envío, anunció al secretario: «mire a quién nos mandan aquí; a don Bartolomé Gallardo; le enviaremos a

Castro o a Lucena, donde nos darán buena cuenta de él». (1)

No pudiendo esquivar la marcha a Córdoba, procuró quedarse en esta ciudad para evitar la anunciada confinación, mas no habiendo logrado su deseo, hubo de sufrirla con todo riesgo y desventura, en la villa de Castro del Río. Mirado despectiva y enojosamente por la mayoría de los vecinos, que jamás desecharon ocasión de procurarle daño, no dejó de encontrar algunas caritativas personas (2), que le hicieron llevar pacientemente el tormento de la dura prueba.

(1) Castro y Lucena distinguíanse en aquéllas calendas por su enemiga a los liberales.

(2) Entre los amigos y favorecedores que halló en el destierro, señalose el V. P. Maestro Fray Juan de Castro, sabio carmelita descalzo, con quien trabó amistad con motivo de frecuentar la biblioteca del Convento.

Los ultrajes y molestias que le alcanzaban, eran frecuentísimos, llegando en una ocasión cierto voluntario realista a insultarle en la calle de palabra, tirándole a la postre algunos ladrillazos. Gallardo protestó ante la autoridad de tal insulto, pero como en toda ocasión, su queja fué desatendida.

Ya el dolor había llamado a su puerta esclavizándole para nunca mas abandonarlo. En 25 de Diciembre de 1827, escribe a don José Pérez Torroba de Cádiz. «Mi estimado amigo: Invariable siempre en mis principios y afectos, tomo la pluma para dar a Vd. lo que no tengo; Buenas pascuas. Tales no puedo yo tenerlas condenado a arrastrar mi existencia lejos de Cádiz separado de mis libros y mis amigos, y clavado como un plantón en esta tierra de cafres,

donde, los hombres aullan como lobos, y muerden como perros rabiosos. Pero si no puedo dar a V. las buenas pascuas que no tengo, tengo los más buenos deseos de tenerlas felices en su buena compañía, y de esto puede V. recetar largo, que es lo que el cielo me da con mano liberal (perdone V. el término); en efecto, hace años, parece estoy condenado a ser mero varón de deseos. La mala trampa, amigo, parece se empeña en probar con sus rigores mi constancia, y mi constancia es tan dura como mi dura estrella».

A resultas de una discusión habida en el Ayuntamiento de Castro, en la que don Bartolomé sostuvo que las leyes no extendíanse a las opiniones, sino a los actos externos meramente, y que él siempre pensaría como estimase más

oportuno, sus enemigos, pretextando que tal declaración envolvía un espíritu de criminalidad, le formaron causa en 1829, recluyéndole en la cárcel por espacio de varios meses.

Hastiado del reposo carcelario—él que para la lucha había nacido—conminado con harta frecuencia para que adjurase de sus opiniones y recibiendo fementido trato, no por eso cedió un punto en sus convicciones, ni decayó su ánimo que bravío e indomable, impulsábale a afrontar la desgracia con altivo ceño y con estoica firmeza. Una simple retractación de ideas hubiese bastado para abrirle la puerta de la prisión, pero consecuente consigo mismo, jamás doblegose a tan abyecta exigencia; su caracter heróico no le permitía trocar años de cárcel por la mancilla eterna

de su honor; y la consideración de su desgracia presente, avivando aquel secreto odio que en el fondo de su corazón profesaba al monarca sustentador de tan depravado régimen de injusticia, llegole a hacer tan poderoso, que desbordándose con asolador imperio, extendiose a toda idea de monarquía. Ya no concibió la plena dicha de España vinculada a un trono; las palabras *rey* y *libertad*, pareciéronle incompatibles, y entonces columbró en lontananza una España feliz, cimentada sobre la base de una república ampliamente democrática.

BLANCA FLOR

No pudiendo prolongarse los eternos ocios—apesar del incentivo que brindaba al abandono el tormento de la prisión—por ser la diligencia excelso patrimonio de su espíritu, y careciendo de apuntes, de documentos y escritos con que levantar más perdurable edificio, dióse Gallardo al cultivo de la poesía, que tanto le sedujera cuando emulaba las hazañas de los más esclarecidos pícaros y rufianes, en las aulas salmantinas.

Los versos de su mocedad son lindos y fogosos; rebosan pasión y entusiasmo.

Líricos en su mayor parte, si caen en la incorrección alguna vez es por exceso de ardorosidad; ya hemos dicho que Gallardo era hombre violento en todos sus amores.

Las poesías que compuso en Castro del Río, son sin duda las más perfectas de cuantas produjo. Sirva de ejemplo su celebradísima canción romántica «Blanca Flor», cuyos versos dice Valera «parecen propios del más gentil poeta de principios del siglo XVI». (1)

«¿A qué puertas y ventanas
Clavar con tanto rigor,
Si de par en par abiertas
Tengo las del corazón?»

Así con su madre a solas
Lamenta su reclusión,

(1) Florilegio de poosías castellanas del Siglo XIX. Tomo 1.°, pag. 32.

La bella niña cenceña,
La del quebrado color;
De amargo llanto los ojos,
El pecho lleno de amor;
Y de par en par abiertas
Las puertas del corazón.

¡Madre, la mi madre, dice,
Madre de mi corazón.
Nunca yo al mundo naciera,
Pues tan sin ventura soy!
Atended a las mis cuitas,
Habed de mí compasión,
Y de par en par abridme
Las puertas del corazón.

Yo me levantara un día
Cuando canta el ruiseñor,
El mes era de las flores,
A regar las del balcón.
Un caballero pasara
Y me dijo: ¡Blanca-Flor!
Y de par en par abriome
Las puertas del corazón.

Si blanca, su decir dulce
Colorada me paró:
Yo callé, pero mirele:
¡Nunca le mirara yo!
Que de aquel negro mirar
Me abraso en llamas de amor,
Y de par en par abrí
Las puertas del corazón.

Otro día a la alborada
Me cantara esta canción:
«¿Donde está la blanca niña,
Blanco de mi corazón?»
El laud con cuerdas de oro,
Y de regalado son,
Que de par en par me abriera
Las puertas del corazón.

El es gallardo y gentil,
Gala de la discreción;
Si parla, encantan sus labios;
Si mira, mata de amor.
Y cual si yo su sol fuera,
Es mi amante girasol;

Y abriome de par en par,
Las puertas del corazón.

Yo le quiero bien mi madre,
(¡No me lo demande Dios!)
Quiérole con buen querer,
Que de otra manera no.
Si el querer bien es delito,
Muchas las culpadas son,
Que abrieron de par en par
Las puertas del corazón.

Vos madre, mal advertida,
Me clavais reja y balcón,
Clavad, madre, enhorabuena:
Mas de esto os aviso yo,
Cada clavo que claveis
Es una flecha de amor
Que de par en par me pasa
Las telas del corazón.

Yo os obedezco sumisa,
Y no me asomo al balcón.
«¿Que no hable?—Yo no hablo.

¿Que no mire?—¿Miro yo?»
Pero que le olvide, madre,
Madre mía, olvidar no;
Que de par en par le he abierto
Las puertas del corazón.

En fin vos amásteis, madre;
Señora abuela riñó:
Mas por fin vos os velásteis,
Y a la fin fin, nací yo.
Si vos reñís como abuela,
Yo amo cual amásteis vos,
Al que abrí de par en par
Las puertas del corazón.

¿Hay nada más delicado, sentido, tierno y personal, que esta poesía? Pues bien, Blanca-Flor, tiene además una singular importancia en la historia del romanticismo español. Cuando nebulosamente, con una marcada imprecisión vislúmbrase esta innovadora tendencia, cuando solo algunos precedentes ais-

lados han brotado en nuestra literatura, pero sin acertar sus autores a denominarlos de manera alguna, cuando esa inquietud característica de la revolución literaria próxima a estallar, flota en el ambiente, Gallardo, con una seguridad que pasma, apellida aquesta trova, canción romántica. ¿Qué significa este atrevimiento de Gallardo? ¿Acaso presiente el triunfo del romanticismo en España?

LA SEMILLA ROMÁNTICA

Muerto Fernando VII, la vida nacional paralizada, sumida en triste letargo, despertó de nuevo. Extinguida con él la atmósfera de opresión que caracterizó tan aborrecible reinado, las ideas comenzaron a manifestarse libremente, y en justa reacción contra la odiosa tiranía intelectiva, la libertad de pensamiento surgió potente y avasalladora. Producto de esta reacción lumínica es el romanticismo.

Con la muerte del rey, la guerra civil

la nueva aurora de la libertad, y la revolución política, coincide la vuelta de los emigrados. Estos han vivido en Inglaterra, en Italia, en Francia. París ha sido últimamente su centro de reunión; allí han estado Toreno, Martínez de la Rosa, el Duque de Rivas, Alcalá Galiano. Todos vienen embriagados por la emoción romántica; todos han asistido al estreno de *Hernani* en la *Porte de Saint Martin,* todos vienen saturados de la nueva doctrina literaria, con ellos el romanticismo francés penetra en España. Pero no vayamos por ello a buscar únicamente en esa importación los orígenes del romanticismo español; que el romanticismo había brotado en nuestro suelo por generación expontánea, sin primordial influjo de exótica sávia; se avivó sin duda con el nuevo fuego, desarróllose

con más rapidez, con más intensidad, pero ya existía. ¿Y si existía, donde vamos a buscarlo? ¿Dónde encontrar su orígen?

Azorín—ese fino analizador de la sensibilidad estética española,— lo ha encontrado a través de algunas obras de los últimos genuinos representantes del clasicismo nacional. (1) Cadalso, Melén-

(1) Antes que Azorín, Valera halló en las poesías de Nicasio Alvarez Cienfuegos, a quien supone influido por Rousseau, una «sensibilidad enfermiza, algo de soñador y de tétrico y un pesimismo ya lánguido, ya desesperado, que inducía a buscar la bienaventuranza en pasados tiempos fantásticos; en una imaginada edad de oro, que ya se ponía en las primitivas selvas, ya en los siglos de mayor fé y de menor reflexión y refinamiento». Vid. Florilegio de poesías castellanas del Siglo XIX. Pag. 34 tom. I.

Menendez Pelayo, percibió en Jovellanos la transición, pero esta idea que flota en los dos ilustres críticos, no toma cuerpo hasta Azorín, deflnitivamente.

dez, Jovellanos, Cienfuegos, son poetas románticos, perdidamente románticos, antes de estrenarse *Hernani*, muchísimos años antes de volver los emigrados.

Estamos en los postreros días del siglo XVIII. El capitán José Cadalso, ha llegado a la Corte, terminadas las guerras con Portugal por mandato del Conde de Aranda. María Ignacia Ibañez, celebradísima actriz del teatro de la Cruz (1) le ha prendado, y entabla estrechas relaciones con ella. Una indisposición al parecer ligera, le arranca de los brazos

(1) Cuando en 1771 el Conde de Aranda suprimió uno de los dos coliseos que desde tiempo inmemorial venía disfrutando la villa de Madrid, y formó una compañía única (que fué modelo en su género) a las órdenes del después famoso autor Manuel Martinez, María Ignacia Ibañez, recibió el empleo de primera dama, por ser la más sobresaliente actriz que había entonces en España.—Vid. Archivo Municipal de Madrid. Sección de Espectáculos. Leg. I-347-2, 1-351-2, 2, 459-20.

del amante para llevarla al sepulcro, y Cadalso loco, acalorado, en aquellos momentos de dolor, discurre la absurda idea de robar su cadáver.

Una noche, merced a su audacia y al soborno de los guardas del cementerio de la Parroquia de San Sebastián, donde hallábase enterrada, consigue exhumar sus restos por el simple placer de posar los labios en aquellos ya hediondos despojos. Unos amigos acuden a tiempo, y Cadalso es desterrado a Salamanca, para evitar las resultas del proceso a que la Inquisición le somete, y que gracias al Conde de Aranda, queda suspenso e incluso. Cadalso entonces, para desahogar el sentimiento que la prematura pérdida de la amada le produce, compone sus *Noches Lúgubres*, en que aprovechando la descabellada idea,

relata con detalle, el curso y accidentes de su macabra aventura.

Esta es la primera muestra de romanticismo español. Se ha argüido que las *Noches* de Cadalso, están inspiradas en en las *Ninht Thonghts,* de Young—suposición bastante fundada, que Cadalso viajó mucho y pudo conocer esta obra durante su permanencia en Inglaterra, o acaso en Francia donde corría una versión de Le-Tourner—¿pero podrá negarse que la emoción, el sentimiento, y hasta la loca idea, son suyas, muy suyas, y solo de Young ha tomado, con grave perjuicio, el título y la forma de la obra? (1) Pues bien, estos devaneos románticos

(1) Entre las más próximas imitaciones de *Las Noches* de Young, se encuentra la del bondadosísimo cura inglés Hervey, que escribió sus «Sepulcros», traducidos al francés por

no son aislados; también Alvarez Cienfuegos canta:

Yo siempre herido de amorosa llama
Busco la soledad, y en su silencio
Sin esperanza mi dolor exhalo. (1)

y allá en la Cartuja del Paular, don Gaspar Melchor de Jovellanos, melancólico y grave varón, se queja de su suerte y del mundo, da pasos extraviados y tristes por las montañas y los valles, y cuando al caer la tarde vuelve al monasterio, aunque él sabe que allí no hay trasgos ni endemoniados, se estremece de horror y de espanto cuando cruza los claustros medrosos:

De una escasa
Luz el distante y pálido reflejo
Guía por ellos mis inciertos pasos:

Le-Tourner, y de este idioma al castellano por don Manuel Gorriño.

(1) Mi paseo solitario en Primavera.

Y enmedio del horror y del silencio
¡Oh fuerza del ejemplo portentosa!
Mi corazón palpita, en mi cabeza
Se erizan los cabellos, se estremecen
Mis carnes y discurre por mis nervios
Un súbito rigor que los embarga.
Parece que oigo que del antro obscuro
Sale una voz tremenda que rompiendo
El eterno silencio así me dice:
Huye de aquí profano, tu que llevas
De ideas mundanales lleno el pecho,
Huye de esta morada, do se albergan
Con la virtud humilde y silenciosa
Sus escogidos; huye, no profanes
Con tu planta sacrílega este asilo.
De aviso tal al golpe confundido,
Con paso vacilante voy cruzando
Los pavorosos tránsitos, y llego
Por fin a mi morada, donde ni hallo
El ansiado reposo, ni recobran
La suspirada calma mis sentidos.
Lleno de congojosos pensamientos
Paso la triste y perezosa noche

En molesta vigilia, sin que llegue
A mis ojos el sueño, ni interrumpan
Sus regalados bálsamos mi pena.
Vuelve por fin con la rosada aurora
La luz aborrecida, y en pos de ella
El claro día a publicar mi llanto
Y dar nueva materia al dolor mío. (1)

Esa melancolía íntima, profunda, inquietadora, que al poeta sobrecoge y desasosiega en las horas nocturnas; esas agudas sensaciones en que Azorín ve el germen de toda la poesía romántica, que más tarde ha de surgir en España, califícalas Menéndez Pelayo, de «efecto religioso, producido por la contemplación de los claustros» simplemente. Pero no obstante reconoce que «Jovellanos estaba mejor preparado que nadie en España, para aspirar con toda su fuerza el

(1) Epístola de Fabio a Anfriso—Descripción del Paular.

aliento poético de la Edad Media; que la soledad y la desgracia le incitaron a ello al ponerlo en contacto con las reliquias de aquella época», y que «el romanticismo histórico y caballeresco, el romanticismo de Walter Scott, el mundo de las costumbres feudales, Jovellanos fué el primer español que lo descubrió, saludándolo con gritos en los que se mezclaban el entusiasmo con la inexperiencia» (1)

Sabido es por demás que la bárbara saña de los perseguidores del ilustre varón, le encerró en el castillo de Bellver. Allí comenzaron a bullir y moverse en su fantasía, pugnando por adquirir forma, los fantasmas vagamente entrevistos en las viejas relaciones. Era una solemne fiesta la que dábase a sí mismo Jove-

(1) Ideas estéticas: Pag. 349. Tom. VI.

llanos, en páginas dignas de una crónica del siglo XII, según la expresión dichosa de Milá y Fontanals. (7)

Mas también un dulce y sereno magistrado de la Audiencia de Valladolid, llora sus desgracias y se cree el hombre más desdichado, lastimoso y melancólico del mundo. «Tú me juzgas feliz», escribe a Jovino

«Oh si pudieras
Ver de mi pecho la profunda llaga
Que va sangre vertiendo noche y día»

«En ansias infernales, solo en vela» gime, y el llanto «sus mejillas ara». Nada mira, nada halla que le cause «sino agudo dolor o tédio amargo». Huye de todos «sin destino, perdido, extraviado, con pie incierto», corriendo «medrosos

(7) Vid. la *Memoria del Castillo de Bellver.*

valles»; y camina de noche llamando a la luna desesperado;

¡Luna, piadosa luna! cuanto peno.
No, jamás otro en tu carrera viste
A otro infeliz cual yo de angustia lleno», (1)

y en esta poesía, hay como ha dicho Azorín «no la pasión y el fuego que eso está en Fray Luis de León, sino una melancolía, una tristeza, que no existía antes, y sobre todo, y ello es esencialísimo, una manera de ver la naturaleza, no impersonalmente como en Fray Luis y en Garcilaso, sino a través del propio espíritu, tamizada, interpretada por nuestras emociones del momento, por el estado de nuestra alma». (2)

(1) A Jovino. De mi vida. Las Miserias humanas.

(2) Preciso es advertir sin embargo, que Melendez, está por Young influenciado, e imita a Jovellanos su maestro y amigo. Vid. la Oda VII (La Noche y la Soledad):

Pero este romanticismo inquietante que va brotando, aislado y paulatinamente en España con carácter marcadamente personal y originalísimo, no es conocido del vulgo literario, ni menos del despreocupado público de tiempos de Carlos IV.

He aquí ya dos corrientes románticas distintas; una extrangera y otra española; las dos coadyuvan a la creación de

> Y la cítara fúnebre templemos
> O Young, que tu tañías
> Cuando en las rocas de Albión llorabas.
>
> . . . . . .
>
> Y con Young silenciosos nos entremos.
> En blanda paz por estas soledades... etc.

y la Elegia II:

> Yo empero huyendo del, sin cesar llamo.
> La negra noche etc..

en que la imitación de Jovellanos es absoluta. Mas apesar de ello un fondo de sinceridad late bajo el ropaje imitativo: la desgracia familiar y política del frágil magistrado.

nuestra compleja literatura romántica, pero aun falta un tercer elemento nacional, parte potísima en la gestación de la misma, y de la que uno de los más genuinos representantes, es don Bartolomé José Gallardo. Nos referimos a nuestro romanticismo clásico, que no de otra manera debe llamarse la libertad de principios y reglas empleadas por nuestros autores del Siglo de Oro.

EL RETORNO A LOS CLÁSICOS

Las ideas clasicistas, no hirieron nunca profundamente el espíritu español; ninguno de nuestros autores dramáticos del siglo XVIII sintió la tragedia; ninguno identificose por entero con la manera de pensar francesa; el eclepticismo y el desorden reinaron entre los partidarios del sistema clasicista, y caracterizando a este la estilización suprema de la naturaleza, hasta el punto de hacerle caer en lo inverosímil y fantástico, diose el caso de omitir precepto tal, impuesto por la constumbre, y

ajustándose a las limitativas unidades, presentar cuadros de un verismo encantador. Sírvannos de ejemplo las comedias de Moratin, tenidas hasta el presente como modelos de clasicismo puro, y que en el fondo no contienen más que una admirable pintura de la vida real y cuotidiana, apuntando en este caracter, la transición al romanticismo - reacción fogosa y oposición audaz y valiente, a la frialdad, rigidez y monotonía de las obras clasicistas.

Apesar de la resistencia que los españoles hicieron a la entrada del romanticismo, la lucha no fué titánica, ni revistió el encarnizamiento que en Francia, donde tan arraigadas estaban las doctrinas clasicistas. En España, la publicación de las obras de los clásicos y

el Romancero, apenas conocidos en los albores del siglo XIX, facilitaron mucho su entrada triunfal, que también coincidió con las traducciones de Walter Scott, Lord Byron y Mad. Stael. (1)

Nuestros escritores clásicos, fueron románticos—eminentemente románticos—si por romanticismo se entiende el rompimiento de los moldes primitivos y antiguos,—en especial Lope y Calderón, revolucionadores del teatro—(2);

(1) En 1803 veía la luz pública una traducción de *Atala y René* de Chateaubriand; en 1816 una versión castellana de *Paul et Virginie*; y en 1818, Mariano Cabrerizo, librero valenciano, comenzó a publicar una série de novelas en su mayor parte románticas. También, la fundación de «*El Europeo*» en Barcelona, del que fueron alma Aribau y López Soler, dió nuevos impulsos al movimiento.

(2) Gallardo califica también de románticas las tendencias fantásticas y sentimentalistas de nuestras letras viejas. Toda la literatura caballeresca es romántica para él; así dice: «El Qui-

y en este sentido es en el que Menéndez Pelayo afirma existe el romanticismo en los libros del licenciado Barreda y Morales Polo (Traducción del panegírico de Trajano, de Plinio y el Epítome de los hechos y dichos de aquel emperador), aun cuando Morales trae ya reglas y sentencias a las cuales pueden amoldarse los dramas románticos. (1) Este romanticismo es también desconocido en los principios del siglo pasado; las obras de los clásicos eran raras entonces, y el conocimiento de los viejos libros—de que tan infiltrado Gallardo

jote, además, es libro que arguye en quien lo escribió, un caudal de lectura y de erudición romántica que asombra». Vid. El Criticón nº 1. Pag. 36.

(1) De poética romántica, califica igualmente las *Cartas Philológicas* de Alfonso Sánchez de la Ballesta. Vid. Ideas Estéticas. Tomo III. Pag. 363.

estaba —tenía algo de ciencia oculta; las alfeñicadas producciones de la bucólica de estufa, imperaban con las odas patrióticas y las canciones de circunstancias, y en cambio el tesoro de nuestro Romancero «colección la más rica de poesía propiamente popular, que posee nación alguna», según Costa, eran desconocidas en absoluto. Los gustos andaban extraviados, y las reimpresiones de las obras producidas durante las gestas de oro de nuestras letras, sirvieron para encauzarlo.

El conocimiento del Romancero y de los clásicos, despertó en el espíritu español emociones nuevas, en extremo halagadoras, muy en armonía y consonancia con su manera de pensar y sentir, que unido al pobre arraigo de las convicciones clasicistas

(1), determinaron una excelente disposición para la entrada triunfal del romanticismo. (2) Por eso el romanticismo español no fué en substancia otra cosa, que la vuelta a los clásicos y sus obras, acomodadas a las costumbres y adelantos de la época, al paso que en Francia significó una innovación completa.

La revolución romántica fué necesaria. Las hogueras de los corazones estaban en la tragedia clásica cubiertas de nieve, eran cadáveres helados; faltábales

(1) Aun las defendía en 1822 Martínez de la Rosa en su *Poética*.

(2) No estuvo sin embargo exento movimiento de oposición. Cuando en 1818 el ilustrado cónsul alemán don Nicolás Böll de Faber, dió a conocer las opiniones de Shclegel sobre Calderón, se levantó contra él universal clamoreo, descollando por su apasionamiento en rebatirlas don José Joaquín de Mora y don Antonio Alcalá Galiano, el mismo que años más tarde escribiría el prólogo de «*El Moro Expósito*.

el fuego y la pasión enervadoras de su vitalidad, fenecida a manos de hieratismo abrumador; y a este organismo decaído, la ardorosidad romántica le dá nuevas fuerzas, le presta mayores energías. Por eso fué algo más la innovación, que un cambio de retórica y de trajes como afirma Zola; (1) significó un cambio completo de sentimientos y de interpretación de la vida.

La humanidad tiene sus momentos estéticos, inconscientemente manifestados en pluralidades de espíritus, afines por similitud de condiciones intelectivas y homogeneidad de cultura o incultura. El romanticismo que podemos llamar *socialismo literario,* nace de una falta de educación solemne y decan-

(1) El Naturalismo en el Teatro. Pag. 13. Madrid. La España Moderna.

tada; tiene un origen plebeyo. Mientras priva el estudio de las humanidades, la cultura, que es juego de ingenio, permite alcanzar el refinamiento; cuando decae y se extingue, empobrecido el mundo ideológico, retorna el hombre a su natural, refúgiase en la llana expresión de sus afectos. En este punto surge, virilmente remozador el romanticismo, que no es en esencia, sino la intensidad supeditada al volumen, es decir, la exageración del sentimiento, hecha por el espíritu ayuno de doctrina, en su afan de engrandecerle. (1)

Corolario admirable de todo ello es la

(1) No trato aquí de hacer un detallado estudio sobre el romanticismo español. Tan solo de esquemar con ligereza, las diversas corrientes que lo integran, y entroncar debidamente la poesía de Gallardo. Para más oportuna ocasión reservo la exposición de mis teorías.

conciencia de la personalidad, su exaltación. Unid a ésta, el entusiasmo ingenuo y desbordante que el incentivo guerrero ha prendido en el alma española; juntad la pasión política, algo de lacrimatoria melancolía (efecto del melancolico ritmo universal ahora percibido) y tendreis cristalizado el romanticismo ferviente de Espronceda, el que es objeto de la sátira de Larra, *El Trovador*, *Don Alvaro*... Ahora bien; esos pasos inadvertidos que arrastran al individualismo vehemente, ensoñador, a la realidad íntima, profunda de la naturaleza, percíbense acentuados, a medida que el tiempo evoluciona, en las obras de los preceptistas antidogmáticos. Luzan, rehuye la autoridad del legislador para escudarse solo en la razón y la verdad; Piquer ya es un vidente de la relatividad

de la belleza; (1) Arteaga amplia el horizonte estético.

La revolución se acerca. En 1794, Hervás la presiente. «Aparece en el horizonte de la literatura–escribe–una nueva elocuencia que se llama estilo filosófico... En el más breve discurso, se amontonan y confunden pensamientos de objetos físicos y metafísicos, naturales y teológicos, civiles y morales, simples y alegóricos, *sin conexión dialéctica, retórica, ni verbal.* El estilo filosófico consiste en vomitar tumultuariamente *pensamientos de toda clase* con concisión de palabras; es como una tempestad que arroja granizos de todos tamaños y colores». (2)

(1) Esta idea que Piquer desarrolla en su *Lógica* (1771) habíanla apuntado ligeramente el P. Feijóo en su Discurso *Razón del gusto* (1734) y don Juan de Iriarte en el *Diario de los Literatos* (1737).

(2) Vid. la Historia de la vida del hombre.

Embebecido Gallardo en el estudio de nuestros grandes autores de los siglos XVI y XVII, impregnado de las bellezas y agudos decires de los gráciles cancioneros nacionales populares y eruditos, adelántase a su época—lo mismo que en la política y en el sentir crítico—y acierta a ser romántico a la manera clásica, dulce y placentero, consciente y moderado, y lo que es lo más, a apellidar su bellísimo romance Blanca-Flor, *canción romántica.* (1)

Nadie negará la filiación de esta poesía, con las trovas amorosas de nuestros

(1) Para Gallardo, romántico es tanto como protestador, hombre de espíritu poco acomodaticio a la estética vigente. Así nos habla por ejemplo, de los románticos de 1550, entre los que coloca a don Pedro de Salazar, «que no se daba el mejor perjeño para hacer libros al gusto de los críticos clásicos» Vid. El Criticón n.° III pag. 6 y 7.

castizos copleros del siglo XVI, pues tantas semejanzas con estas tiene—aun en el mismo pensamiento—que Menéndez Pelayo vislumbra en ella, felicísima imitación del villancico de Urrera que comienza:

Ayer vino un caballero
Mi madre, a m'enamorar
No lo puedo yo olvidar (1)

Pero no es sola Blanca-Flor, la composición de Gallardo que encierra tal carácter; tambien lo tienen, su primorosa canción *A Zelinda, y* algunos otros romances y letrillas de la más castiza

(1) Vid. Menéndez y Pelayo, Antología de poetas líricos Castellanos. Tomo VII.

Más que imitación directa de dicho villancico, ni ningún otro, el lindísimo romance de Gallardo es «un tegido de reminiscencias eruditas» como afirma atinadamente el P. Blanco. Vid. Historia de la Literatura en el Siglo XIX. Pag. 103. Tom I.

y apasionante traza, (1) que saltando por cima de Cadalso, de Meléndez y de la nueva escuela sevillana, valieron para soldar con más fuerza—según afirma Valera—la antigua poesía española con la más reciente, y preparar el elemento nacional y más propio para la futura innovación.»

Y he aquí ligeramente esbozados los elementos distintos, que integran nuestro complejo romanticismo, que trae al

(1) Canta en *El Dueño Ingrato*:

En tu dulce soledad,
¡Oh noche plácida!
Cautivo lloro,
En grillos de oro,
El tiránico rigor.
¡Ay dolor!
De un dueño ingrato.
Y a tu incierto resplandor
¡Oh luna pálida!
La sombra esquiva
O fugitiva
Busco ciega del amor.

arte la libertad y un poco de humanidad y sentimiento, exigidos por los adelantos de la época y la evolución de la sensibilidad. (1)

Las épocas se suceden; las costumbres varían, las ideas se transforman, los conceptos del arte evolucionan; querer regir una época por los preceptos de otra, es un absurdo funesto, una ruina lamentable; y siendo la literatura un producto social, al unísono de la sociedad a que pertenezca, ha de vi-

(1) Resumiendo, puédese bosquejar el siguiente cuadro:

Romanticismo Español

1.ª etapa: Romanticismo liberador (romanticismo de nuestros autores del siglo de oro; rompimiento de moldes primitivos, de las formas muertas de la tragedia clásica) Lope, Calderón.

2.ª etapa: Romanticismo pasional (afirmación de la personalidad, tendencia realista), lo informan:

Romanticismo clásico español (Gallardo).

brar en sus partes todas. Por eso las inquietudes y las ideas de cada tiempo, encarnan en una fórmula estética diferente, y el romanticismo,—socialismo literario—es la fórmula de un instante del siglo XVIII, fórmula tan precisa, que el ilustre Hegel llegó a considerarla «un momento necesario y glorioso en la vida estética de la humanidad.»

Romanticismo inquietante—que así puede llamarse por entrañar de contínuo una inquietud— (Cadalso, Meléndez, Jovellanos, Cienfuegos).

Romanticismo extranjero (Duque de Rivas, Martinez de la Rosa).

Los tres integran el espíritu de nuestro romanticismo pasional, que divídese en

Romanticismo exaltado (Martinez de la Rosa, García Gutiérrez, Zorrilla, Espronceda, Hartzbusch, Gil y Zárate, Duque de Rivas etc.) y Romanticismo moderado (Bretón, Rodríguez Rubí).

LOS CUATRO PALMETAZOS

Mengüadas noticias pregonan las hazañas literatescas del pais en la aquietada villa de Castro del Rio. Las epístolas volanderas, dicen calladamente algún raro suceso al carcelado sufridor, que urde a retales el mapilla abreviado del pálido esfuerzo intelectivo de los años últimos, con tales nuevas y advertimientos. También la diligencia de algún amigo hace llegar a él librejos agasajados por el público en su fresca aparición, que saborea de grado sin

encomio; pero advierte don Bartolomé, desolado, que no es todo elegancia y vigor lo que reluce en la fabla empleada por los foliculares autores de los mismos, y como anunciada se halle al público la Historia de la *Literatura Española* de Bouterwek, traducida por los señores Gómez de la Cortina y Hugalde Mollinedo (1), y las referencias que de ella tiene acusen deficiente crítica, impericia en el manejo de la lengua por

(1) Declaran al hacer dicha traducción «que la hacían *deseosos de suplir la obra original de que carecíamos*, por el descuido de tan útil estudio debido a las guerras y trastornos y *a la falta general de buena educación*»: «ruda franqueza—apostilla Valera—que denota a las claras cuál sería el estado de un pueblo, donde dos modestos traductores, se atrevían a decir tal improperio como quien dice lo más natural sabido y confesado». Vid. Discurso de contestación a Núñez de Arce en su Rep. en la Academia Española. Tom. I de sus obras completas.—Discursos Académicos. Pag. 273.

los autores de la versión, compone un desengaño prematuro al tan cacareado engendro, para norma «de más de un cándido y pío lector», volcando en esta obrilla de circunstancias, todo el poso de su dolor por el desprestigio del castellano. (1)

Publícase la obra de Bouterwek, y en la *Gaceta de Bayona*—periódico afrancesado—aparece una crítica acerba, encaminada a zaherir los yerros gramaticales de la misma. Mas poco experto en tales andanzas, el anónimo autor del artículo, comételos extraordinariamente mayores en abundancia y calidad a los de Gómez Cortina y Mollinedo. Gallardo le sale al paso—y nótese, porque es un detalle

(1) No llegó a publicarse el *Desengaño*, según testimonio de Ramírez de las Casas-Deza, «en consideración a los buenos deseos de los traductores».

significativo para el estudio de su personalidad, que una de las tareas que se asigna es la de quebrar una lanza desinteresadamente en favor de todo el que de manera injusta vese calumniado—(1) y da a luz un folleto que rotula *Cuatro Palmetazos bien plantados por el Dómine Lucas a los Gaceteros de Bayona*, escrito con una precisión y galanura serenamente encantadoras.

Hay en esta obrilla—ligera pero luminosa—curiosos juicios y apreciaciones sobre el valor y pureza de la lengua Castellana. Así escribe entre otras cosas: «notable desacuerdo vuelvo a decir, que el piano reciba el tono de un cara-

(1) Al artículo impreso en los números 112, 113 y 114 de la Gaceta, contestaron Cortina y Hugalde, poniendo de oro y azul al editor, en un folleto titulado *Diálogo entre él y yo.*

millo; porque cierto, comparar con la castellana la lengua francesa, se me antoja lo mismo que comparar un órgano con un chiflo de castrador»; y refiriéndose al postramiento y decadencia del idioma patrio, estampa más adelante estas pesimistas e irónicas palabras; «en suma, la lengua castellana murió y es preciso estudiarla ya como lengua muerta.»

Redúcese la finalidad principal del folleto, a combatir las torpes ideas que sobre el empleo del relativo *que* como conjunción y fijativo adjetival, profesan los redactores de la *Gaceta de Bayona* a los que combate trayendo en sustento de su opinión copioso caudal de citas castellanísimas entresacadas de las obras de los más castizos y chapados autores españoles; más también a guisa de adi-

tamento, después de condenar las rastreras y sobadas al par que absurdas filosofías de los Gaceteros, y llamarles en buen romance filosofillos de medio mogate, censura las opiniones que en punto a esta y otras cuestiones logosóficas, mantienen Hermosilla y Reinoso, con una brillantez de forma y profundidad de doctrina reveladoras de su extenso saber lingüístico y filológico. (1)

El agitado y monótono vivir que arrastra en Castro del Río toca su término finando el año 1830. Recobrada la libertad, no de manera absoluta (pues vese vigilado con insistencia y cautela, do quiera encamina su paso vagabundo)

(1) Habiendo enviado un ejemplar a la Academia Española, ésta le manifestó el mucho aprecio que hacía de su erudito discurso, por medio de su secretario don Francisco Antonio González.

pero sí suficientes para correr tierras y publicar escritos, abandona la absolutista villa, acariciando bravos proyectos y curado, en parte solo, de la grandísima desazón que en su ánimo produjo la pérdida traicionera de sus entrañables libros. Este capital acontecimiento, no determina en él cambio ni mutación alguna; Gallardo era y sigue siendo, un caso típico de profundo individualismo; sus caracteres psíquicos no varían; ginete en su pegaso clavileño, va cruzando la ruta del destino, con altiva cerviz, indómito y libre, pero igual, siempre igual entre adversidades y fortunas, entre casos fieros y halagüeños remansos. Peregrino de un mundo, para el que no ha nacido, por el suelo de España, heróico y triste con sus locas ideas, sin ventura cabalga.

MERCACHIFLES LITERARIOS

«Amigo—escribe a Perez Torroba—años y desengaños; para cuatro va que unas veces desterrado de la tierra que más amo, y otras enterrado entre cuatro paredes, me trae la pícara fortunilla andando como la paloma del diluvio, con el ramito de oliva en el pico, y sin tener donde posar. Yo busco la paz, y no me la dejan tener en parte ninguna».

En 1830, solicita don Bartolomé pasar a Talavera de la Reina, intencionado de aproximarse a Madrid, y obtiene la ansiada concesión. Puesto en camino,

detiénese en la villa de Lopera, pretextando una caida, aunque en verdad con ánimo de esperar el resultado de la conspiración tramada en Andalucía, que aborta poco después.

Tras algunos meses de permanencia en Lopera, por mandato de la autoridad se restituye a Castro, de donde pasa a Ocaña al siguiente año, al objeto de visitar unos amigos y seguir la jornada a Talavera, nuevo punto de confinación. «Mi vida no se oculta a V. cuan es de arrastrada y triste» escribe a Durán en Marzo de 1831; «¿por un poco de purgatorio, quién no se va derecho al cielo?»; y en Diciembre del mismo año dice a don Joaquín Rubio; «amigo querido: el de siempre, lo de siempre y como siempre. Yo no me mudo, me mudan, sí, de cuando en cuando, para que sepa mas

de toda mala ventura. Del año pasado acá, poco hay que de contar sea; porque año más o menos de desdichas ¿qué es todo ello comparado con la eternidad?»

Los realistas de Ocaña, tratan de enviarle a Sigüenza, más Gallardo consigue autorización para establecerse en Toledo, donde le hallamos en los comienzos de 1832. En Noviembre, escribe a Rubio. «Mi apreciable amigo y dueño: aunque hace varios días ya que pudiera darme por libre, no he querido creer que lo estoy hasta que al echar a andar, me he sentido y visto el pié sin grillete». Poco después trasládase a Madrid.

A partir de la publicación de *Cuatro Palmetazos*, Gallardo entra en el periodo álgido de su vida literaria; su producción, que hasta entonces ha sido premiosa por

achaques de erudito, tórnase fecunda. Ya no existe libro alguno de importancia sobre el que no emita su juicio, trapacería contra la que no clame, falsos valores literarios que no destruya, ni reputaciones bastardas que deje subsistir. Sus opiniones, sus ideas, los agudos repentes de su ingenio, su erudición pasmosa, sus profundos conocimientos de la lengua, los va volcando en amenos escritos, pletóricos de gracia y de doctrina.

El primero que aparece por orden cronológico es, la *Crítica de la biografía de profesores españoles de Bellas Artes por Cean Bermudez y Llaguno y Amirola.* (1). Disfra-

(1) Antes había publicado en *El Diario Mercantil* de Cádiz, dos artículos titulados *Mudez Extraordinaria*, disertación sobre un caso de interés médico sucedido en la villa de Castro del Río.

zado con el anagrama de Teodoro José Grambella pone de relieve las omisiones lamentables en que incurren los dos ilustres escritores, y el defecto de ciertas apreciaciones. A este artículo (1) —que le acarrea fuertes ataques de Reinoso, defensor ardiente de Cean—sigue una correspondencia del Bachiller de Fórnoles, titulada: *Trovadores antiguos. Del gran Canciller Pero Lopez de Ayala y su famoso Rimado de Palacio*, en el primero de cuyos artículos (2) incluye un cuadro literario del reinado de don Pedro I de Castilla, arquetipo del género narrativo histórico y maravilloso en el decir; una crítica magna de las *Poesias de El Solitario;*

(1) Publicóse en los cuadernos 60 y 64 de las *Cartas Españolas* (1832)

(2) Consta de tres, publicados en los números 66 y 68 de las *Cartas Españolas*, y 1 de la Revista del mismo nombre. (1832)

su romántica canción *Blanca-Flor*—estampada años antes en Cádiz;— una *Prosodia o arte ritmica Española* (1) que coincide en espíritu con la *Carta sobre una nueva traducción de Homero*; una disquisición literario arqueológica sobre *El Sepulcro de los Pompeyos,* en *El Vapor* de Barcelona, (1833), y un primoroso cuento Oriental—*El delito del Dátil*—en *El Boletín Oficial* de la Provincia de Toledo. (2). (1834?)

Algunos de estos escritos carecen de importancia; en cambio el que le sigue,

(1) Se publicó en *El Vapor* y *La Revista Española.* (1834)

(2) He debido la copia de este cuento que figura en el apéndice E, así como otras interesantes notas, a la condescendencia—que muy de veras agradezco—de mi estimado amigo, el Profesor de la Universidad de Toronto (Canadá) Dr. Milton A. Buchanan, excelente hispanista, autor de documentados y apreciables estudios sobre nuestro teatro clásico, tales como:

marca una nueva fase en la vida literaria del autor. Rotúlase *Las letras letras de cambio o los Mercachifles literarios*, (1834) y en él fustiga agriamente, cierto inmoderado afán de lucro característico de los escritores españoles de comienzos del pasado siglo. Hermosilla Miñano, Lista, Burgos, son los autores censurados, no porque intente vituperar en ellos el deseo de una honesta compensación de su trabajo. «El de la pluma—dice—es un ejercicio como otro cualquiera; y ya todo oficio debe acudir el correspondiente beneficio:

Notes on the Spanish drama (Lope, Mira de Mescua and Moreto), The case of Calderon's La Vida es sueño; The cloak episode in Lope's. —El Honrado hermano; Was Tirso one of the anthors of—El Caballero de Olmedo; At a Spanish Theatre in the Seventeenth Century, etc. que generosamente puso a mi disposición un tesoro de gallarderías.

Ca dice el evangelio e nuestra decretal
Que digno es el obrero de levar el jornal».

Lo que recrimina, lo que zahiere, es «que desatendiendo los escritores, mas de lo que debieran, el honor de su profesión, roto el justo equilibrio entre la honra y el provecho, la balanza del interés propio, arrastre la del común, con desdoro de las letras, menoscabo de la mayor perfección de las obras literarias y depravación de los principios santos de la verdad y de la justicia.»

Alude en este folleto—con el que inaugura el sistema de crítica menuda en que triunfaron más tarde legítimamente, Martínez Villergas, Clarín, Valbuena, Fray Candil, Casares—a determinados negocios poco diáfanos, pero productores de oro en demasía, sobre el que cimentó su posición, don Javier de Bur-

gos, simulando era adquirida con las letras. A este ilustre descendiente de los Meleros, González y Olmos, va enderezada principalmente la obrilla, que Gallardo le ofrece en virulenta dedicatoria. Gozaba por entonces Burgos de alta reputación y nombradía, y ocupaba con beneplácito de sus amigos, el Ministerio de Fomento (Interior), a cuyas oficinas y bajo sobre, envió Gallardo un ejemplar de *Los Mercachifles Literarios,* acompañado de una muy sarcástica carta.

¿Porqué arremete contra Burgos? ¡Ah! Gallardo como ya hemos dicho, es un hombre que se adelanta a su época; Gallardo pide en 1833, una revisión de los valores literarios. Sentía este anhelo; su espíritu quijotesco, no podía consentir existiesen tantas reputaciones usurpadas, y dolíase de que hombres como

Burgos, autor tan solo de algunos medianos escritos, y defectuosa traducción de Horacio (que convirtió de Horacio Flaco, en Horacio gordo) gozasen reputación inconmovible. ¿Era envidia quizás? Nó, Gallardo era incapaz de sentir tan ruin pasión, como nos lo declara en el prospecto de su papel volante: «Declaro aquí—dice—en ley y en conciencia, que no hay silla curul, palacio, ni alto puesto, a que yo anteponga mi rincón, mi llano escaño, y la independencia de mi alma, libre como el éter de los cielos».

Si critica, lo hace con justicia; el vergonzozo estado de las letras le exaspera; la falta de grandes figuras, cuyos puestos suplantan dudosas medianías, le impulsa a derribar los falsos ídolos. Podrá pecar de apasionado alguna vez—no lo du-

damos —entonces, rasguñará a los escritores que critique, pero jamás les producirá herida alguna. Su pluma no abriga aquella perversa intención que movía los Hermosilla, Fórner o Iriarte; los más de sus decires son eutrapélicos; si al final de sus días hubo de sufrir una condena por injurias, no fué por otra cosa que haber colgado a *El Solitario* el perifrástico remoquete de «Aljamí Malagón Farfalla», ofensa leve, si se tiene en cuenta responde al quevedesco soneto de este:

Caco, cuco, faquín, bibliopirata.....

A Miñano, a Hermosilla, a Lista (con singular donosura al último), a todos critica minuciosamente, pues como él mismo nos dice «sus críticas demostrarán que los autores que critica no los ha leido sobre peine sino que les ha des-

enhebrado la cabellera sin dejar cañón por cardar».

Burgos era en aquella fecha un poderoso, y como es costumbre inveterada en España, que un ministro todo lo alcance—asistido de razón o sin ella—logra a seguida el procesamiento de Gallardo, y le busca sagaz e intensamente para enviarlo a ruda cárcel. Mas en empeño tan piadoso fracasa con ruido, porque la cauta previsión de don Bartolomé, con excelente consejo habíale llevado a la Isla de León. Por el camino comentó *el Quijote;* refugiado en la Isla vindicose en escrito brillantísimo.

Tenía Gallardo entonces, cincuenta y ocho años; era aquesta la séptima persecución que padecía.

EL CRITICÓN

So pretexto de haberse impreso un libelo «sin los requisitos de la ley, altamente ofensivo a funcionarios de la primera gerarquía, con alguna sátira sobre objetos de la Religión venera», en las oficinas de don Mariano Calero y Portocarrero, fueron allanadas estas por el subdelegado de policía, y aprehendidos los dos mil ejemplares tirados de *Las Letras de Cambio*, al tiempo que mandábase proceder de real orden contra Gallardo y sus cómplices en el supuesto delito.

Con este motivo publicose en *El Bole-*

tín Oficial de Madrid, un artículo calumnioso, altamente ofensivo para don Bartolomé, que en justa réplica dió a la estampa una hoja sin título firmada con el seudónimo J. Claro de la Vera, en la que demostraba palmariamente que el folleto no habíase impreso sin los requisitos de la ley, antes al contrario, llenándolos con todo rigorismo; que su asunto era una crítica literaria sobre la traducción de Segur hecha por Lista, *El Arte de Hablar en Prosa y Verso* de Hermosilla, el *Diccionario Geográfico* de Miñano, e incidentalmente, sobre la comedia de don Francisco Javier de Burgos, *Los tres iguales*; que de estos, solo el último era funcionario de la primera gerarquía, y que todos ellos en la república literaria quedaban despojados de sus distinciones y prebendas; que Burgos era juez y parte

en su causa; que este era el único reo que existía por haber infringido la ley de Imprenta; y finalmente que ignoraba cuales fuesen los objetos que la Religión venera, si ya no se conceptuaban tales a los abates Miñano y Lista, por ser gente de Iglesia. (1)

El sumario termina prestamente y Gallardo es citado a comparecer. No habiéndolo hecho, procédese contra el impresor Calero, que defendido entusiasta y ardorosamente por el joven abogado (más tarde famoso orador) don Salustia-

(1) Siendo este el primer proceso instruido con arreglo a la nueva ley de Imprenta, produjo grande escándalo en Madrid. De algunos ejemplares de la obra que escaparon a la requisa policiaca, se sacaron multitud de copias que corrieron de mano en mano, aprendiendo muchos la dedicatoria literalmente, para mortificación mayor para Burgos.

no de Olózaga, es absuelto sin demora. (1)

Poco después, juzgando conjurado el odio del ministro trapacista, torna Gallardo de la Isla, dispuesto a publicar *El Jeremías Político*, periódico de sátira oportuna y circunstancial, pues «aunque los años y desengaños, y lances varios de amor y fortuna me tengan arrollados los bríos—escribe—mientras aliente un soplo de vida que sea, siempre seré Gallardo».

De este nuevo entusiasmo por la lucha, da cuenta a su discípulo García Luna, en fogosa carta. «Amigo del alma —dícele—las cosas públicas van tomando tal vuelo, que no pueden menos de

(1) Vid. el Suplemento al número 20 de *El Universal*. Causa Célebre.—Madrid Imprenta de Jordan.

arrastrar tras sí los corazones de los verdaderos repúblicos. Ya vamos teniendo una causa pública que empeñe; la persona ya casi es lo de menos; en suma, ya tenemos patria. Para ella quisiera yo tener ahora los más bravos aceros que tantos años llevo gastados en luchar contra la desdicha, la iniquidad y la tiranía. Muy gastado me siento, pero en dando por algunos días de mano a mis tareas, espero reponerme (1) y con nuevos bríos trabajar en la obra mayor de la ilustración y mejora de la generación viviente, por el ramo de conocimientos, do tengo hecha profecía».

Con la muerte de Fernando VII, expira el tiránico gobierno; al ministerio

(1) Padecía una afección a la vista que no llegó a agudizarse nunca.

Zea-Bermudez, sucede Martínez de la Rosa; al despotismo ilustrado, la implantación de *El Estatuto*. Han vuelto los emigrados, y la aurora liberal ha tornado a lucir risueña y trágica; los primeros soplos románticos comienzan a enervar la poesía. Es el año 1835. A comienzos de Junio ha caido Martínez de la Rosa sustituyéndole el Conde de Toreno; en el nuevo gabinete, ocupa Gobernación Alvarez Guerra, excelente amigo y protector de Gallardo. La situación de este es harto precaria; Alvarez Guerra le ayuda en la desgracia, y logra reponerle en el cargo de Bibliotecario de las Cortes con la prebenda anual de quince mil reales, «en atención a sus antiguos y desinteresados servicios»; además le encomienda de real orden una Gramática y Ortografía de la lengua Castellana

destinada a la enseñanza oficial. (1)

Más tarde, cuando Larra angustiado pregunta «¿dónde está España?», y ante la desolación nacional él mismo escribe: «Oh días de prodigios, estos que alcanzamos los que por favor especial del cielo hemos podido sobrevivir al de la década vergonzosa del menguado y dañino Tadeillo», principia a imprimir su joco-serio *Criticón*, papel volante de literatura y bellas artes. Cinco números solamente se publican (hay otros tres póstumos); en ellos encuéntranse peregrinas noticias bibliográficas, reproduc-

(1) Sobre este inesperado auxilio escribe a Rubio: «La Reina Gobernadora ha tenido a bien encargarme la composición de una *Gramática filosófica de la lengua Castellana* para que sirva de texto en los estudios del reino; incumbencia que ya V. discurrirá puede serme de no menos honra que provecho; pues llegando mi libro a obtener los honores de clásico, con el

ciones de piezas antiguas, y entremezcladas con frecuencia, acres censuras literarias a los escritores de más predicamento. (1)

Tienen estos folletos mucho de personal e inconfundible. (2) El ambiente literatesco en que aparecen, nos lo ha pintado Gallardo con desgarradoras tintas en *Las Letras de Cambio*. «Si en la pobre España estos últimos años—dice

despacho de los ejemplares que se impriman de cuenta del autor, me hallo de bóbilis-bóbilis, con una finca equivalente a un beneficio simple».

Apesar de cuanto se promete, la obra quedó sin hacer, y el beneficio sin gozar.

(1) Don Félix José Reinoso, por su Oda a la memoria de Don Agustín Cean Bermudez, y el *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*, don Manuel José Quintana, don Agustín Durán, don Manuel Bretón de los Herreros y el bibliotecario Patiño, son los autores zumbados con mayor braveza.

(2) En el nº. 383 de *El Español*—29 de Agosto de 1836—figura un juicio de los cua-

—no ha hecho los mayores progresos el ingenio, la ingeniatura (gracias a ciertos literatos arbitristas) se va adelgazando exquisitamente. La traducción y la compilación ha sido el común recurso de los más. Verdaderamente que es el camino más llano para llegar sin gran tropiezo al título de escritor, y el medio más seguro de serlo grande; quiero decir, escritor de muchos o de grandes volúmenes. En efecto, los libros se encuentran en la traducción, hechos, y así con solo pasarles la pluma por cima,

dernos cuarto y quinto. De él entresacamos los párrafos que siguen:

«Esos estudios han inspirado al Sr. Gallardo el amor a la libertad de la patria y a la independencia intelectual de los que oyeron desde la cuna el noble acento de la armoniosa lengua de Castilla.

.....Y esta reflexión, nos conduce a concluir este artículo, agradeciendo sobremanera al señor Gallardo la escrupulosa exactitud con que

como por juego de pasa-pasa, pasa a ser propio lo ageno; máxime si la versión es del francés, que ya (merced a Dios) es entre nosotros como si dijéramos lengua de casa». «La literatura es una perra carrera» añade en otro lugar.

Estabilizada su vida con el nuevo cargo, dedícase a confeccionar su *Criticón*, más sosegado y desenvuelto, pero la justicia, eterna turbadora de su sueño, viene a llamar a su puerta nuevamente, y vese envuelto en sus severas llamas por la incalificable traición del Conde

nos trasmite las composiciones de nuestros literatos, que va dando a leer...

...Nos contraeremos, pues, ligeramente a un hecho solo, y es a los datos que el Sr. Gallardo presenta en manifestación del profundo conocimiento que *él solo quizá posee en el día de nuestra literatura e historia literaria*, conocimiento adquirido a fuerza de trabajo incesante y de aplicación rarísima, incapaz de apreciarse debidamente en este tiempo en que la

de Toreno, que le pone en el trance de emigrar a Francia y suspender la publicidad de su periódico.

ridícula traducción de una mezquina memoria o la servil adopción de un pensamiento extranjero, bastan entre nosotros para que cualquiera se capte el nombre de filólogo o bibliófilo consumado, o de literato aventajadísimo.

LA VENGANZA

En Bayona y Burdeos, permanece dos años. El alzamiento de la Granja permítele regresar a Madrid, y Calatrava, entronizado por la revolución, le ofrece un puesto en las Constituyentes del año treinta y siete. Gallardo acepta, y Badajoz, su amada tierra, le elige representante, entonces «que casi se caía la casa y no había energía para acometer» según expresaba con sorna...

Ya era todo alborozo; al fin públicamente a su trabajo se otorgaba premio;

pero como para sufrir había nacido, y muchos años hacía habíase desposado con el dolor, el discreto júbilo—mustia floración en el agrio paisaje berroqueño de su vida—fué sofocado por envidias y maquinaciones que se hacinaron contra él. Los elementos derechistas remozados casi en totalidad, que profesábanle profundo rencor por un atavismo innoble, confabuláronse torpemente para recabar del Congreso la supresión de la plaza de Bibliotecario.

En Enero de 1838 hallaron coyuntura propicia a sus deseos. Acordada la reforma del reglamento de Cortes, presentóse el oportuno proyecto de ley, en que por olvido involuntario hacíase caso omiso de la Biblioteca y su conservador. Llamó don Bartolomé la atención a la Cámara sobre el caso, en espera de fácil

remedio, pero todos sus afanes estrelláronse ante el vacío cruento de enemigos y parciales. Muñoz Maldonado, Benavides y Fontán, censuráronle con dureza, y pidieron su destitución, en el falso supuesto de que percibía dos sueldos del Estado; como Bibliotecario de las Cortes, y compositor de una *Gramática Filosófica de la Lengua Castellana.*

Con el fin de ilustrar a sus compañeros sobre este punto, imprimió Gallardo un opúsculo que llamaba: *Artículo copiado de las adiciones y refundiciones de algunos títulos y artículos del proyecto de Reglamento, para gobierno interior del Congreso, propuestas y motivadas por el diputado don Bartolomé José Gallardo, bibliotecario de las Cortes,* en el que hacía resaltar las ventajas que la existencia de la Biblioteca proporcionaba, defendiendo su gestión al frente

de la misma, contra las calumniosas especies de sus detractores.

Repartido copiosamente este folleto entre los diputados, alcanzó a oir algunas protestas, por el tono de dureza y carácter personal en que estaba escrito, especialmente de Muñoz Maldonado, objeto principal de sus censuras (1), que originó un escándalo parlamentario, terminado en ruidosa cachetina. (2) El Con-

(1) «En orden a lo que ha dicho el señor Muñoz Maldonado, calificando de impío mi Diccionario — dícele — yo solo responderé a S. S. que no es calificador autorizado para venir al Congreso a fulminar esas censuras, y que en cuanto a lo que he estampado en mi papel de *Adiciones al Reglamento,* sobre la *Biblioteca,* referente a la persona de S. S. estoy pronto a sostener cuanto me ha puesto en ocasión de decir a su respecto, contestando a la falsedad que profirió en público Congreso acerca de mi sueldo». Vid. Diario de Sesiones del Congreso. Legislatura de 1837. Tomo II.

(2) Don Javier de Burgos, en sus *Anales del Reinado de Isabel II,* tomo V, refiere este

greso no exaudió las deprecaciones de Gallardo, y apesar de sus protestas, fué suprimido su destino; y es que como dice uno de sus biógrafos, «no pudiendo matar honestamente al hombre se mató al cargo» (1). De esta guisa, al cabo de tantos años, los falsamente llamados liberales, vengaron las ofensas inferidas a los serviles por el campeón de la libertad, satisfaciendo grandemente a los fanáticos. No es de extrañar por ello que don Bartolomé los apellide *santones*, y les cobre odio y los desprecie; conocía sobradamente su vida íntima, sus cábalas políticas, sus reprobados manejos y sus rastreras veleidades al peso de las cuales había caido.

suceso, falseando la verdad del caso con el apasionamiento más sañudo.

(1) El Panteón Universal Tomo II. Pag 586.

Descentrado en tal cuadro de bajezas, holgaba su presencia en el Congreso; y Gallardo, con acuerdo plausible, renunció dignamente el acta de diputado. Antes había hecho una saladísima rechifla del discurso en que Martínez de la Rosa enalteció el programa *Paz, Orden, Justicia*, (1) que le ocasionó duros insultos. (2)

Por aquellos días, un periódico nuevo de ultraliberales tendencias—*El Huracán*—alzaba la voz pidiendo «se constituyese el pueblo en democracia federativa»;

(1) Discurso del Diputado extremeño Gallardo, sobre el párrafo de la *Paz* del proyecto de Contestación al discurso de la Corona. Córdoba 9 de Diciembre de 1837.

No llegó a pronunciar este discurso (de tan relevante éxito que hiciéronse de él cuatro ediciones en varios días) por haberse dado por discutido el punto sobre que versaba prematuramente.

(2) En el periódico *El Mundo*—n.° 528, correspondiente al 14 de Diciembre de 1837—un ignorado apologista del autor de *La Conjuración de Venecia*, que nombrábase Jaime Ilo-

era inspirador de este periódico el satírico chuzón Martínez Villergas; le ayudaban en sus tareas algunos desinteresados compañeros. Al llamamiento acude contado grupo de españoles, ganosos de libertad, y funda el partido republicano; son estos excelentes patriotas, Calvo de Rozas, Espronceda, Olaverría, Ordae, el mariscal de campo don Pedro Méndez de Vigo, Gutiérrez Solana, el malagueño Díaz Morales, el agitador Avecilla, y varios otros. Este partido—

radiano, en desdichada sarta de tercetos (consagrada «Al pedante e irrespetuoso don Bartolomé Gallardo, escritor deslenguado y fementido») le maltrató sin piedad, negándole incluso conocimientos gramaticales:

Contra el más respetable ciudadano
He leido tu artículo insultante
Escrito casi casi en Castellano.

Vid. además el artículo de fondo del número 524 y el mosáico del 527 del mismo periódico.

de gloriosas tradiciones, desprestigiado hoy por la ineptitud de sus representantes—compendiaba el afán regenerador de la pobre España, aquella que anhelante buscaba Larra; y a él se afilió Gallardo esperanzado, buscando una mano amiga, un corazón generoso, una idea compatible con la suya. (1)

(1) Defraudado más tarde por la carencia de programa concreto, abandonó este partido, e ingresó en el progresista. En 1841 firma como presidente de la junta central del mismo, una proclama por él compuesta (cuyo fondo ideológico damos a conocer en otro lugar) dirigida *A los electores de diputados por la provincia de Madrid, para las próximas Cortes.*

Rebatiendo dicho escrito publicó en el número 2459 de *El Eco del Comercio*, don Vicente Collantes un artículo, al que replicó don Bartolomé lamentándose de verse precisado a descender «a una polémica tan baja», en un papel elocuente. Terminadas las elecciones y en vista de su desacuerdo con los jefes triunfantes del progresismo, reingresó en el partido republicano.

LIBRO TERCERO

LA TUSCULANA DEL MURMURANTE

Triste y amargado, cubierta la cabeza por la nieve del desengaño, retírase en 1838 a su finca «La Alberquilla»—Rosi Tusculi, por él llamada,—distante media legua de Toledo—donde le hemos conocido—y entrégase a una vida campestre y salutífera, de un ritmo acompasado y monótono. (1) Desde este momento su existencia pertenece por

(1) Durante una de las luengas temporadas que residió en «La Alberquilla» visitole el notable bibliófilo ruso caballero Sergio Sobeloski, que departió amigablemente con él los breves

entero a las letras; en la hermosa dehesa, que procedente de los bienes nacionales ha adquirido en época de apuros para el Tesoro, (1) amontona joyas bibliográficas sin número, que va catalogando con gran amor y pericia, mientras discurren lentas y pesadas las horas tediosas de la vejez. Más hecho al bullicio y tráfago de la Corte, no acomódase por

días de su permanencia en Toledo. Vuelto a París publicó en el «Journal de L'Amateur des livres» (tomo III-1850) una relación detallada de su visita, altamente encomiadora del saber y diligencia del «oráculo de la bibliografia española» como llama a Gallardo.

Esta relación figura en el Apéndice F.

(1) *La Alberquilla* fué vendida por los herederos de Gallardo a don Sergio de Novales, que merced a las reformas en ella realizadas—suministro de fluido eléctrico, alumbramiento de aguas, reforma de la casa, y adición de otras propiedades colindantes (El Orzagal, El Quintillo, La Rosa, Calzones, Huerta de Barrera etc.)—la ha transformado en una de las mejores fincas de la provincia de Toledo.

entero a este vivir uniforme, y rompe su monorritmo con algunas salidas a Madrid, Valladolid y Andalucía, en busca de ejemplares curiosos de viejos volúmenes, que los libreros conocedores de su rara afición le reservan, y en los que invierte todos los sobrantes de su modesto haber. También algunas veces va a Toledo, y como ya es viejo y cansado, sube en un borriquillo que un mozo le guía; pero no siempre aviénese con aquesta manera de caminar, pública muestra de su decrepitud, y entonces cruza a pie el camino orillado de pinos susurrantes, que le lleva a la ciudad.

La vida de Gallardo en *La Alberquilla* es ecuánime, placentera, sedante, pero triste; en sus costumbres muéstrase frugalísimo; se mantiene con pocas onzas de alimento; un vaso de leche por la

mañana, un cocidito al medio día y una taza de té con leche o chocolate por la noche, sin llegar a consumir en las tres refacciones un panecillo. Su indumentaria personal, es sencilla y extraña; un pantalón de la época, una chaquetilla de terciopelo en verano (zamarra de felpa en invierno) capotita, un sombrero calañés a la cordobesa, ribeteado de charol y sin borlas, un magnífico bastón de espino, un cuchillejo de bolsillo, y una cartera con lápiz y pluma para hacer extractos y cédulas literarias.

En los días bochornosos del estío, trabaja bajo el parral exuberante que tiene a la puerta de la casa; en los gélidos del invierno, en una modesta pieza cuadrangular toda enjalbegada y reluciente, tibia por el rescoldo de un brasero, de cuyas paredes cuelgan algunas es-

tampas mitológicas y retratos de enciclopedistas franceses.

Por todos los rincones de la estancia vense hacinados con esmero largas ringleras de anaqueles toscos, rebosantes de valiosísimos volúmenes de foro y de convento, de erudición y amenas letras. Los libros son la vida de Gallardo, el eje de su amor; ellos le empujan al sosiego, ellos le animan con blandura, y atraido por el encanto fascinante de su larga contemplación y saboreo, conlleva una existencia plácida, que suavemente quiebra el dolor de su vida derrotada.

EL LINDO DON DIEGO

Las correrías y viajes que a partir de 1839, hace Gallardo desde *La Alberquilla* a diferentes puntos de Andalucía y la Mancha son en extremo curiosas y dignas de memoria. Escruta cuantas bibliotecas públicas o privadas a su paso encuentra, haciendo cédulas literarias y revisando documentos, compra abundantes libros raros, y hace las delicias de los bibliófilos provincianos, cuando se enfrasca en coloquios eruditos, que no siempre terminan en santa paz.

Acompañémosle en una de estas ex-

cursiones; es a Cadiz, el año 1845; allí conserva aun viejos amigos, y algunos jóvenes que gustan de los rancios volúmenes y las ideas nuevas, le conocen por carta. (1) Siempre que arriba a Cádiz, plácele visitar los sitios donde paseó su fama de satírico y sufrió las persecuciones de la chusma afrancesada. La plaza de San Juan, la calle Nueva, el café de Apolo, la esquina de San Francisco, la plaza de San Antonio, la casa del señor Don Quijote, y la celebérrima calle Ancha, mentidero de holgazanes y perioditas ociosos, donde

(1) Entre sus devotos no figuraba ya Tomasito García Luna, con él reñido a consecuencia de una disputa suscitada por la disconforme opinión de ambos sobre el *Diccionario de Etimologías de Cabrera.*

Vid. sobre este punto, la carta que a su discípulo escribió Gallardo el 18 de Septiembre de 1838, que figura en el epistolario inédito de don

recogió en sus años juveniles, los chismes y los decires, que aderezados con la picante salsa de un ingenio, brindaba a sus lectores el Redactor General, bajo el rótulo ya famoso de la misma vía.

Un librero apercibe su llegada, y la noticia cunde rápida entre los conocidos. La vida de Gallardo en Cádiz, está consagrada a la peregrinación a caza de curiosidades, el visiteo y la charla tertuliana. El modesto cuartito de la fonda donde se hospeda, vése de contínuo poblado por el número de sus admiradores y entusiastas, que le aturden con la algazara de sus voces y las

Bartolomé conservado en la biblioteca de la Real Academia de la Historia, (signatura 11-2-7, legajo 4 A. R. V.) cuya copia debo a la amabilidad de mi grande amigo y maestro don Ramón Menéndez Pidal, que agradezco aquí como merece.

expansiones de su ingenio. Allí se reunen a diario los más salientes bibliófilos de la vieja ciudad, que charlan de política, de literatura, de arte. Uno de los más asíduos contertulios es Adolfo de Castro, jovenzuelo de pocos años, de modales desenvueltos y palabra fácil y pulida.

Cierta tarde, queda con él citado para dar una vuelta al siguiente día. A la hora convenida preséntase Gallardo. Es en un pequeño café donde le aguarda; allí está Adolfo con Sánchez del Arco y Federico Rubio. La sala es algo sórdida; el humo del tabaco hace la atmósfera densa, caliginosa; los parroquianos que llenan el recinto, se apiñan en torno de las mesas bordoneando con el murmurio de su charla interminable. Es un pesado, sucio, decrépito café provinciano de

mediados del último siglo. Don Bartolomé, alzando la cortina ha penetrado en la sala; Adolfo y Sánchez del Arco le divisan y apresúranse a levantarse ofreciéndole su asiento. Gallardo no acepta; disgústale aquél ambiente; salúdalos con leve inclinación de cabeza y volviendo la espalda dirígese a la calle. Federico Rubio, Sánchez del Arco y Castro, se miran un momento interrogándose; luego sin decir palabra le han seguido. Ya fuera del café, dándole la acera pregúntanle:

—¿Cómo está Vd. señor Don Bartolomé?

—Psche, ¿cómo he de estar? viejo y trabajado.

—Pero de seguro traerá Vd. algo entre manos...

—Psche, las aficiones siempre quedan.

Y se hace un largo y enojoso silencio.

Los tres acompañantes quisieran mostrarse locuaces y expansivos, pero los atemoriza la idea de desagradar. Son complacientes, atentos, agradables; si Gallardo díceles cosa alguna, cuidan mucho de disentir. Sánchez del Arco poseido por lo general de un aire zumbón de taco y osadía, despójase de él. Le han dicho de este extraño personaje, cosas tremendas, inauditas; le han contado tenebrosas historias de horrores y misterios; y él ignorando la verdad, las ha creido; por eso le teme y le respeta, por eso su atrevimiento, su descaro, se han trocado en mansedumbre y cordialidad.

Han caminado juntos, grande trecho; han cruzado las calles de San José, del Sacramento, de la Encarnación, cam-

biando solamente unas palabras. La gente los mira con curiosidad; Gallardo, llama con su rara catadura grandemente la atención. En su deambular extraño han llegado a la Plaza de San Agustín; allí está la librería del antiguo conocido Moraleda, y a una invitación de Gallardo penetran en ella. Apenas lo hacen, una exclamación surge de varias bocas...

—¡Hola, señor don Bartolomé! ¡Tanto bueno por estas tierras!

Y todos los circunstantes se apresuran a abrazarle, mientras el librero, detenido por el mostrador, alarga cuerpo y brazos, ansioso de estrechar su mano. Gallardo a tantas muestras de cariño y respeto, contesta frío. Luego, dirigiéndose al dueño, dícele:

—¿Ha caido por aquí algo importante?

—No señor, las ediciones antiguas son

cada vez más raras. Un Sorapan de Rieros, debo tener por ahí.

—¡Bah! De ese libro que pasa por raro, no hay coleccionista que no tenga un ejemplar.

Entre las tres o cuatro personas que se hallaban de tertulia en la librería, el que más aspavientos hizo a don Bartolomé, fué un viejo, mediano de cuerpo y regordete, colorado como cangrejo cocido; tomó la palabra y se puso a disertar sobre libros raros e incunables. Mas debió parecerle desacato a Gallardo que así se hablara en su presencia sobre una materia en que solo y nadie más que él se consideraba competente, y cortando el habla al locutor, le interrumpió de esta manera:

—Extrañárame yo, señor don Diego Delgado y Pazos, de que no saltara Vd.

con sus sandeces. ¿Somos niños de escuela, para que venga Vd. a enseñarnos el abecedario de Brunet? (1)

El vegete saltó cual sapo hinchado de ira y metiéndole los puños por los ojos, increpó a don Bartolomé de esta guisa:

—Y extrañárame yo, señor cuatrero de libros viejos, de que los años no le pararan la insolencia.

—Más le extraña al hijo de mi madre, ver al leguleyo, sin que los años le corrijan de su ingénita pedancia.

—¡Pedancia! ¡Pedancia!—exclamó el otro.—¿De donde ha sacado el prosista esa palabra?

—De todas partes donde reina el ha-

(1) La petulancia de Gallardo es aquí manifiesta. El «Manuel du Libraire et l' Amateur de livres. Par Jacques-Charles Brunet», consta en la edición que conozco (es la cuarta, París 1842) de cinco gruesos volúmenes en cuarto.

bla castellana—dijo Gallardo, y arrojándose a don Diego con las manos en garra, le derribó el sombrero juntamente con la peluca. D. Diego contestó a puñadas, y gruñendo bellaquerías se dieron de golpes, hasta que los amigos salvaron el pugilato, separando a los iracundos contendientes.

Pocos días permaneció Gallardo en Cádiz, tornando a *La Alberquilla*, desasosegado, lleno de angustia, de dureza de corazón, de desaliento. Una honda crisis espiritual agitábale por entonces; su carácter irreductible, exacerbado le prestaba un arranque y virulencia de modales rayanos en la agresividad. Herido en lo más hondo de su ser por la ineficacia, por la esterilidad práctica, de una vida laboriosa gastada en la defensa de justicieros ideales, cruzaba las horas

más nerviosas de su existencia, viendo acercarse la muerte a grandes trancos; y el amargo espejismo de un vivir que alboreó risueño entre justas y halagadoras esperanzas—que miraba truncado en su recuerdo—punzábale con el dolor del desengaño, incapaz de abatir a los espíritus ardientes, pero sumidor en lastimosa tristeza. Había sido un héroe magnífico, un luchador soberano; su trágica fatalidad le había empujado de malandanza en malandanza, y tocaba el final de su camino, acibarado, roto, maltrecho, caido con la gloria de un Quijote al borde de la estrada. Tenía conciencia de sus actos, y era sabedor de que el porvenir le destinaba grande ventura; pero el anhelo de esa dicha actual que el alma siente por muy esforzada que sea, y que en su larga peregrinación por el

mundo había soñado, mirábale consumirse lentamente, arrastrando en su consunción las yertas esperanzas. Una infinita melancolía le turbaba y la nostalgia de los días mozos dejábase sentir con más hondura.

LA HAZAÑA DE «EL BUSCAPIE»

La lucha, sin embargo, tornó a enervarle, robusteciendo el postrer hálito de fé en el ideal que aun le alentaba, cuando la atrevida invectiva de don Adolfo de Castro, urdió la patraña literaria bautizada con el atrabiliario título de «El Buscapie».

Corría el año 1848, cuando el citado ingenio gaditano, previa publicación en la *Gaceta* de una Real Orden refrendada por el ministro Bravo Murillo, en que declarábase propiedad exclusiva de su persona el apócrifo manuscrito, dió a

la estampa, precedido de un prólogo y adicionado con unas notas, el contrahecho, mentido y vergonzante engendro. Llevada la impresión con suma cautela y vigilancia, atendiendo al deseo que mostrara el pícaro falsario, de que no fuese conocido en absoluto hasta su total estampación, esperábase con grande ansiedad por los eruditos y cervantistas, para los que el solo anuncio de la obra había servido de acicate avispador de la curiosidad; tratábase nada menos que de una obra póstuma de Cervantes, escrita en descargo de su autor, e ignorada hasta entonces, si bien algunos barruntos de su existencia percibíanse en los escritos de Ruidiaz, Pellicer y don Vicente de los Rios. Mas a la infidelidad servil de un mozo de la imprenta, debióse la sustracción de varios ejemplares de

los primeros pliegos, que fueron devorados con avidez por sus poseedores y enviados a personas doctas, capaces de justipreciar el mérito de la obra.

Uno de ellos, cayó en manos de don Angel Iznardi, que con grande urgencia remitióselo a la corte al ilustre habanero don Domingo Delmonte, para que revisado por Gallardo, emitiera éste su juicio adverso o favorable sobre librejo tan peregrino. Cumplido su deseo al enviarle los pliegos, y recibidos que húbolos don Bartolomé, leyolos con gran atención y fijeza, devolviéndolos a Delmonte a vuelta de correo, acompañados de una epístola extensísima sobre el escritor príncipe de las cosas de Indias (Gonzalo Fernández de Oviedo), en la que a guisa de postdata decíale lo siguiente:

«Llegamos (Dios y enhorabuena) al punto crudo (aquí te quiero escopeta); al «Buscapié» de...

¿De Cervantes?—Usted duda y muy discretamente, de que este llamado «Buscapié» sea de Cervantes. Ese suele ser en las más de las cosas el partido más prudente; pues como el mismo Cervantes dice,

De las cosas más seguras,
La más segura es dudar.

Pero si de Cervantes no ¿de quién será?—Si yo no soy mal zahorí de pensamiento, en sus medias palabras de Vd., le deletreo el de colgarle ese perendengue al *Aljami Malagón Farfaya*—¿Adivino justo?

Si ese tal, es el que ha querido Vd. señalar con el dedo, no anda errado a mi ver de todo en todo: porque le tengo

al tal *Malagón* por muy abonado para esa tal fechoría. Pero ha habido otro que le ha tomado la delantera».

A seguida en la susodicha misiva ponía de relieve el plagio hecho por don Adolfo, de unos dichos satíricos comentados por él en Cádiz el año cuarenta y cuatro, testigos patentes de la burda confección del Buscapié, y la inexperiencia de su autor que para evitar todo rozamiento o polémica por tal motivo con el eminente bibliófilo, intenta taparle la boca como a niño de confite con aquel merengue del prólogo «El muy docto filólogo español don Bartolomé José Gallardo...» ¡Vaya un dengue!—exclama éste—«los pollos quieren engañar a los recoberos».

A partir de aquí, y durante los meses de Mayo a Octubre, reparte Gallardo

apreciabilísima baraja de cartas entre sus amigos, donde con más convicción y dureza cada vez, rebate la atribución del falso Buscapié a Cervantes, afirmando es en totalidad obra de Castro, a quien de pasada bautiza con el salado remoquete de Lupianejo Zapatilla, por emular las hazañas de aquel otro don Antonio de Lupian Zapata, autor de falsos cronicones, que tan merecida fraterna recibiera de don Nicolás Antonio.

«¿Qué es del gusto?—Pregunta con amargura—¿Qué es del gusto? ¿Qué es de la sindéresis? ¿Qué es del criterio? ¿De tal manera se ha corrompido y bastardeado todo, que se ha perdido enteramente el sabor especialísimo de las cosas de Cervantes? ¿No hay ya cervantistas? ¿No hay ya españoles? ¿Qué ceguedad es la de nuestro siglo que las

chafarrinadas del más chapucero pintamonas, las brochadas de un Orbaneja, pasan, a ciencia y paciencia de los españoles, por pinceladas maestras de los Velázquez y Murillos...!!!»

DE ZOCA EN COLODRA

La autenticidad del Buscapié, discutíase con ardoroso empeño; era la lucha tenaz, desemejable, truculenta y casi inverosímil, lanzada en una época fecunda en azares, cuando torva revolución extremecía a Europa, no tuvo la patraña burda la enorme resonancia que en momentos normales hubiese alcanzado; pero no obstante, los más antitéticos juicios fueron emitidos sobre el caso, tanto en España como fuera de ella; Martínez Villergas, impugnola con grande ingeniosidad en su papel satírico denomina-

do «La Cotorra», la aplaudió descomedida y estrepitosamente don Manuel Cañete, negole su favor en enérgico y victorioso escrito, publicado en «Le Presse» de París, Mr. Landrin—que retractábase con inexcusable petulancia dos años más tarde—; y en el periódico cubano «La Prensa», estampáronse suscritos por el misterioso G. de Cuevas, dos artículos impugnatorios, acogidos con excelente reserva, que fueron replicados en «El Diario de la Marina» por don Emilio Bravo,—autor de unos *Ensayos Poéticos*, publicados en La Habana, y la curiosa novela *Los Misterios de Sevilla*,—y en el «Heraldo de Madrid» por el mismo don Adolfo. La opinión pública juzgaba los artículos de «La Prensa», como obra de éste, que presintiendo el prematuro tártago del Buscapié, adelantá-

base a prevenir objeciones, contestándolas a su antojo; y no andaba errada en ello, que su descaro cínico para falsificar, había sacado de la puja a todos los que le precedieron en empeños de supercheria.

M. Hipólito Lucas, distinguido hispanista, traductor a la lengua francesa de *El Conde Lucanor*, y los dramas: *El Médico de su Honra* de Calderón, *Las Mocedades del Cid* de Guillén de Castro, y *El Honrador de su Padre* de Diamante, consignó en otro papel público—*Le Siécle* de París—su opinión favorable a la legitimidad del falso libro, y encomió sobremanera a su publicador; Miss Thomasina Ross, defendiole y tradujo en la revista *Bentley's Miscellany* de Londres, publicándole comentado con amplias notas en 1849; estampáronse en París,

en Milán, en Colonia y en Oporto, versiones francesas, italianas, alemanas y portuguesas, de la obra, y como por entonces estuviese confeccionando el erudito anglo-americano Mr. Jorge Ticknor, su Historia de la Literatura Española – simultaneamente aparecida en Nueva York y Londres—y en ella de pasada tuviese ocasión de hacerlo, con grande copia de razones, y excelente espíritu crítico; demostró clara y terminantemente, la falsedad sublime del apócrifo Buscapié. El Calvatrueno de Castro, contestole en varios desconcertados artículos en «El Heraldo», seguido de nueva réplica, a la verdad poco afortunada, del incondicional Bravo, juguete humillante de don Alfonso, y mezquina tapadera de sus desafueros literarios.

Sin embargo, Bravo no pudo menos de reconocer que hasta aquella fecha—12 de Abril de 1851—era superior el número de los que rotundamente negaban la autenticidad del falso librejo, que el de creyentes en ella. No podía menos de ser así; el Buscapié, sólo había embaucado a los bausanes, pero no a las personas de lucios cascos.

Enterado Castro del festivo remoquete—Lupianejo Zapatilla—que le había asignado Gallardo en carta a Delmonte sobre el *Diccionario Matriz* de Baralt, viéndose en él retratado como fistol largo que era, y alcanzando a brujulear todo el juego de las demás cartas del mismo palo repartidas por don Bartolomé, de las que tenía sobrados barruntos, tiró algunas puntadas por ver la primera de ellas—sin duda la más preciosa—sin re-

sultado alguno, pues su cauto dueño para evitarlo, apeló al efugio de hacerla perdediza. Mas sabiendo de oidas que campaba por el pícaro mundo parlante y oyente de la literatesca, conocido y honrado por el sarcástico nombre de Lupian, y sintiéndose desfallecer al peso de la amplia controversia por él suscitada, erige a Gallardo en terrero de sus iras—por ser el más trástulo de todos sus indocumentados impugnadores — y desahogando el virus comprimido durante más de dos años con hipócrita discreción, traza sus viperinas *Epistolas del otro Mundo a don Bartolo Gallardete,* en la servilesca *Ilustración,* que soldadas más tarde a guisa de contera con el inmundo *Proceso fulminado por Lupianejo Zapatilla contra aquel iracundo filólogo,* componen un mezquino libelillo frión y romo.

El tracista de Castro, preludia en estas cartas disputa personal, furiosa y baja, a la que no aviénese el carácter zahareño de Gallardo. Solo recoge éste la primera naranja de Atalanta que le arroja, más tarde, no intencionado de seguir hasta el cabo el tiroteo, al tenor de la sabida copla proverbial:

Arrojome la naranjilla
naranjitas de su naranjal:
arrojómelas y arrojéselas
y volviómelas a arrojar,

sino como dice, «para que vea, sabe acomodarse a la esgrima de sus enemigos, hiriendo por los mismos filos». Su réplica es digna, noble y bravía; cuida de esclarecer, escrupuloso, el alcance de las palabras, y declara «que todo cuanto dijere tocante a don Adolfo de Castro, con ocasión de el Buscapié que

se ha avilantado a publicar como de Cervantes, apela sobre don Adolfo, en cuanto hombre de letras, salva siempre de toda personalidad ofensiva su persona», no así Castro, que en todos sus escritos, ataca la honorabilidad de Gallardo con acerbo rencor.

Poco después de las furiosas cartas, aparece *El Buscapié del buscarruidos de don Adolfo de Castro*, obra ligera compuesta por el asturiano don Ildefonso Martínez y Fernández, médico de Bellus, y editor de Huarte y Doña Oliva, que embozado con el eutrapélico seudónimo *El Bachiller Bobaina*, intenta impugnar el apócrifo librejo donde hermánanse en falaz contubernio, el nombre de Cervantes y el estilo de Castro. Sólidos argumentos y esclarecedoras razones en ello emplea, pero el desaliño del estilo y ciertos equí-

vocos inadvertidamente deslizados, hacen desmerecer al folleto, en que más de loar es la intención que lo conseguido.

Don Adolfo de Castro que con descabellada indiscreción, había intentado de infelicísima manera, en la tercera edición de el Buscapié, refutar la acertada argumentación del hispanista Tiknor, aprovecha los descuidos de Martinez y Fernández, para añadir a las prolijas y discantantes notas que a guisa de apéndice siguen a la cuarta, una epístola desalmada, dirigida a don Emilio Bravo, en que rebate las razones del *Bachiller Bobaina* y de Gallardo, con ridículas evasivas, insultos, gratuitas negaciones, y sobre todo con el silencio. La estolidez suprema que preside a estas forzadas y absurdas réplicas, impide al belitre de

su autor, marchar sobre seguro, y acertar ni aun siquiera una vez; como no jugaba limpio, a barras derechas, don Adolfo fué en el argado de su mal traida lucubración, de zoca en colodra, añascándose a cada paso, hasta caer rendido al peso de sus dislates y estulticia.

LA TRAVESURA DE ESTEVANEZ Y EL LOQUILLO CADIZEÑO

Un nuevo afincamiento derivado de esta sutil e inmensa polémica, caía sobre el cuitado espíritu de Gallardo. Don Serafín Estévanez Calderón, aquél solitario ilustre que en la dedicatoria de sus poesías habíale llamado: «ingenio sin par», «llavero de la lengua castellana», y «parlador de oro», aquél a quien Gallardo enalteciera con tan señaladas pruebas de afecto y estimación literaria y personal, en las «Cartas Españolas», y a quien en un rasgo de humor llamó acertadamente *Aljami Malagon Farfalla*, con

un refinamiento sanguinario y crudo, no justificable ni por antagonismos de bibliófilo, ni por despecho de un sinónimo voluntario, endilgole este arrogante y celebérrimo soneto «de un su amigo estante en corte de su majestad»:

Caco cuco, faquín, bibliopirata,
Tenaza de los libros, chuzo, pua,
De papeles, aparte lo ganzua,
Hurón, carcoma, polilleja, rata.
Uñilargo, garduña, garrapata,
Para sacar los libros cábria, grua,
Argel de bibliotecas, gran falúa
Armada en corso, haciendo cala y cata.
Empapas un archivo en la bragueta,
Un Simancas te cabe en el bolsillo,
Te pones por corbata una maleta.
Juegas del dos, del cinco y por tresillo;
Y al fin te beberás como una sopa,
Llena de libros Africa y Europa.

El mismo Cánovas, panegirista de su

ilustre tío, no puede menos de reconocer que la venganza de Estévanez, «fué extremada»; que «no hay más modos de llamar ladrón de libros a un hombre, ni términos de más encarecimiento». ¿Qué motivo impulsole a Gallardo, para asignar al *Solitario*, el perifrástico remoquete origen de la contienda?; simplemente el enojo despertado por su apadrinamiento descomedido a Castro, autor de la falsedad; y a nuestro juicio no tiene el gráfico apodo otro valor, otro alcance, que el de una burla pesada, que ni sombra de ofensa envuelve en el fondo; la malignidad de Estévanez y su torcida intención son quienes danle tal carácter.

Era la mañana del 3 de Mayo de 1851; caminaba Don Bartolomé José Gallardo, solitario por la calle del Clavel de la Corte, todo abatido y lleno de quebran-

to. Don Serafín Estévanez Calderón, avanzaba en opuesto sentido acompañado de Don Salvador López Enguidanos; el encuentro era inevitable.

Estévanez, so pretexto de presentar al antedicho Don Salvador López, ex-jefe político de Murcia, cuyo padre había sido grande admirador de Gallardo, acercóse risueño a saludarle, y en nombre de su antigua amistad, y sirviendo también de empeño su acompañante, suplicole omitiese en su folleto *Zapatazo a Zapatilla*—próximo a publicarse—toda designación de su persona. Gallardo, entonces ignorador de la existencia del soneto altamente injurioso de Estévanez, prometióle exaudir su ruego, borrando cualquier especie en él deslizada, que en manera alguna resultase a su juicio calumniosa. Pero la oficiosidad

de algún intrigante enemigo de *El Solitario*, hizo llegar a sus manos una copia fidedigna de la ingeniosa cuanto denigrativa poesía, cuya lectura exacerbole de tal guisa, que a pesar de su bonísima y noble intención, ya no solo imprimió conscientemente y sin tacha de ninguna clase la carta a Delmonte, sino que en otro lugar de su feliz obrilla, reproduce el festivo remoquete, en justa, comedida y plausible venganza.

Y apareció el folleto: los chapados y talentosos amadores de Cervantes, acogiéronle con palmas de alborozo y muestras de entusiasmo, que era el *Zapatazo a Zapatilla* el más luminoso de cuantos libros y papeles publicáronse con tan sobresaliente motivo como la aparición de el falso Buscapié. Contesta en él su autor—a más de ocuparse de

la superchería—a los cargos que don Adolfo le dirigiera con tan acendrada malicia.

No es una réplica a las razones críticas y filológicas aducidas por Gallardo en abono de su opinión contraria a la autenticidad del zarandeado engendro, conocidas por él de referencia, lo que Castro vierte en sus *Epistolas del otro mundo,* sino una indecorosa denostación a don Bartolomé, fundada toda, en cierto desliz biográfico que padeció en su *Diccionario Critico Burlesco,* al suponer «ingenioso médico y poeta cordobés» a Salvador Jacinto Polo de Medina, clérigo murciano, y haber trabucado una palabra en el muy donoso poema de Salinas (1) que

(1) Hágase constar en abono de Gallardo, que al publicar dicha obrilla advierte lo que sigue: «este poema tiene la desgracia de que

inserta en el artículo jesuita del susodicho *Diccionario*. Este es el eje de toda la discusión, el común terrero de la disputa; el avieso don Adolfo intenta con tan ridícula falacia distraer la atención de Gallardo atrayéndolo al terreno de su defensa literaria, para impedir le siga tan certeramente dañando, con los acerados dardos de su sesuda crítica, pero don Bartolomé, perspicaz conocedor de sus torcidas intenciones, en alas de su ingenio, salva felizmente la mezquina celada.

En la primera parte del folleto, in-

además de hallarse incorrectísimo en el manuscrito de donde le copié, se me ha hecho todo fragmentos de puro rodar en mi trágica maleta en una peregrinación patriótica que hice por la Serranía de Ronda, cuando no estaba en poder de infieles (franceses). He tenido pues que zurcir retales, dando tal vez alguna que otra puntada de mío, donde me ha faltado el original o la memoria».

tenta con bastante fortuna, alambicando conceptos, su imposible vindicación, pero a seguida, una vez solventado el asunto, bajo el rótulo general de *Buscapié, rasgos volantes escritos a varios de mis amigos sobre el que ha publicado como de Cervantes don Adolfo de Castro*, incluye preciosos retazos de cartas a Delmonte, Muñoz y Romero, don Tomás y don Justo Sancha, Gayangos, el doctor Juan José Bueno, y don Juan Luís Chaves, donde mostrando lo garbeado a él por el torpe falsario, descubre la patraña, y zahiere acerba y cáusticamente la procacidad de su autor y aquella laxitud de moral literaria de que adolecía. Tras este interciso, escrito en prosa muy buida y elegantemente castiza, como todo el folleto, incluye Gallardo la *Segunda parte (que es la más lastimosa), del zapatazo*

y puntapié al cascabelero y busca ruidos de Zapatilla, ilustración al público sobre la causa ocasional de la carta de Lupian Zapata, y demás artículos subsiguientes contra él, publicados en el periódico sabatino *La Ilustración*, a partir del 26 de Abril de 1851.

Castro intentó atraerle a su causa, cantuseándole de lo lindo con grande brazada de elogios en el prólogo de la primera edición, pero apesar de ello, Gallardo que no es hombre que se deje engañar, le ataca sin remisión, de idéntico modo que a sus congéneres y compinches. El *Zapatazo* a *Zapatilla* es el último destello, es la postrer pavesa del espíritu ardiente de Gallardo. Cuando lánzalo al mundo de las letras ya es anciano, y está gastado por las negras ingratitudes, por las maldades hoscas de

tanto truhan mancomunado contra él; pero aun se yergue con un ímpetu de sublime orgullo, como si una cólera heróica le animase, y desprecia las sórdidas calumnias de un menguado y petulante parlanchín, retacista gironado.

Mientras tanto, aquéllas frases que descalificó el Solitario y con reconcentrada ira le arroja de nuevo, mueven a este guiado por un odio, que ha nacido en un tiempo no lejano, pero que a él se le figura ancestral a fuerza de hacerle grande, a escribir por sí o dar alas e impulsos para que se escribiese, un artículo, que firmado por su sobrino don Antonio Cánovas del Castillo, apareció en *La Ilustración* del 14 de Junio del mismo año, bajo este epígrafe: «Cuatro palabras sobre el folleto titulado Zapatazo Zapatilla, escritas en defensa de un

amigo ausente y en desagravio de las letras, mientras llegan otras más autorizadas». El amigo ausente a quien se defiende es don Adolfo de Castro, sumándose con esta defensa la del benditísimo don Benito Maestre (alias el desconocido), y se insulta en ella «necia y estúpidamente—como dice don Cayetano Alberto de la Barrera, en su libro *El Cachetero del Buscapié*, obra de la que el mayor y único elogio que puede hacerse es decir responde plenamente a su título—al defensor de la verdad, al hombre más laborioso e incansable en materias literarias, al más amante y benemérito de las letras españolas que hemos conocido, en nuestro siglo». El sincretismo de el Solitario y Cánovas le exaspera, pero aun no ha apurado hasta las heces el cáliz de su amargura literaria.

Poco después comienza a aparecer en la servilesca *Ilustración*, un más furioso libelo, titulado: *Aventuras litterarias del iracundo extremeño D. Bartolo Gallardete*, escritas por don Antonio de Lupian Zapata (la horma de su zapato), que imprimiose aumentado más tarde en Cádiz, donde el magistral soneto de Estevanez camina al frente de la obra como heraldo anunciador de las innúmeras caloñas que preñan su cuerpo. Es el encubierto Lupian don Adolfo de Castro, que garla nuevamente de modo soberano, aunque no siempre exacto de agudeza e ingeniosidad a la manera clásica, como en el injurioso romance ya citado:

Triste estaba Gallardete
Triste estaba por su mal,
Sobre el Betis yo le oyera
en estas voces clamar; etc.

A los reparos críticos de el *Zapatazo,* responde don Adolfo en la epístola a Bravo, adicionada a la cuarta edición de *El Buscapié*, de que hablamos con anterioridad, quemando en ella el último cartucho; ya está herido de muerte, y la defensa es imposible; su amañoso criterio no encuentra salida en el laberinto a que la intemperancia de mantener en pugna con la pública opinión la veracidad de una patraña le ha conducido, y su pluma vencida, explota en mutismo perenne, trazando tan solo en iracunda revancha—desentendido ya de la sobada cuestión—, el *Proceso del ilustre filólogo*, en donde grosera y despechadamente se insulta con incalificables palabras a Gallardo.

LA SENTENCIA DEL MOTE

Dirigíase un martes a las diez de la mañana, por la calle de Hortaleza, *El Solitario,* acompañado de don Fernando Azancot y don Francisco Javier Simonet, cuando hubo de hallarse con don Bartolomé José Gallardo, que venía de vuelta encontrada. Como no pudiera escusarse el encuentro y reconocimiento, mostrole Estévanez su disgusto comedidamente—según él—por su mala acción y correspondencia, amenazándole con acudir a los tribunales para que hiciesen justicia. Don Bartolomé—dice el Solita-

rio—«en lugar de escusarse, de atenuar su falta o de prometer reparación del daño inferido, se afirmó procazmente en sus injurias (no podía menos de hacerlo en justa correspondencia al vil soneto) añadiendo con insolencia que no podía concebirse habiendo leyes y tribunales, que él sería siempre el perdidoso, porque peor sería la descalabradura que el arañazo, y mucho peor el golpe y la herida que la descalabradura»; insultáronse después con braveza, y el negocio no se adobó, marchando contrariamente, el granado y rebolludo Estévanez y el cetrino y macilento Gallardo. A los pocos días presentaba aquél en el Juzgado de las Vistillas de la corte, redactada por sí, y suscrita por el Ldo. Valeriano Casanueva y el procurador José San Bartolomé, una notable querella, por

injurias, contra don Bartolomé José Gallardo.

Hacía por menudo en ella la historia del argado de *El Buscapié* protestando de que Gallardo le atribuyese la fechoría «con las palabras más descompuestas, y la intención más torcida, señalándole con apodos y remoquetes de mala especie». Eran las palabras origen de la contienda las que siguen: «Otro también gran sage en lo de leer de allá para acá que a él le llaman por chunga el Aljamí Malagón Farfalla, diz que también amadriga al loquillo cadizeño», y las ya citadas en la carta a Delmonte.

A los atrevimientos de la querella, salpicada toda de dicterios y rastreras intenciones, respondió Gallardo en la confesión, con cargos, templadamente, que «según fueros y estilo corriente en la

república de las letras, habiendo de nombrar ocasionalmente al escritor Estévanez Calderón, le nombró, no por su nombre propio y vulgar, sino por nombre perifrástico y festivo—Aljamí, Malagon, Farfalla—apelativos todos inocentes, como lo demostraría el análisis gramatical y etimológico de cada uno», y haciéndolo a continuación con grande habilidad y donosura, ponía en evidencia el eutrapelismo que el remoquete entrañaba. Exigiósele que ampliara la confesión, e hízolo formalmente.

«Debe ser del todo justo—escribe Cánovas—diciendo que su malignidad (la de Gallardo) directamente heredada de los eruditos del siglo XVIII, cuyos folletos y papeles debieron hacer las delicias de su niñez y de su juventud

primera, si brutal en los términos, era con frecuencia cándida en el fondo, por más que tan honda y venenosa le pareciera a mi pariente». «Contra la gran reputación de Estévanez—añade—que tanto blanco ofrecía, no propagó en realidad conceptos que haya hoy que refutar seriamente, porque dén materia a un grave desprestigio personal. (1).

Probó fácilmente *El Solitario* que a él y no a otro iban enderezados los epítetos Aljami, Malagón Farfalla, (prueba inútil a nuestro entender desde el momento en que Gallardo confesolo) por

(1) El Solitario, no solo le persiguió con dureza hasta la muerte, sino que exigió a los herederos el pago de las costas. Gallardo no demostró a pesar de todo animosidad alguna contra él. En carta escrita a su amigo don Joaquín Rubio el 12 de Agosto—dos días antes de expirar—desde Valencia, háblale de don Serafín y solo le califica de «famoso».

ciertas palabras escritas con lápiz y de la propia letra del autor en algunos ejemplares de el Zapatazo a Zapatilla que al margen de las páginas donde la supuesta injuria encontrábase impresa, decían: «Este es Serafín Calderón»; demostrándose el hecho además, por las declaraciones contestes de don Tomás Muñoz y Romero, don Pascual Gayangos, don Ramón Mesonero Romanos, don Antonio y don Emilio Cánovas, y el propio amigo de Gallardo don Domingo Delmonte, que con su inmotivada sospecha había dado orígen a la contienda.

Gallardo negose a asistir al acto de conciliación, y aun a responder al principio a la querella; mas no por eso dejó de seguir en el asunto los naturales trámites. Tuvo, pues, que mostrarse parte al cabo, y finalizada en primera instancia

la causa, en el Juzgado de las Vistillas de Madrid, recayó sentencia el 25 de Agosto de 1852, por la que don Francisco Sánchez Ocaña, Juez del distrito del Centro, por ausencia de su compañero don Juan Fiol, declaró «que debía condenar y condenaba a don Bartolomé José Gallardo a sufrir diez y ocho meses de destierro a distancia de diez leguas de la Corte, con prohibición de entrar en ella durante el tiempo de la condena; al pago de todas las costas del juicio, y no haciéndolo, de éstos, a un día de prisión correccional por cada medio duro que importasen, sin que pudiera exceder de dos años».

Don Bartolomé no asiste en Madrid al desenvolvimiento de su proceso; el espectáculo de la corte le apesta; sus más caros amigos Delmonte, Gayangos, Mu-

ños y Romero han depuesto contra él, todos le han despreciado, olvidando sus mercedes con la ingratitud del más negro linage; solo un grupo de admiradores levantinos—Salva, Martinez y Fernández, Meléndez, Carbonell, etc,—le permanece fiel; a todo le ha arrastrado, la contumacia fiera de don Adolfo de Castro; por eso despreciando la tragicomedia social de España, húndese en *La Alberquilla* y escupe a la sociedad que le posterga por embeberse en ideales más encumbrados y sublimes que los suyos (1).

(1) Véase el capítulo XIII de la obra de Cánovas «El Solitario y su tiempo» (tomo segundo) y el apéndice D que contiene el texto íntegro de la acusación y la sentencia.

La confesión con cargos de Gallardo, figura en el número 2 de la Revista Ateneo. Sevilla 1874.

LIBRO CUARTO

IDEARIO

A fines del mes de Junio ha tornado a su dehesa don Bartolomé José Gallardo; viene todo impregnado de un grande decaimiento moral y físico; apenas hace nada; solo pasea marrido por las breves cuestecillas de su heredad, ásperamente ocioso. Ya no es aquel mocetón batallador y altivo, de atrevidos modales y agresiva palabra, de otros tiempos; su ánimo brioso y brillante se ha hundido sin remedio en las más obscuras regiones de la melancolía; un pavor enfermizo le agita de contínuo: su varonil em-

paque, ha tomado un aspecto doblegado y taciturno; su tez un tinte macilento.... Dejémosle reposar mansamente, aquietarse un instante en su fatiga, e intentemos, adentrándonos en su obra, conocerle e interpretar el desgarramiento de su espíritu reflejado en ella; las diversas modalidades de su alma, sus reconditeces sutiles; sus avanzadas ideas, sus quijotescas aventuras, sus impulsos regeneradores, su afan de bien para la pobre España.

Desglosemos. En la obra total de Gallardo es preciso considerar, la estética, la crítica social y la concepción del proplema nacional.

El primer concepto que arroja el análisis de sus libros, es un profundo amor a la libertad. Este sentimiento está extraordinariamente arraigado en él: Por la

libertad ha padecido sinsabores infinitos y penosas dolencias; a base de libertad quisiera regenerar la patria: pensando como Cervantes, más de una vez aventuró la vida por la libertad: «al pronunciar esta dulce voz — dice — ¿qué humano pecho no se siente animado de un espíritu casi celestial?» «en tratando de libertad, toda criatura habla con noble entusiasmo y abundancia de corazón». Desea Gallardo la libertad en todas las esferas y en todos sus aspectos; frecuentemente preconiza las excelencias de la libertad religiosa, de la libertad de pensamiento, de la libertad de imprenta. El progreso lo exige; lo ordena la luz de la razón. Vivamos nuestro tiempo, no seamos espíritus caducos; adaptémonos a las exigencias de la época. La literatura evoluciona; también el lenguaje; no imponga-

mos despóticamente el de tiempo alguno; la corriente común determina el más adecuado, «que el uso es el soberano legislador de las lenguas en las cuales priva altamente el derecho consuetudinario. Los idiomas son obra artificial y voluntaria de puras convenciones sociales y de los fallos pronunciados ante el tribunal del público en virtud de este derecho, no hay apelación.» El estilo de Gallardo tiene un picante sabor quevedesco, y un casticismo y graficidad sorprendentes; (1) a ratos sereno y reposado, a ratos nervioso, es siempre preciso, suelto y flexible. Más no emplea el mismo en todas sus obras: «como la propiedad del estilo pide que se atienda no solo a

(1) Don Bartolomé figura en el catálogo de Autoridades de la Lengua de la Real Academia Española.

la persona que habla—dice—sino más aun a la persona con quien habla, yo he procurado no perder nunca de vista los sujetos a quienes enderezo la plática».

«Es preciso hablar a cada uno en su lenguaje; porque gastar fililies y primores de estilo, con ciertas gentes, vendría lo mismo que a la burra las arracadas.»

Al espíritu de amplísima libertad que alienta en toda la obra de Gallardo, va unida su aversión a la clerigueseca, quiste social que carcome el alma española. Odiala por retrógrada y por absurda, por que «trata de vedarnos el uso del pensamiento, y cuando necesitamos ver mas claro, apretamos nudo sobre nudo la venda del error»: «más ya no es tiempo—dice—estamos muy desengañados: hemos aprendido mucho en la escuela de la desdicha.» «Quisieran ellos continuar

en el alto señorío que se han arrogado, del pensamiento, expidiendo de su mano las licencias de pensar, negándolas o recogiéndolas a los que no sean ángeles de su coro.» Por eso tratan de sofocar «el grito salvador de ¡viva la libertad! ¡abajo los tiranos! al clamor rabioso de heregía, heregía!»

Hay que luchar contra esa negra banda «de optimistas apasionados de otros tiempos, y tétricos pesimistas del presente orden de cosas, los cuales están empeñados en persuadirnos, que la máquina de este mundo no podía andar mejor que andaba: y no es sino que rodaba la bola en derecho de su dedo.» Para ellos no hay más que una obra respetable: la Biblia; «que es un libro muy santo y muy bueno, pero no es una enciclopedia o repertorio universal de

ciencias, artes y oficios, donde haya de acudir el gañán para saber de arache y cavache, el minero para buscar la veta, y el médico para encontrar el remedio de nuestros males.» No, no; tengamos atrevimiento, tengamos audacia, defendámonos de esos cuervos malignos que han de pugnar «por sacar los ojos a los que ven claro, para tener el orbe a media luz, o dejarle a buenas noches.» Gallardo sabe que no es este combate cosa nueva; que tiene antiguas y profundas raices; por eso se lo explica como un fenómeno histórico. «La lucha de la luz y las tinieblas había de renacer, lucha terrible y porfiada que apenas deja tal cual respiro a las naciones y que empezó con el mundo y con él acabará.»

Su crítica social—otra de las características de la obra de Gallardo—está

dispersa por las sabrosas páginas del Diccionario Crítico-Burlesco, y papeles posteriores. (1) La corrupción política de España es uno de los males que obsesionan a Gallardo de contínuo. Aquí la política, lo que antaño decíase alta política, «que no debiera ser sino la suprema ley del bien de la república», no es más que «un comodín para saltar por lo más alto de la razón y de la justicia, llevando las leyes do quieran reyes, para que estos o sus ministros, logren las más chocantes pretensiones». «En España, desde el tiempo de Felipe II, y acaso

(1) Tanto las ideas y opiniones de Gallardo expuestas en este capítulo como las que se apuntan en otros posteriores, están entresacadas del *Diccionario Crítico Burlesco. La contestación*, *Cartazo al Censor*, *Apología de los Palos*, *Cuatro Palmetazos*, *A los electores de diputados por la província de Madrid*, *El Criticón*, *etc.*

antes, siempre se ha llamado razón de Estado, a las cosas que no son de razón ni de estado, sino conveniencia propia», y los mismos «galipardistas que dicen alta-política, dicen también alta-policía», frase con la que encubren los desaguisados y arbitrariedades que perpetran.

La correspondencia epistolar que siempre ha sido mirada como un sagrado al que no es licito tocar, se viola indecorosamente, y esto que «en los tiempos de despotismo se tenía por un sacrilegio, se ha tenido en los tiempos que llamanos de libertad por un escrúpulo de monja». Algunos patriotas declaman furiosamente contra tal providencia «condenándola como un atentado escandaloso contra las leyes y la moral pública». Se alborota la gente, se censura

al gobierno, y el asunto pasa a las Cortes, donde se trata solemnemente. Allí «hubo aquello, de proposición, admisión, discusión, votación... y aun no sé si hubo resolución. (¡Oh pícara ironía!) (entre tanto las cartas se interceptaban, las cartas se abrían)—Pero señor ¿para qué, porqué se abren las cartas?—¿Para qué?, para saber su contenido. ¿Porqué? claro está, por la alta policía.» La alta policía excusa los atrevimientos más enormes, la alta policía justifica las medidas mas temerarias; «vive, supongamos en la corte, un escritor arrojado de estos que ni temen ni deben, y se sabe que va a publicar verdades algo duras de pelar. Entonces entra la alta policía, me coje al autor, y me lo arroja al Ponto como César al otro poeta narigón, y allí que plaña endeche o invective,

como más rabia le dé. Hay alguna persona que, merced a algún manto de seda que rugió de por medio, da en fecha a algún mandarín, como si dijéramos a algún regente que fué. Aquí de la alta policía. Venga acá el P. R... «Padre a Fulano que vive en tal parte.—Basta señor, sé mi oficio». El P. R... junta sus agarrantes, toma su habano y su chafarote, y dice: «¡Ha de mi gente! tantos a vanguardia, cuantos a retaguardia. A él». Dicho y hecho; se dá el golpe de mano; me pillan a mi hombre vivito, y me le llevan como un Cristo; zámpanle en la trena, sin comunicación, porque no se sepa.—Que se sabe luego.—Chillan los buenos: «injusticia, ¡atentado! ¡despotismo!» Redimen al cautivo. ¿Porqué estuvo preso el patriota Tal?—No se sabe, por alta policía».

Ama Gallardo apasionadamente la libertad de imprenta, «que este es un derecho imprescriptible, pues así como a cualquier ciudadano le está concedido el uso de la palabra, debe estarle igualmente el de la imprenta, para que todos contribuyan a la pública ilustración y urbano pasatiempo, ya sembrando verdades, ya estirpando errores, celebrando virtudes y vituperando vicios». Si es necesaria la censura, como no puede menos de serlo en determinados casos, empléese, pero francamente, con entera igualdad, sin arbitrariedades: «fuera prestigios donde quiera que haya abusos, hay lugar a la censura». Con la libertad se engrandecen los pueblos; Inglaterra «la nación idólatra de la libertad, con la de imprenta ha llegado al más alto grado de saber y poderío.» Imitémosla,

y «si podemos caminar por sendas de flores, no caminemos por entre espinas y abrojos».

LA ESPAÑA DE GALLARDO

¿Cómo ve Gallardo el problema de España? España es un país desgraciado; en la mayor parte de sus pueblos y aldeorrios, «todos los vecinos ponen la señal de la cruz por no saber firmar»; no hay libros en ellos, a lo sumo se encuentran «el breviario del cura, el catecismo, algún Belarmino, o el David perseguido y alivio de lastimados». «De la cosecha que el útil labrador recoje con afán y sudor, entre clérigos y frailes, se llevan para Dios el doble de lo que se tributa al César: ¡y al pobre labrador le quedan

apenas los granzones!!!» «En la corte como en los cortijos, siempre son mucho más los papamoscas curiosos y los necios que los discretos». «El título de filósofo es un apodo, y un dicterio el dictado de moderno».

«La prensa es huera; los periodistas tienen un estilo perisológico de bombo y de tambora»; toda la bazofia que lanzan los «jerigonzantes del día en las falanges columnarias de nuestros periódicos, deja los oidos llenos de estruendo y el alma vacía de sentido», «La literatura es una perra carrera» y «cute la canina a los que la siguen». En España existe un germen de bondad, «pero las verdades que se saben, o que hay que aprender, son más sin comparación, que los errores que olvidar».

¿Cómo, de qué manera hemos llegado

a este estado de postración, de abatimiento, de ruina? Gallardo vé la causa de situación tan aflictiva, en la intransigencia religiosa, que ha cerrado las puertas de la patria, a cuanto significó innovación o adelanto. Al regresar de Francia, trae Gallardo un aura de civilización y de progreso, e intenta—extirpando tan abominable sistema que nos privara de las gloriosas flores de la filosofía—remozar el espíritu caduco de la patria, con la feraz semilla de las ideas nuevas. Entonces dá un hermoso toque de rebato con el *Diccionario Crítico Burlesco*, haciendo sonar todas las ergástulas en que yace amodorrado el espíritu español; mas solo consigue levantar contra él inmunda tolvanera de dicterios, y persistentes ataques, que le fuerzan a dolerse de esta violencia a pro-

testar elocuentemente, transido de despecho y de amargura: «cuando desde el negro Torquemada, es decir, cuando hace tres siglos que casi no tenemos un filósofo, un sabio de primer orden en ninguna línea; cuando el español que quería pensar tenía que encerrarse debajo de cien cerrojos, y aún no estaba seguro de los esbirros del despotismo espiritual, cuando en fin las trabas puestas a los ingenios nos habían arrocinado en términos que si ya no andábamos a cuatro pies, era por un favor especial de la providencia (de Dios para que todos me entiendan); hacer tales recriminaciones a la filosofía y al libre pensar, es la mas clásica de las injusticias, sinó la mas chocante de las necedades». (1)

(1) Con la vuelta de Fernando VII y la implantación del régimen absolutista, comienza la

La formidable coacción de pensamiento que los españoles han sufrido en el decurso de varios siglos, ha ocasionado la ignorancia madre de nuestra ruina moral y orígen de nuestra decadencia; «por menos ilustrados no hemos sido más virtuosos». «Las sendas de la Virtud, para que podamos bien seguirlas, han de estar alumbradas por la luz de la sabiduría. El entendimiento guía a la voluntad: con los ojos vendados y la cadena al pié, no se puede hacer gran jornada en el camino de la perfección».

«El orígen primordial de los males públicos es la misma confianza con que

persecución del Diccionario y sus poseedores. Hasta qué extremo llegó la Inquisición en este respecto, puede verse en el Apéndice C. donde figuran dos curiosos procesos, cuya nota debo a la amabilidad de mi querido amigo y maestro don Francisco Rodriguez Marín.

la nación ha puesto su causa en manos de ciertos rabulas nebulones; ha fiado la administración de sus tesoros a sórdidos y rapaces publicanos; ha confiado ciegamente la salud pública a curadores que nos han hecho tragar el veneno del despotismo, confeccionado exquisitamente en doradas píldoras de libertad». «El heróico pueblo español, esperando el bien ha sufrido el mal, conllevando resignado los rudos experimentos que han hecho de sus fuerzas y de su sangre los ávidos sicofantes, que oficial u oficiosamente, se han encargado de su régimen político y económico» porque lo que ha faltado «ha sido entendimiento, o voluntad en los que dueños de la general y absoluta que se les confió, desde luego, no han usado de ella debidamente; en una palabra, nuestro mal ha estado

siempre en la cabeza». Y esto le hace temer un nefasto influjo atávico. Por eso se pregunta receloso «si de nosotros mismos triunfaremos».

Todo el embolismo político «en que nos ha envuelto la torpeza petulante de nuestros mandarines, tiene dos fuentes manantiales: errores de legislación, y yerros de gobierno; aquéllos piden corrección severa, y estos ejemplar y ejecutivo castigo».

¿Qué remedio encuentra Gallardo a tanta desdicha? ¿Qué medidas propone para el futuro? ¿De qué manera cree posible la regeneración de España? Olvidando el pasado y ensayando toda fórmula de progreso acoplada a las circunstancias, pero sin ridículos temores; con arrojo y decisión; pensemos, recapacitemos sobre ella antes de adoptarla, pero

cuando el convencimiento de su utilidad nos fortalezca, lanzémosla. La limitación de nuestra inteligencia hácela factible de error, más no por esto dejemos de ejercitarla, buscando las más acertadas medidas para orientarnos hacia un porvenir brillante. «Cumpliriamos bien con el fín para que fuimos creados, si por no errar nos condenásemos a no pensar, viviendo como brutos; y por no tropezar, nos abandonásemos a un absoluto quietismo, vegetando como troncos!».

El sufrir no siempre dimana de una estúpida insensibilidad: «no yace el pueblo español en tan triste estado de postración e indolencia. Nuestro pueblo siente sus males (y sus fuerzas); no se confunda la inacción con la impotencia: la resignación prudente con la paciencia

servil». España, «está muy lejos de aquel letargo mortal de los pueblos esclavos que revolviéndose en el lecho del dolor, hacen almohadas de sus propias cadenas».

Pero aunque exista este retal de fuerza, sin norte político de eficacia casi nula será; que aquí «el soplo del favor lo mueve todo y el favor no tiene punto fijo». «Contra el semisaber de los sabidillos vocingleros, busquemos la sensatez de los buenos sabedores: la integridad de toda prueba contra la venalidad; la constancia y la firmeza contra la veleidad politica; la catoniana austeridad contra la molicie cortesana, el valor cívico contra el frío y cobarde egoismo».

Para corregirla, «simplifiquemos el mecanismo de la máquina política, equilibrando debidamente los poderes del

estado»; «exijamos la responsabilidad ministerial». «La responsabilidad es el alma del gobierno representativo: sin ella un edificio social de esta especie, es una bóveda sin clave, que está siempre amenazando ruína sobre las cabezas de los que cobija: un gobierno representivo sin la responsabilidad ministerial, es el más absoluto y tiránico de los gobiernos». Mas, aparte de estas líneas generales de conducta, Gallardo posee todo un programa: el programa de los republicanos del año cuarenta, que sancionó en su totalidad como miembro de la junta directora del partido. Helo aquí:

«Supresión del trono.

Gobierno de la nación por una junta central compuesta de un representante por provincia.

Reducción del presupuesto de gastos a 600 millones de reales.

Supresión de las rentas estancadas y de todas las contribuciones indirectas: reducción del máximo de los sueldos a 40.000 reales y aumento del mínimo a 6.000.

Abolición de las quintas y las matrículas de mar.

Inamovilidad judicial (que tanto agradaba a Larra) y establecimiento del jurado.

Instrucción primaria, universal, gratuita y obligatoria.

Libertad religiosa, de imprenta, de reunión y de asociación.

Reparto a los jornaleros de las tierras del Estado.»

Este programa podría implantarse teniendo en él confianza plena, y aguar-

dando el momento oportuno: que «el antiguo edificio romanescogótico-moruno de las preocupaciones, caerá». ¿Pero y si esto no sucede? ¿Y si el influjo maléfico que inficcionó el espíritu de España hace más de cuatro siglos, ahoga este impulso regenerador? ¡Ah! si esto acontece—afirma Gallardo—«yo, que no soy ningun Jeremías, ni ningún P. Veritas, profetizo (y séame testigo el universo mundo) que indefectiblemente sucederá lo contrario. Pero entonces toda la sangre derramada desde el cruento Dos de Mayo, lejos de servir para nuestra redención, no servirá más que para nuestra condenación eterna».

LA ENTRAÑA DEL QUIJOTE

> «Es muy fácil vivir en el mundo según la opinión del mundo, también es fácil vivir en el retiro según su opinión propia, pero el hombre verdaderamente grande, es el que en medio de la muchedumbre, conserva con perfecta dulzura la independencia de la soledad».
>
> EMERSON

Las precedentes afirmaciones, que se antojaran a espíritus estrechos desprovistas en absoluto de respeto a la patria, no son sino advertencias saludables, dictadas por su impenitente afán de bienestar y resurgimiento; que a España la amó Gallardo—como públicamente demostrolo durante la guerra de la In-

dependencia--con la serenidad grave de los espíritus fuertes. Su patriotismo fué verdadero; respetó de la tradición lo que debía respetarse; repudió lo inadmisible, lo quimérico; pero su esfuerzo fué todo hacia la nación viva, la que desenvolvíase en torno suyo. Procuró encauzarla tornándola más libre, más culta, más fuerte, más sabia, más próspera, y elevarla por estas cualidades entre todas las demás. Para conseguirlo, quiso dar a su patria lo que hace fuertes a los pueblos, lo que les engrandece y dá poderío: la verdad. Verdad en todo: en historia, en arte, en política, en literatura... No la aduló, no la engañó; desgarradamente, con todo su cruento realismo le gritó la verdad ruda y brutal. Y esto desesperó a los patrioteros; los que no sentían palpitar en torno suyo la vida

moderna, sino la otra, la vieja, la caduca, la de los tiempos de heróicas hazañas, de príncipes poderosos, de invencibles adalides, de las quiméricas conquistas; los que incapaces de vivir su siglo nutríanse de un pasado legendario. Para ellos Gallardo—todo espíritu de modernidad—era un revolucionario peligroso, y a desacreditarlo y procurar su ruina, dirigieron esfuerzos inauditos desde sus primeros y atrevidos lances de la carrera de las letras.

Más semejante lucha no intimidole; ejemplar varonil y rudo de nuestra raza decadente, aprestose al combate triste y brutal que le ofrecía la vida, con todo el ardimiento y la braveza que imprime la pasión por un ideal en el corazón del héroe. Desque apareció la *Defensa de las poesías de Iglesias*, hasta el postrero ins-

tante de su vida, no tuvo un momento de segura dicha. El mundo le había anotado con su disfavor, y solo en empeñada lucha en él, logró cruzar la punzadora senda de su trágico vivir. Nunca viose anestesiado su espíritu por el placer del éxito, cuyas mieles tan solo alcanzó a gustar con la *Apologia de los palos*, trémula luminaria del cielo gris de su destino, y tras este momento de gloria fugaz, vienen los días más negros y miserables de su vida, los que labrando un fuerte eslabón en la recia cadena de lo inevitable, consagraron su nombre y su infortunio; los penosos que siguieron a la aparición del *Diccionario Crítico Burlesco*. Con él se decidió su suerte adversa; aislado por la elevación de ideas y excelso criterio, resiste a la avalancha de un pueblo que le ultraja con vilipendio y escarnio; des-

pués las persecuciones, las cárceles, los destierros, las expatriaciones, los castigos, el desprecio y el vacío mas desconsolador; destacándose con absurda silueta la imágen viborezna del día de San Antonio, que juntamente con el *Diccionario*, forman las dos cumbres funestas de su lastimera historia. En ella se combaten el sentimiento y la idea; su amor a los libros, a los frutos de su ingenio, al producto de su trabajo y su desvelo; sus anhelos redentores, sus bellos ideales de regeneración, sus palabras de oprobio para el pasado deleznable.

Cuando Gallardo refería aquella gran catástrofe de su vida, mostrábase indignado en los comienzos del relato; después ahogaba sus ímpetus en un gesto de abatimiento, y sin inflexiones en la voz, lentamente, con gran monotonía na-

rraba el resto como si susurrase un monólogo. Parecía que al evocar su inaudita desgracia, agitaba su ser un gesto de impotencia; entonces semejaba un águila herida.

Enmedio de las quiebras y honduras de este amargo vivir, su caracter irreductible confortole, siendo el sostén robusto de su personalidad sin el que hubiese fracasado, truncándose su voluntad heróica como tantas otras. La obsesión de ser libre, «libre como el éter de los cielos»—que él nos lo dijo—le permitió triunfar en la derrota; no se dejó influir por el ambiente, y fué innovador como tiene que serlo todo héroe; primero luchó por destruir lo habitual y consueto; después por imponer su criterio personal, aspiró a que las cosas llevasen un curso distinto y chocó con el medio, pe-

ro se irguió desafiante, robusto y fuerte; por eso no fué su vida fresca carcajada, sino trágica mueca de dolor. Blanco de injustos ultrajes, hubo de luchar con dos enemigos igualmente temibles; los príncipes de los sacerdotes y los fariseos políticos; y ellos, sus enemigos (eclesiásticos y seglares) ya que conocían su moralidad y su desinterés, ya que no pudieron halagar su corazón, vencer su inteligencia, ni comprar su pluma—Gallardo como Stendhal pensaba, que el que miente para lograr la consideración de escritor, no merece se le haga caso alguno—tomaron el empeño de calumniarlo, y como no podían acusarle de mácula alguna, valiéronse de su grande manía por los libros, de su pasión por adquirirlos, del loco amor que le inspiraban, para propalar la especie de que garfeábalos a hurta-

dillas, y por eso sabía más, mucho más que todos ellos, mientras que por otra parte presentábanle como sabiondo conocedor de portadas algo memorioso, y de ningún ingenio. Pero la alteza de su espíritu estaba por encima de estas ruindades. Siempre combatido, siempre calumniado, sálvale su severidad catoniana. Jamás halaga a los poderosos «nunca he sido—dice—de los más allegados a los que privan y mandan»; tampoco al vulgo si le es hostil y si despiadadamente le censura como en Cádiz, no vacila en chasquear el látigo, y asentarle enérgicos y rudos golpes.

Pequeño rebelde que se bastaba a sí propio, ni ajustóse a la farándula social, ni se avino a eufemismos discantantes, ni humillose rendido pidiendo un honor; por eso gustó durante muchos años,

el pan cuotidiano de la pruba, pudiendo repetir con Beaumarchais; «mi vida es un combate» y sobrellevó el dolor a que tan avezado estaba, con entereza estóica.

Producto de este continuo sufrimiento enquistose en su alma una atonía íntima, que a menudo le invitaba a la molicie y perezoza vida; más presa del noble afan de vivir prolífica existencia, lanzábase a la aventura, con la exaltación de afectos y el ardor y la pasión que le caracterizaban en la lucha, para tornar vencido nuevamente, pero triunfante de la mediocridad humana, de su propio destino, de su martirio. Cuando esto acontecíale, aunque era sabedor del mérito profundo de su hazaña, caia en un estado de supremo abatimiento, evocando con su figura angulosa, flácida y demacrada, un monje o asceta, de los tiempos

medioevales, espiritualizado por largos ayunos y sufrimientos, de aquellos que fueron al lienzo trasladados con tan grande copia de realidad tormentaria por el ascético pincel del Greco o de Ribera. Entonces, tras haber brillado de manera ténue y fugaz en el reducido círculo de sus admiradores, hundíase en la sombra largamente para reaccionar en su desconsuelo y reaparecer mas tarde con nueva pujanza.

Cuando es nefasto el presente, vive el corazón del pasado, pero Gallardo careció hasta de un pasado mejor a que tornar los ojos, ni aun siquiera a un pasado de bienestar físico, pues nunca prosperó materialmente; sus actos como heróicos extrañaban el desprecio de los bienes externos. Tampoco en el amor halló un paliativo su desgracia; había perdido

la fé en el amor, cuando rompió con la Florinda de sus versos en Salamanca, a lo que parece traicionado por ella. Fué esta la única novia que se le conoció; años más tarde (en 1820) lo encontramos en relaciones estrechas y tumultuosas con una encopetada señora; después solo de algunos actos de amorosidad mercenaria tenemos noticias. El amor había pasado por su corazón, dejando escombros donde halláranse, antes altaneras manifestaciones de fuerza.

Tan apasionado hubo de ser en su primer ardor que el desengaño secó la raiz ideal de este sentimiento perdurablemente; solo admitió el amor físico, y aun llegó a convertirse en los postreros años, de mujeriego en comedido misógino.

«Ah, ¡mujeres, mujeres! niñas de mis ojos; en vosotras está la discreción, la

perspicacia y el tacto fino. Vosotras teneis la llave de los corazones; vosotras sí que conoceis a los hombres; más ¡ay dolor! que los hombres no os llegan a conocer, sino cuando van a perderos» —escribe.

El afecto familiar, también fué para él desconocido; solo a su sobrino don Juan Antonio Gallardo, heredero universal de sus bienes, profesó singular cariño. A los catorce años lo hallamos malquistado con su madre, por carecer de vocación eclesiástica; esta distanciación se acentúa con el viaje a Francia, y el aislamiento es total al instalarse en la Corte. Luego, las infinitas peregrinaciones de su azarosa vida le alejan definitivamente del solar de Campanario, donde sus hermanos y el resto de la familia conservan de él un melancólico recuerdo.

LA LEYENDA NEGRA

¿Cómo formose la grandeza estelar del carácter de Gallardo, y su originilidad literaria? ¿Qué juicio mereció a sus contemporáneos? ¿Cómo se ha interpretado su personalidad a través del tiempo? El carácter indomable de Gallardo, impregnado de esa tosquedad y rudeza primitiva, que por un atavismo de ineducación florece en el alma de los españoles, plasmose en su afán de libertad, y en las torturadoras circunstancias de su vida, unido a la brava independencia de su alma y nativa tozudez; su originalidad litera-

ria en agenas influencias, y hasta en imitaciones.

El juicio que de sus coetáneos alcanzó, es bien menguado; tuviéronle por un desequilibrado profesador de utópicas teorías, desenfrenado libelista, y cuatrero de viejos libros; por un pretencioso y fátuo endiosado en la creencia de ser único en el campo del saber. Cierto que Gallardo dió en parte motivo a esta presunción, pues noblemente reconocemos que tuvo el flaco de todos los espíritus heróicos—pareció ignorar la existencia de otras almas de la misma extructura que la suya, y fué orgulloso, representando el sumum de personalismo, de naturaleza individual—más esto no escusa tan bajo concepto.

Flor exótica por su idiosincracia, es mirado despectivamente por el granel

de páparos literarios que inundan con su garrulería nuestro fecundo siglo diez y nueve; la masa de españoles ajena a las contiendas idealistas, adoptando extrañas apreciaciones—como siempre—táchale de heresiarca, religioso y civil, por haber con suma audacia blasfemado de los usos y costumbres consagradas —y bien pudo hacerlo, que al fin nada es divino e inviolable fuera de la integridad de nuestra alma—haber admirado a Voltaire, a Rousseau, a Diderot y D'Alambert; nutrídose en la savia de la enciclopedia, y tremolando la bandera de la libertad de conciencia, maldecido la mordaza inquisitorial causante de nuestro desprestigio.

El insulto y la calumnia cebáronse en él; denigrósele hasta la saciedad, y llegose a estampar contra su persona tan

abominable grosería como esta; «en su semblante se retrata la expresión del pecado, vertido, por Calderón de la Barca en su auto sacramental «El Divino Orfeo»: con plumas, bandas y bengalas negras» (1). El que lejos de recelar de la palingenecia y renovación social de España, la ansiase tenazmente, fué uno de los más poderosos motivos, determinadores del aborrecimiento por parte de los espítitus rutinarios y fósiles, que diéronle con su intransigencia una visión pesimista del patriotismo español.

En cambio, el reducido número de admiradores que disfrutó, fué parco en sus elogios; ninguno aventurose a defenderle plenamente, temeroso de ser blan-

(1) Véase A. Ferrer del Rio. Galería de la Literatura Española. Pag. 319. Escritores satíricos.

co de injustificados ultrajes; amables, serviciales, entusiastas suyos, no atendieron sino a la persona, sin mirar por su reputación deshecha a manos de la envidia cubierta con la capa del desdén. Solo en «*La Vibora*» hallamos unas palabras encomiadoras de su valer, hacia 1850. «Modesto, agradecido, amigo de sus amigos, escritor fácil, crítico indulgente, ortógrafo ingenioso, Gallardo (don Bartolomé José), escribe con gallardía y poca vergüenza. Habla muy bien el castellano, por lo que no es académico de la Lengua». También díjose de él era «el liberalismo reducido a ciencia o por mejor decir el etimologista de la libertad», afirmando, «veíase venir la libertad por su boca como si se viera con los ojos de la misma Naturaleza» (1).

(1) Véase Cárlos Le Brun. Retratos polí-

Sus contemporáneos tuviéronle en poco, y no le tuvieron en más, incapaces de apreciar su valía; pero la interpretación que ha recibido a través del tiempo no es más afortunada. Visto por críticos y biógrafos, con los prejuicios de su tiempo, la leyenda de su esterilidad y rapiñas de libros, ha sido acreditada con la autoridad de sus sostenedores. Valera, que sólo en parte la acepta, le hace relativa justicia por lo que a su personalidad de bibliófilo se refiere, pero a su perspicaz sistema de observación interpretadora escapa de idéntico modo que a todos los demás glosadores y comentaristas, el aspecto de hombre civil e ideólogo. A raiz de la muerte de Gallardo, publicóse en el

ticos de la Revolución de España. Gallardo (don Bartolomé).

«Panteón Universal» una biografía en extremo laudatoria, compuesta por algún amigo ignorado, que si bien es digna de estima por su bonísima intención y suministra curiosos detalles de su vida, desmerece bastante por la tosquedad e incorrección en que se encuentra redactada. Esta y la que incluye don Nicolás Díaz Pérez, en su *Diccionario Biográfico de Extremeños Ilustres*, son las dos únicas en que no se le afrenta y escarnece; las demás, trazadas por plumas viperinas ignoradoras de su labor en el campo de las letras, hácense acreedoras al desprecio, por la torcida intención que encubren. (1)

(1) Debemos salvar en parte de este juicio a la publicada por Ramirez de las Casas-Deza, en el Semanario Pintoresco (1854) números 21, 22 y 23, pues si bien no alcanza a comprenderle, gracias a su corta inteligencia (con-

Hoy apenas recordado más que como autor del *Ensayo de una Biblioteca de Libros Raros y Curiosos* hay que recurrir para conocer determinadas interioridades de de su vida—vergüenza dá reconocerlo—al deprimente libelillo de Adolfo de Castro *Aventuras literarias del iracundo extremeño don Bartolo Gallardete.* Ya lo dijo Oscar Wilde; «todo grande hombre, tiene sus discípulos, pero es siempre Judas quien escribe su biografía».

Cánovas y Barrantes son quienes en los últimos tiempos han contribuido más eficazmente al descrédito de Gallardo;

ceptúa por ejemplo fuerte desgracia el que Gallardo no consiguiese honores oficiales) y su fanático celo le empuje a combatirle ingénuamente en el terreno ideológico, le reconoce excepcionales dotes y narra con la debida imparcialidad, los malaventurados hechos de su vida. Igual apreciación alcanza a la que Florez insertó en *El Eco de Ambos Mundos* (1853).

y como remate de esta cadena de desgracias que pordoquiera le estrecha, figura y es combatida en la *Historia de los heterodoxos españoles,* cuyas páginas honra con su nombre. Mas no importa; a los héroes se les obscurece, se les calumnia, pero no se les estirpa; por más esfuerzos que se hagan, jamás lograrase destruir la potente subjetividad luminosa de sus actos, que le dan la vida.

PERSONALISMO LITERARIO

¿En cuantas fases, en cuantos aspectos desdóblase la personalidad de Gallardo? Dejando aparte su personalidad política —ya estudiada—vamos a ocuparnos brevemente de la literaria. Era esta desconcertante en un principio; apuntábanse en él inclinaciones diversas con el mismo fuego; llevaba en sí los gérmenes de varias, sin que pudiera prejuzgarse cual de ellas prevalecería, y sí cuando definitivamente se expansionase, admiraría por su grandeza o por su vulgaridad. Lentamente comienza a definirse, mostrándo-

se profusa y vigorosa; sus diversas modalidades se suceden, permaneciendo firme, de las cinco en que podemos dividirla—filólogo, satírico, crítico, poeta y bibliógrafo—tan solo una. (1)

Como filólogo—demasiado resuelto segun Valmar—dejó escasas muestras de su saber; salvo algun rasgo disperso, es su obra más significativa en este punto, los *Cuatro Palmetazos bien plantados por*

(1) No le calificamos de Ortógrafo, por no ser sino un capricho sin trascendencia, la reforma que introdujo en la ortografía existente. En este punto se le ha censurado con rigor excesivo, pues su sistema no era obsolutamente arbitrario. Reducíase en el fondo a suprimir la *u* líquida, sustituir la *z* por la *c* en algunos casos; dividir las voces compuestas y enclíticas con guión para indicar su composición; acentuar las dicciones escrupulosamente, sin omitir las diéresis para dividir los digtongos o la concurrencia de vocales en el fin de una dicción y principio de otra, y finalmente poner punto de abrevio y en la parte inferior, a la terminación del período.

el Dómine Lucas a los Gaceteros de Bayona. Sabemos que sus juicios glosolálicos fueron objeto de grande estima; que nuestros lingüistas más doctos, recabaron sus consejos; que en Londres estudió preferentemente Gramática y Diccionario (componiendo una obra de cada especie, garfiñadas y perdidas el día de San Antonio); pero las muestras positivas que aún subsisten, redúcense como ya dijimos a cuatro rasgos volantes esparcidos, y el mencionado lumínico folleto.

Satírico es atrevido, mordaz, chuzón, implacable. Su labor de satírico camina unida a la de crítico en toda su obra, que también a menudo despunta como humorista. Sabe Gallardo burlarse graciosamente del trapisondista político, del erudito de pega, del acopiador de labor

agena con lucimiento propio; juega certeramente a su antojo con el blanco que elige, descubriendo sus flacos, y zahiriéndole descarnadamente con el azote de su cruda sátira. En el chiste es oportuno y natural; su gracejo feliz y abundante. Sus escritos rebosan donosura, primores de estilo, de lenguaje, y sal ática de aquella que emplearon nuestros satíricos clásicos de más realce.

¿Pero es Gallardo realmente un humorista? Nace la ironía de un cerebro agudo sutil, clarividente, alimentado por un blando y suave corazón No es propio de las almas pasionales, sino de aquellas en que el sentimiento florece moderadamente. La ironía en esencia, es el triunfo del recto sentido sobre el arrebato.

El espíritu español propende más directamente al *houmour* inglés, que a la

ironía griega o francesa; pues para ser irónico, para manejar equilibradamente la agridulce sutileza de esa burla, es necesario rehuir la indignación sincera; y el español apasiónase con exceso, robándole conocimiento esta mansa locura. Al indignarse de veras contra algo o contra alguien, aunque se quiera ser irónico, resúltase sarcástico, procaz, tal vez grosero. Por eso, como atinadamente afirma el maestro Unamuno, «cuando nosotros los españoles queremos burlarnos, insultamos».

Gallardo no posee esa ironía rebuscada, de imitación de moda o de escuela, esa ironía pegadiza, de receta. Su sarcasmo es expontáneo, violento, pasional, y sobre todo profundamente español, típico, genuino, característico de nuestra raza. Gallardo es incapaz de ironía, o su

cerebro está por bajo de ella o por encima su tumultuoso corazón. Gallardo insulta, y este trágico sarcasmo inevitable flota a través de toda su obra. También en ocasiones es humorista, cuando no le interesa el objeto de su burla lo necesario para hacerle perder la serenidad, pero aún en estos casos, su ironía es de un acre amargor; no es sonrisa, sino un contraído gesto de dolor y asco, que la disimula o finge.

Cuando ejercítase en la crítica, nunca descarta la sátira, fina, amable, discreta, atrevida, virulenta, cruel, según el motivo y la ocasión; por eso hallaremos en muchos pasajes, falta de respeto, crudeza de forma, causticidad de expresión, pero inspirada en el fondo por un criterio de justicia soberano. Si le encontramos en ocasiones duro, no es sino por

que duélenos que a autores a quienes admiramos censure sin piedad; y es que su pluma no repara ni en la alteza de la persona, ni en el juicio de la masa más impresionable que critica; disociador arriesgado, Gallardo, lejos de aceptar los valores hechos, tradicionales, los examina a una luz nueva, contrastándolos, descomponiéndolos, para ver si responden a la idea sentida o si es preciso apartarlos de su concepto secular, sancionado...

POETA

Fué castizo, soberamente castizo, en sus decires rítmicos; carecía de la alta idealidad del verdadero poeta; su imaginación no era profusa y exuberante con exceso; lejos de encumbrarse a universalidades abstractas, a preclaras regiones de un arte natural sublime e irisdicente, gustaba de abatirse a su rincón sombrío, y deleitarse en encuadrar figulinas de mozas un tanto agrestes, en preciado marco de pristino sabor arcáico. Es la amada, la eterna novia del poeta, vista con la pompa de la juventud,

por un alma cálida y ferviente en amores, la que inunda con el sin fin de hechizos de su cuerpo grácil, las retozonas y apasionadas rimas de su edad primera. Entonces, todas las emociones de su temperamento impresionable, condensábalas a través del prisma de los moldes clásicos. Aun era un espíritu vigoroso y libre, que firme y confiado en la seguridad de su propio valer, ansiaba luchar derrumbando los férreos obstáculos puestos con intención dañina en su camino—que ante el impulso vital de su inexperiencia antojábansele ridículos fantasmas—y asir la gloria con la mano trémulo y alborozado.

Comparad las rimas de los primeros años de desfogue literario, con las hermosas y cinceladas miniaturas auríferas, que recorta y pule en las lobregueces de

una prisión. Quizá el influjo de las sensaciones tormentarias experimentadas en la mazmorra, o las fantasmagóricas imágenes que en implacable cohorte animan o deprimen en la multitud de las horas de ocio a los reclusos, ganosos de libertad y ubérrima vida, más ansiada por la muerte parcial que sobrellevan, o el sacudimiento interno de un futuro próximo presentido con raro afán u otra exotérica y febricitante causa, le arrojan en románticos devaneos. Pero esta nueva manifestación poética que convulsiona sus ideas no alcanza en él a enseñorearse por entero; el exceso de acoplamiento al habla clásica y castizo sabor de las producciones de nuestros siglos de oro, lenta y persistentemente se había adueñado de su personalismo literario, convirtiéndolo en un clásico do-

noso y madrigalesco. El desenfado de Alcázar y la gentileza de Cetina parecían fundirse en sus canciones, que nunca imitaban servilmente a rimador alguno; un sello individual preciso y claro las caracterizaba y distinguía.

El Gallardo romántico y soñador, choca con el Gallardo clásico de la mocedad, de imaginación entonces reseca por atiborramiento sobrado de lecturas eruditas; su animosidad calenturienta también calmada, dale cierta frialdad de criterio que le permite no exaltarse, y en las de un arrebatador romanticismo caer en extravío, y ayuntar las dos opuestas corrientes en amistoso consorcio, procreando un tercer Gallardo versificador mixto, que a los intuitivos apasionamientos románticos, une resabios clásicos atemperadores.

Este es el Gallardo de *A Zulinda* y *Blanca Flor*, prototipo del erudito poeta tan peculiar en España, de ese erudito poeta que nunca traspasa el límite de precioso filigranista, por carecer al peso de su bagaje cominero de vuelos para remontarse a excelsitudes de idealidad y fantasía. Pero aparte de este vicio común, también contribuyó sobremanera a quitar fuerzas e inspiración a la labor poética de Gallardo, su visión pesimista de la vida, su pirronismo, su falta de fé, de sentimiento vivo en alguna cosa.

LA PASION BIBLIOGRAFICA

Mas donde culmina, donde emerge radiante e imponderable su personalidad es en el aspecto bibliográfico. En sus aptitudes para esta clase de estudios y en sus trabajos de bibliófilo estriba sin duda su principal mérito literario. Sobre la decadencia y corrupción de nuestras letras y la general ignorancia y el descuido del vulgo, había venido el florecimiento del reinado de Carlos III, desdeñándose no poco los tesoros del propio ingenio y sometiéndose más de lo justo los que escribían, a reglas y preceptos

extranjeros, que despreciaban muchas de nuestras producciones literarias indígenas como desarregladas y faltas de crítica, de medida y de buen gusto. No pocos libros españoles yacían arrumbados y relegados al olvido. Los más eran ya raros; apenas se conocían por el título; el que más había alcanzado a verles la portada. La Bibliografia, ciencia entonces naciente y casi desconocida, tomó cierto carácter de disciplina oculta, para la que necesitábase iniciación y misterio. Gallardo fué su principal hierofante, siguiéndole más tarde aunque sin llegar a poseer conocimientos tan vastos y completos como él, don Serafín Estévanez Calderón y don Pascual Gayangos.

Hablando de la grande utilidad que a las letras reportó la misión de Gallardo,

escribe Valera: «diríase que por él, por Gayangos y por Estévanez, se ha conservado íntegra sin que un solo eslabón se quebrante o se rompa, la aurea cadena de nuestra nacional literatura; se ha hecho más fácil escribir su historia, y han hallado los que la han escrito ricos y abundantes materiales para escribirla, y estímulo y ejemplo para dedicarse a tan importante tarea».

Gallardo es sin duda el primer bibliófilo español después de Nicolás Antonio. En todas las acuitadas épocas de su vida, halló siempre un solaz harto envidiable en sus aficiones a los libros: mozo, hombre granado, decadente y anciano, vémosle recorrer librerías, tenduchos, baratillos y puestos de papeles rancios y arcáicos volúmenes, donde husmea a caza de curiosidades, disputa, compra, apre-

cia, contiende con rivales, luce su erudición y pasma a los oyentes que le escuchan, llegando a ser un personaje popular entre los chamarileros y gente del oficio.

Los diversos periodos de su vida literaria son difusos; no podemos delimitarlos claramente, pero ora cultive la poesía, ora la sátira, ora la crítica, ora la ingrata ciencia del lenguaje, sobre todas las modalidades de su compleja personalidad, descuella inamovible y persistente su cáracter de bibliófilo. Bibliófilo cuando arrastra penosamente sus atrevimientos de rapaz por las aulas salmantinas; cuando agita en *El Soplón* los nombres de los con él enemistados, entre sarcásticos donaires; cuando urde traducciones con acendrada galanura; cuando en Bayona filosofa. Bibliófilo en

Madrid con Sancha y con Ibarra, con Benito Cano y con Agüado; bibliófilo feliz y benemérito en Londres; apicarado en casa de Haeber; bibliófilo en España cuando retorna ufano; cuando exáltanle esotéricas y calenturientas ideas caballerescas; bibliófilo ardoroso y desgraciado el día de San Antonio; bibliófilo insaciable en la Biblioteca colombina; apasionado, glorioso, inconmensurable bibliófilo, en Cádiz y en la Corte, en Salamanca y en Valencia, en Córdoba y Sevilla, en la decrépita Valladolid.

Su biblioteca alcanza proverbial fama entre los contemporáneos, no solo españoles sino extranjeros. A veces llegan de luengas tierras apasionados suyos, ansiosos de admirar los tesoros que en su colección encierra y que va acre-

centando lentamente con los adquiridos en librescas peregrinaciones. Es allá en Toledo, en *La Alberquilla*, donde tiene largas ringleras de anaqueles toscos, rebosantes de valiosísimos volúmenes de foro y de convento, de erudición y amenas letras. Biblioteca preciada, reunida a trueque de mil fatigas, de costosos sacrificios pecunarios, de contratiempos y malaventuras; biblioteca compendio de uno de los amores más representativos de una grande personalidad; biblioteca plasmada con la vida de un hombre; biblioteca animada de soplo perdurable; cementerio espiritual; pululación de fuegos fátuos y espectros; coro de palabras vivientes por sí solas, con valor de eternidad, más allá de los labios que las pronunciaron; biblioteca que sintetiza el garleo de un

alma esforzada sobre la indoctez del ambiente; biblioteca que anima las horas de hastío de un héroe amargado por ostracismo cruento; reliquia del saber de la España vieja; arca rica de fina taracea que encierra la nitidez de nuestra lengua; recreo y salud del ánima de Gallardo.

Con sus apuntes bibliográficos, con las innúmeras notas marginales que acribillan los libros que de su pertenencia fueron, con las papeletas reseñadoras de los volúmenes impresos o manuscritos que tan solo alcanzó a ver y que en número infinito dejó al morir, para loanza suya, y explendor de la cultura patria, compusieron en cuatro volúmenes en folio secundados por el infatigable maestro don Marcelino Menéndez y Pelayo, don J. Sancho Rayon y don Ma-

nuel Zarco del Valle, el triunfal *Ensayo de una Blibioteca de libros raros y curiosos*, arsenal el más vasto y completo que se conoce de obras antiguas castellanas, publicadas e inéditas, monumento inapreciable para el renacimiento del estilo nacional y castizo de nuestra literatura, y timbre honroso de gloria de Gallardo.

De este original ingenio, en quien se exaltan las nobles cualidades de la raza, poseedor de un vibrante y robusto batir de alas, gran vocero de la libertad, y talento profuso del que difícilmente podría trazarse un retrato definitivo, podemos afirmar resumiendo, que fué altamente complejo; siendo no obstante condensables las varias expresiones de su espíritu en dos fórmulas breves; a saber: fué un quijote literario, y un

revolucionario idealista, (1) todo él orientado francamente hacia un ideal de progreso, de paz, de regeneración, de fraternidad universal.

(1) Tal vez le cuadren mejor los calificativos de cínico y romántico, o romántico cínico.

EL MITO GALLARDIANO

Dos son los prejuicios tradicionales en que se incurre al trarar de la personalidad moral y literaria de Don Bartolomé José Gallardo; afírmase rotundamente es exigua y mezquina su labor de producción en el campo de la literatura, llegando a aseverar alguno, «no harían sus obras todas juntas cuatro libras de lentejas»; (1) y táchasele de alimentar cierto inmoderado apetito libresco, que le impulsaba a sustraer con

(1) Véase Federico Rubio «Mis maestros y mi educación» pag. 382.

la mayor audacia e impunidad, con carencia absoluta de escrúpulo, preciados volúmenes doquiera se hallasen, sin el menor respeto a la propiedad por sagrada e inviolable que fuera.

La leyenda, como la bola de nieve, rueda y se engrandece; dijérase tal, por doctos eruditos, y sus seguidores y discípulos encargáranse de hacerlo subsistir. El exceso de confianza en el maestro lleva a estos extravíos.

Sobre don Adolfo de Castro pesa la mayor culpabilidad de este hecho; tuvo siempre en menos la producción de Gallardo, despreciólа por ridícula, y dando crédito a ciertas hablillas de envidiosos, y poniendo gran parte de su cosecha personal, forjó la leyenda con malsana intención. ¿Pero es que en absoluto carece de origen? No, no vamos a negarlo, que

la realidad es el fermento del mito, pero sí trataremos, agenos a todo exclusivismo y sectaria tendencia, de restablecer la verdad de los hechos.

De estudiante, Gallardo—ya lo hemos dicho—agenció libros por cuantos conductos o procedimientos son dables al típico carácter de los acopiadores de ciencia en las aulas universitarias; pero esto no pasa de ser una trapacería propia de la edad moza, en que se obra sin la serena reflexión que dan los años; esto es excusable; a la loca juventud todo se perdona. También hombre granado, su excesivo amor a los libros le llevó a la realización de algún acto aislado de piratería libresca, es verdad, ¿más por eso vamos a creer en la certidumbre de lo referido por Castro, que afirma era desplumada por Gallardo biblioteca que al alcance de

su mano estaba, sin comprobar los hechos? No; don Adolfo de Castro, como patente está, sin más que hojear su librillo antes citado, trastrueca los hechos, altera fechas, juega con los sucesos a su antojo, y apela a la mentira, a trueque de conseguir el descrédito de don Bartolomé; que todo lo podía el odio que le profesaba, por haber sido parte potísima en el descubrimiento del apócrifo *Buscapié.*

Y no solamente Castro, que solo fué enemigo jurado de Gallardo, cuando este se hallaba al borde del sepulcro, sino todos aquellos a quienes censuró en sus escritos, diéronle alas a la fábula, a tal punto, que en 1846 escribía Ferrer del Río en su «Galería de la Literatura Española», al trazar de don Bartolomé diminuta y venenosa semblanza:

«goza reputación de bibliógrafo, y de que no se le debe confiar ninguna biblioteca».

En cuanto a lo de ser escasa su producción literaria, creo tendrán algún valor en la balanza donde actúen de módulo «las cuatro libras de lentejas», los otros tantos robustos volúmenes en folio menor que integran lo publicado (aun quedan materiales con los que Artigas y Ferrando prepara otro volúmen) de su magistral *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos.*

No andamos tan menguados de inteligencia, que no echemos de ver en esos prejuicios, la aviesa intención de Castro al sentar tales precedentes, pero más nos condolemos, de que la falta de revisión de valores literarios que hemos venido sufriendo hasta el triunfo de la

generación del 98, haya dado lugar, a que personas tan ecuánimes como Menéndez Pelayo—que era un enamorado de Gallardo—den pábulo a la leyenda. Y la leyenda ha subsistido, porque la fábula siempre halaga al vulgo ignaro.

Comencemos nosotros a destruirla, que cuando un prejuicio se forma a lo largo del tiempo; o en una gran extensión de público, cuesta duro trabajo deshacerle; podrá protestar el mismo autor contra el prejuicio, podrá algún crítico señalar lo errado de la apreciación. No servirá de nada; el prejuicio habrá de ser deshecho, tan lentamente como se ha formado. Y es muy de lamentar que siendo don Bartolomé José Gallardo un personaje heróico, se nutra de la leyenda.

CREPÚSCULO

Ya le tenemos abandonado por sus amigos. Plenamente maduro, al sentirse aislado, abandónase a su carácter iracundo e indómito, sin temor a convencionalismos ni juicios extraños. Le resta unicamente la fuerza de su valer, la alegría de ser fuerte, la necesidad de usar y aun abusar de esa potencia. «La fuerza es la moral de los hombres más altos» ha dicho Beethoven.

Gallardo no obstante, ama la bondad sobremanera; «¿quién quita que sea todo malo o todo bueno? Esto quisiera yo

ser y que fueran todos», pero «la justicia no siempre se hace en este mundo, y cansa a las buenas almas estar esperándola hasta el otro».

Él aspiró a triunfar, pero a triunfar en plena juventud, que en la juventud es cuando el éxito se necesita para gozarlo en la vejez. Llegar cuando hubiese perdido su pasión de dominio o no pudiera utilizarla, cuando estuviese gastado, decrépito, desilusionado, entonces... ¿para qué?.. Y luchó combatiendo a su siglo como todo hombre ambicioso, con sus propias armas; mas un recio ensamblaje de infortunios le empujó sin cesar toda la vida, legándole a la postre una corona de aislamiento y olvido. «He peleado quizá con más valor que buena suerte—escribe—; es verdad que me he encontrado con más enemigos que pensaba; yo

contaba con el seguro del campo, y veo que las leyes del duelo y aún las del honor, se han quebrantado en daño mío». «Tal vez he fiado sobradamente de mis fuerzas y de mi buena causa».

El único placer que experimenta a través de su calvario es gozar de su genio. «Persuadido por reiteradas experencias de que entre dos que disputan está la razón toda, de una banda, jugándola de trocadilla, a los del nó, digo sí, y a los del sí, digo nó; y así gozo de mi genio yendo contra el hilo de la gente sin hacer gatuperio a la verdad».

Pueden los críticos maltratarle, nada le extraña. «Los críticos están en posesión de tratar a los escritores en vida tan llanamente, como los historiadores a los reyes después de muertos». Mas el tiempo que corre va dejando yerto su cora-

zón tempestuoso. «Los sabios son como los cirios, que por alumbrar a Dios y a los hombres se consumen ellos».

En 1850 Sobeloski le visita; aun lo encuentra «del todo joven en lo físico y lo moral, merced a la frugalidad de su régimen, y a ese hábito de actividad que no permite al espíritu envejecer»; pero su vida es una llama vacilante que se apagará presto en el silencio y abandono, de una misérrima fonda pueblerina.

Gallardo se ha refugiado en el dolor; su indomable energía, parece complacerse en jugar con él. Ya los firmes arrestos juveniles, aquel su afán de morder al destino con encono, han caído tronchados en la lucha; y no aviénese apesar de ello a creer irremediable su desdicha; quiere curarse, quiere amar—la vida buena que no llega—y vislumbra

el claror de la esperanza. Más amor, más ambición; de la sima de tristeza se eleva al entusiasmo de la alegría; una alegría muy suya, una alegría suave que ya es la risa agria de que habla Mocheles, ya el conmovedor sonreir, flor de tanto sufrimiento dominado. No importa que su alegría no sea la carcajada triunfal del vencimiento; ha vencido de sí mismo y no cree en la muerte. Pero la muerte le acecha cautelosa...

LA MUERTE DEL HÉROE

Es el primero de Julio de 1852; Gallardo encuéntrase en *La Alberquilla*, acongojado y triste; su fin se aproxima. Después del parco yantar del medio día, un mozo ensilla el rocín que ha de llevarle a Toledo. Don Bartolomé sube en él, y dando un adiós—el postrero—a su heredad, pártese silencioso. Va de camino; en Valencia se ha anunciado la venta de la famosa librería de Salvá—la más reputada de Europa — y haciendo un esfuerzo, se ha dispuesto a adquirirla a cualquier coste.

Esta misma tarde—al anochecer—la silla de postas le aleja de la morisca ciudad. El 14 de Julio, llega a Valencia un tanto vigorizado por las emociones de la jornada; acógele con grandes muestras de júbilo don Pedro Salvá, que preséntale a los señores Fernández, Fuster, don Estanislao Kosca Bayo, y otros literatos, con quienes conversa y visita lo más notable que en documentos encierra la ciudad del Cid, tomando algunas notas de cosas importantes, en los archivos de la misma. La Biblioteca de la Universidad hállase cerrada; Gallardo desea escudriñarla; el señor Meléndez—sabio sacerdote—tiene la complacencia de mostrársela, más su premura es tanta, que no le permite hacer apuntaciones; tan solo puede componer algunas cédulas bibliográficas, de obras

pertenecientes a los señores Boix y Salvá.

Su gran amigo don León Sánchez de Quintanar—catedrático de Patología externa—tiene que ausentarse; a don Ildefonso Martínez sucede lo propio; Gallardo muestra deseos de conocer Játiva, y emprende el viaje con Martínez que dirígese a Bellus. Nueve días permanece en este pueblo, transcurridos los cuales, pasa a visitar á don Juan Carbonell a Alcoy. Llega el 9 de Septiembre; el diez recorre la ciudad; el once come con Carbonell. Por la tarde, juntos pasean por la Alameda. Ya los primeros soplos invernales estremecen los árboles copudos con un ritmo tremante y melancólico. Gallardo y Carbonell, caminan lentamente en animada charla; Gallardo le habla con desaliento de las internas

tragedias de su alma, que contagiaron sus obras; por la noche despídense hasta el siguiente día. El 12 por la mañana acuden en su busca los señores Gisbert y Parera, para acompañarle a casa del cura González, y encuéntranlo indispuesto y sumamente abatido. Llaman a Carbonell; acude éste con un médico, que le receta algunas medicinas ligeras. Por la tarde, preséntase el cura citado, en unión de algunos facultativos, que habiéndole reconocido, acuerdan en consulta, se disponga a morir el enfermo santamente.

Entérase Gallardo del dictámen, y responde tranquilo «que aún no es tiempo»; entonces el nombrado clérigo, perdiendo el evangélico carácter que a los ministros de Dios del Gólgota compete en trances tales, le apostrofa duramente,

diciéndole es un hereje, está excomulgado, y otras zarandajas de este tono. La conducta del cura, exaspera a Gallardo pero no le sorprende, avezado como está a escuchar semejantes monsergas. Al fin pártese el iracundo eclesiático dejándole encomendado a cuatro hermanos de la Sangre de Cristo.

A la mañana siguiente, preséntase Martínez y Fernández, que le encuentra casi cadáver; no obstante, Gallardo le reconoce, y con voz apagada—flébiles lamentos de un alma soberbia de sangre y acero—cuéntale lo acaecido con el cura. Lucha Martínez con él denodadamente; González no cede; redobla sus esfuerzos, pero el fanático clérigo no se aviene a razones. Alcoy es una ciudad mojigata; la gente comienza a alarmarse del caso; el escándalo es inevitable. Sin

embargo, hay que remediarlo, es necesario salvar el crédito de don Bartolomé. Al fin llegan a un acuerdo; se preguntará a Gallardo, si quiere morir en el gremio de la Iglesia; él responderá sí o nó; esto es suficiente. Martínez le ruega acepte la fórmula, y Gallardo replícale «lo que V. quiera amigo mío: me han perseguido en vida, y lo harán en muerte; hágase». El desenlace se aproxima; confiésale el cura y recibe la extremaunción; sin embargo, ni pública ni privadamente se retracta de los actos de su vida rebelde. (1)

Los médicos diagnostican; se trata de

(1) Para determinados parciales, este acto significa una claudicación solemne. Nosotros no lo estimamos así. ¿Debilidad por ceder a la tentación? Hay tentaciones tan terribles, que para ceder a ellas se necesita fuerza enorme. Nó; jugarse la vida a una carta, aventurarlo todo

un agudo ataque cerebral. Ténues paroxismos agitan su cuerpo de vez en vez; grandes sopores le inundan. Así transcurre el día 13. Durante la noche se agrava considerablemente; pierde el habla. Carbonell, Martínez y Fernandez, Gisbert y Parera, rodean su lecho. Al amanecer el día 14, entra en la agonía. Sus fuerzas se agotan; la debilitación se extrema, lentamente durante el día se va consumiendo.

Un ligero extertor contrae su rostro; un rictus de infinita amargura flota en sus labios. Muere. Una mano extraña le

en una jugada, sea para ganar el poder o la felicidad ¿qué importa?, nunca será debilidad. Es preciso, es necesario tener un inmenso, un formidable valor. Y Gallardo lo tuvo, en este supremo instante, para superarse a sí mismo y morir con bravura, retando al infortunio y mirando al destino cara a cara con ojos implacables.

cierra los ojos. Son las seis y diez de la tarde.

La estancia del cadáver en la fonda es breve. Por la noche apenas cubiertos los tramites legales, le conducen al cementerio. Cuatro amigos le siguen tan solo; los cuatro velan el cadáver durante la noche; y en la mañana siguiente recibe sepultura en el panteón de la familia Ridaura, que generosamente le cede una bóveda. (1)

(1) A la atención de don Gregorio Ridaura y Pascual—que agredezco como merece—debo la noticia del actual paradero de los restos. He aquí un fragmento de la carta que dicho señor me dirigió en Diciembre del pasado año:

«Sr. D. Juan Marqués Merchán. Málaga.

Muy Sr. mío: Del Ayuntamento he recibido una carta dirigida por V. al Sr. Capellán del Cementerio de esta ciudad, interesándose por el paradero de los restos mortales del ilustre bibliófilo don Bartolomé José Gallardo y Blanco, fallecido en Alcoy el día 14 de Septiembre

REQUIESCAT

He aquí la historia de un peregrino ingenio, ignorado por los más y legendariamente conocido por unos cuantos. El poema de su vida heróica es sugestionador y soberbio; no obstante, yace en el olvido. A esta injusta depreciación se debe nuestro esfuerzo, ella ha arrancado a nuestra pluma estas sinceras líneas de admiración y de entusiasmo. La

de 1852 e inhumado en el Panteón de mi familia. Y sirviendo su erudito deseo, me place manifestarle que dichos restos se encuentran, junto con los de mis antepasados, en uno de los nichos de la cripta que posee mi familia en

corona del premio, resérvase en España a la ineptitud, a la nulidad. La grandeza —grandeza de espíritu, grandeza de ideas--se posterga, se esteriliza; por eso Gallardo, que fué grande y entusiasta luchando contra el destino, se pudre de abandono, y sus hazañas no las memorian mármoles puros, ni victoriosos bronces.

el nuevo cementerio, a donde fueron trasladados desde el panteón de que V. habla en su carta, en que ordenó su sepultura mi bisabuelo don Antonio Ridaura Abad, el cual panteón fué destruido al secularizarse y pasar a ser de propiedad privada los terrenos que constituían la antigua necrópolis Alcoyana. Así, pues, se encuentran en lugar determinado y seguro los restos del insigne bibliotecario de las Cortes de Cádiz.»

La partida de defunción puede verse en el Apéndice B.

APÉNDICES

A.

PARTIDA DE BAUTISMO

D. Diego Manchado y Barquero; Cura propio de esta única Iglesia Parroquial en la Villa de Campanario.

Certifico: que en el libro de bautizados número doce, al folio treinta y uno vuelto, se encuentra la siguiente

Partida. En la Parroquia de la villa de Campanario: a diez y siete dias del mes de Agosto, año de mil setecientos setenta y seis: Yo: Don Bartolomé de Sotto Revollo, Theniente de Cura tra Parroquia, Baptticé a Bartholomé Joseph, hijo legítimo de María Lucía Blanco y de Juan Gallardo, sus padres, que nació el día trece de dicho mes y año, fué su madrina doña Leonor Manuela González de Mendoza, todos vecinos y

naturales de esta dihc Villa, advirtiósele el parentesco espiritual. Y lo firmé=D. Bartolomé de Sotto Revollo=Hay una rúbrica.

La anterior partida concuerda con su original, y para que conste la sello y firmo. Campanario a diez y nueve de Octubre, año de mil novecientos veinte.=Firmado Diego Manchado=Hay un sello.

B.

PARTIDA DE DEFUNCIÓN

El infrafirmado Cura de la Parroquia Arciprestal de Santa María de la ciudad de Alcoy, CERTIFICO: Que en el libro título *Racional del año 1852* de la misma, número 146 al folio 72 se halla inscrita la siguiente partida:

En el cementerio de la ciudad de Alcoy, parroquia de Santa María, a quince de Septiembre de mil ochocientos cincuenta y dos: fué enterrado el cadáver de don Bartolomé José Gallardo de setenta y cinco años, hijo de don José y doña Ana Lucía, todos naturales de Campanario provincia de Badajoz. Falleció de un ataque cerebral; no testó, y lo entarraron José Jordá, y

Ramón Mascarell. Lo que certificó.=Dr. Gregorio Moltó Pbro Rl.

Y para que conste expido la presente sellada con el de esta Parroquia de Alcoy a veinte y nueve de Octubre de mil novecientos veinte. =Firmado Juan Bta Escrivá cura.=Hay una rúbrica, y un sello que dice: Iglesia Parroquial de Santa María de la Ciudad de Alcoy.=

C.

PROCESOS DIMANENTES DE EL «DICCIONARIO CRÍTICO BURLESCO»

Inquisición.—Tribunal de Corte.

31 Agosto 1815. Delación de don Antonio Rodríguez Tordero contra varios indivíduos. Entre los delatados figura el librero Manuel Díaz de Goveo, por tener el Diccionario Crítico Burlesco de Gallardo. Dada comisión al comisario del Santo Oficio don Benito Aguado Bueno, para que practicase averiguaciones, comunica éste con fecha 25 de Septiembre de 1816 que personado en la librería llamada de

Goveo, la viuda del librero negó tener ni haber tenido el Diccionario. (Sobreseido).

(Inquisición.—Leg.° 4491, n.° 25.—Biblioteca Nacional).

Inquisición.—Tribunal de Corte.

18 Septiembre 1818. Delación de Francisco Escosura contra José Beltrán de Lis, por haber leido en su presencia alguna veces el Diccionario de Gallardo. Dada comisión a varias personas para que hagan averiguaciones, contestan que ignoran el paradero del delatado. Por fin, el P. Buenaventura de la Cruz, en 25 de Septiembre de 1819, comunica que por comisión del Santo Oficio, se presentó a don José Beltran de Lis, el cual declaró «que tiene presente haber leido el Diccionario Crítico Burlesco de Gallardo, pero que no se acuerda donde o cuando le leyó, ni de quien le hubo para leerlo. Añade, igualmente, que no retiene ejemplar alguno de dicho escrito, ni sabe quien lo tenga». (Sobreseido).

(Inquisición.—Leg.° 4494, n.° 22.—Biblioteca Nacional).

D.

Relación inserta por Gallardo en el número III de «La Antología», de algunas obras suyas extraviadas el memorable día de San Antonio de 1821.

Historia Crítica del Ingenio Español. (Material como para seis tomos, en que los puntos más característicos que nos hacen señalados en Europa, romancería y teatro, podían irse ya por su pié a la imprenta).

Un *Romancero* y un *Cancionero* con sendas disertaciones sobre este género de composiciones en España; a las cuales servían de comprobantes diez u doce Cancioneros y sobre treinta Romanceros impresos, con más cuatro mil romances M. S. entre medianos, malos, peores y buenos.

El Pindo Español. Colección de poesías castellanas antiguas y modernas, desde los primeros gorgeos de nuestras musas; inéditas muchas, y de las éditas no pocas corregidas y aumentadas según las variantes que de sí arrojan los originales, copias M. S. e impresiones

antiguas y modernas. Material para unos diez u doce tomos.

Un *Teatro Antiguo Español* y su *Historia Crítica*, escrita por mí antes de emprender Moratín la suya; y con mayor ensanche y latitud de plán, ideas y criterio; porque Moratín, elegantísimo escritor, tenía más ingenio que erudición y doctrina; y profesaba sobre el teatro opiniones muy recoletas: para él casi no había otra comedia que la que su padre le enseñó, y él cultivó, la Menandria.

La Costanza. Farsa de Castillejo, descifraba e ilustrada por mí (el primero, sin segundo; pues según decía el P. Piedra-Labés, Bibliotecario del Escorial, ninguno antes había podido descifrar sus garrapatos, ni sacar en limpio sus borrones; y después... se perdió el original). Para este trabajo me sirvió de mucho una copia que saqué en Londres de la parte impresa de esta picante farsa, publicada el año de 1542, en 4.° let. gót. con el título de *Sermón de amores del Maestro Buen-Talante, llamado Fray Nidel de la órden del Gristel*, que me franqueó de su incomparable biblioteca el caballero Ricardo Héber, el más profundo bibliófilo que ha tenido el mundo (después de don Fernando Colón).

La Peña de los enamorados: Comedia inédita y desconocida de el segundo maestro Tirso de Molina, con la vida de este enmascarado y florido ingenio. (La vida, no la muerte que le han dado en son de vida, sin temor de Dios y del mundo, en la reimpresión de sus comedias, entre los ingenios legos: que al pobre me le meten fraile de la Merced, cuando ya era él P. Presentado, y de reverendas campanillas).

Et voici cependant comm'on écrit l'Histoire!!

El Ingenioso Caballero (caballero, segun el codicilo de Cide-Hamete, no hidalgo segun el testamento) *D. Quijote de la Mancha*, ilustrado de nuevo, e ilustrada la *vida* de su ilustre autor.

Estaba para imprimirse en Londres, cuando Navarrete, avisado por nuestro embajador en aquella corte el Duque de San Carlos, Presidente de la Lengua Española, se me adelantó con el suyo.

Diccionario autorizado de la Lengua Castellana; en cédulas «que según el recuento que hice de ellas, con la asistencia de mis amigos Garrido y Robles, al salir de Londres el año de 1820, no bajaban de ciento cincuenta mil».

Vocabulario provincial americano. Varios cuadernos de distintas manos y letras, porque me

ayudaron a su formación algunos doctos americanos en Londres.

Diccionario ideo-pático Español, o Tesoro de las voces y frases que posee la lengua española para la expresión de afectos, conceptos e ideas; con autoridades de nuestro clásicos.

Filosofía de la lengua Castellana, o Principios fundamentales de la filosofía de las lenguas, aplicados y explicados en la Castellana.

Prosodia y arte rítmica Española. «Nuevo todo empezando desde el abecé» etc., etc.

Y sobre todo mil juguetes, desahogos y travesuras de ingenio, algunos en versos Vg.

El triunfo del Rosario, poema burlesco en dos cantos, en sesta rima.

El Coloquio de las camisas o las Camisas parlantes; poema picante, que pica en historia.

El verde gaban, o el rey en berlina; poema entre serio y joco, en sestillas. «De este se imprimió en Londres el episodio la fantasmagoría, en el periódico *O Portugues*, que publicaba allí, mi sabio, ingenioso y desgraciado amigo el doctor Rocha» G.

E.

CUENTO ORIENTAL

EL DELITO DEL DÁTIL

Al soplo del favor del kitib-azirr Hazeh, sátrapa de los sátrapas de Persia, los vasallos del imperio obedecían arrastrándose sobre la tierra; como al soplo de los vientos las naos de Salomón surcaban los mares por las regiones del dorado Ofir. Era el sátrapa (según se lee en los anales de su muarrij el fakip zajar Thalish) sujeto de estupenda capacidad, correspondiente y proporcionada sin duda a las de su espaciosa frente; la cual arrancando en la poblada ceja, se extendía por la poblada mollera hasta rayar en el occipucio. Tal se le habían parado prematuramente el uso del turbante y las largas lucubraciones.

Meditando siempre los medios de servir a su amo de por vida en su satrapazgo, se retiró una tarde al natmevi de najil, llamado así por una palma entre otras que columpiando airosamente sus ramas, escondía en las nubes su jalde pimpollo.

Allí en la soledad por entregarse más al placer, libre de la importunación de los magzenies, a sus graves cuidados, para discurrir con más despejo, depuso el lunado turbante, y comenzó a pasearse bajo las cimbrantes ramas de la reina de las palmas. Soliloqueando estaba muy embebecido en sus pensamientos, cuando un cuesco de dátil, mondo ya de pasado por la injuria del tiempo, descolgándose de la alta cima del palmero, cayó sobre su moronda zolloa.

PASEO DE LAS PALMAS

La corza del desierto no vuelve mas ligera al flechazo que el zayad le disparó con tiro certero, que el sátrapa volvió despavorido y confuso la vista a todos lados. El insulto era atroz, atentar a la chola venerable del gran kitibazirr, y turbar sus importantes contemplaciones. Pero no encontrando agresor en quién descargar su furia convirtiéndola toda contra el árbol inocente, y haciéndole dar por el pié, pago el palmero el delito que el sátrapa de los sátrapas imagino en el dátil; y el *delito del dátil* se hizo en Persia proverbio: expresión que en la aljamia no tiene correspondencia, si ya no la vertemos

por la vulgar de el *¡¡pecado de la lenteja!!*

Boletin oficial de Toledo ¿1833?

F.

Journal de l'amateur des livres.—Tome III pag. 178-180.

Lettres d'un bibliophile russe à un bibliophile français.

Première lettre 23 Février 1850.

«Les honneurs de Tolède me furent faits par un amateur distingué, don José Aizquirel, propriétaire de la bibliothèque technologique moderne la plus nombreuse et la plus riche qu'il y ait en Espagne. Cependant il me fallait bien autre chose.

Je savais que dans les environs de Tolède reside un individu qui, d'après le dire général, est l'homme les plus savant en livres espagnols qui'l y ait. Don Vicenzo Salva me l'avait designé comme tel bien des années avant; tous mes amis de Madrid se renvoyaient en dernier ressort à cet oracle de la bibliographie espagnole; les libraires me disaient, en parlant d'un livre à existence contestée: «A moins que

Don Bartholome Gallardo n'en sache quelque chose». Mais si d'un côté la voix publique faisait de don Bartholome un puits de science et de enseignements, d'un autre, et tout aussi généralement, elle le dépeignait comme peu communicatif et d'une abord difficile.

Me voilà en route, menci d'un grand désir de réussir et d'une lettre d'introduction sur laquelle je comptais aussi peu que celui qui me l'avait donnée: Car tout dépendait du moment, m'avait-on dit.

La cepaire de l'ogre chez lequel il s'agissait de s'introduire est à une demi-lieue de la ville. Je me rends donc à pied à une ferme isolée, entourée de murs; fort heureusement pour moi que la gran porte était ouverte et que les domestiques ainsi que les chiens se promenaient à distance, ce qui me permit de tomber d'un seul bond, et sans être annoncé ni mordu, à la porte même du santuaire. Je sonnai; le maître du logis, légèrement indisposé, était couché: force lui fut de me laisser entrer; de m'entendre décliner le nom de l'ami qui me recommandait et de me laisser entamer la conversation, que j'engageai immédiatement sur des choses qui devaient l'intéresser.

Au bout de quelques minutes la connaissance était faite, et dès cette première visite, dont je ne pus m'arracher avant trois heures, j'eus l'occasion d'admirer la science variée, l'esprit fin et observateur, la mémoire prodigieuse de faits et de dates qui font de Don Bartholome l'un des hommes le plus extraordinairement donés qu'il me soit arrivé d'encontrer dans mes longs voyages. Aucune des questions que je soumettais ne restait sans réponse, aucun de mes doutes litéraires ou bibliographiques ne demeurait inexpliqué, et tout cela avec une connaissance profonde et variée de tout ce qui concernait la matière, avec une multitude de corollaires, souvent plus intéressants que le sujet principal. Je revins le lendemain à cette source abondante d'instruction, accompagné cette fois de la communication d'une foule de livres rares et precieux, que le maître de la maison me fit voir avec une rare obligeance; malheureusement le temps me manquit et je quittai Tolède avec le regret de n'y avoir pas transporté dès le commencement mes pénates voyageurs.

Quoique, âgé Don Bartholome est tout à fait jeune homme au physique et au moral, grâce à

la frugalité de son régime et à cette habitude d'activité qui ne permet pas à l'esprit de vieillir. Travailleur dès sa tendre jeunesse, il n'est rien de ce qui concerne son pays qu'il n'ait visité et examiné; les notes qu'il a ressenblées sans parler de celles qu'il a perdues à différentes reprises, sont un vaste répertoire de cinquante années de recherches.

Je fais des vœux pour qu'il les mettre en ordre, et que le temps ne lui manque pas de donner la vie à tous les ouvrages dont il a l'intention de doter le monde savant, à la plus grande gloire de sa patrie.

S.

NOTICIA BIBLIOGRÁFICA

DE LAS

OBRAS IMPRESAS Y CONOCIDAS DE

DON BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO

NOTICIA BIBLIOGRÁFICA

DE LAS

OBRAS IMPRESAS Y CONOCIDAS DE

DON BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO

1. Defensa de las *Poesías* de Iglesias, en contra de la calificación que de ellas hizo el Santo Oficio. Salamanca, 1800 (Perdida).

2. Soplón al Diarista de Salamanca, por don Zurriago de Duras-testas. Cuatro números.

3. Arte de conservar la salud y prolongar la vida o tratado de Higiene por Mr. Pressavin, traducido al castellano por don Bartolomé Gallardo. Salamanca. En la Oficina de don Francisco de Toxar. Año 1800.

4. Discurso sobre la conexión de la medicina con las ciencias físicas y morales, por Mr. Alibert. Salamanca. En casa de don Francisco de Toxra, 1083.

5. Al editor de la Minerva. Carta publicada en el *Diario de Madrid,* los días 6, 7, 8, 9 y 10 de Marzo de 1807.

6. Consejos a Félix sobre el arte de predicar, 1807. (Perdido)

7. Carta crítica del Br. de Fórnoles en desagravio de la buena memoria del doctor Piquer, mancillada indecorosamente en el Elogio de don Josef Severo López, por don Tomás García Suelto. N.° 6 y 10 del *Memorial Literario.* Febrero y Abril de 1808.

8. Artículos: Sensaciones, Sentidos, Imaginación, publicados en el Diccionario de Medicina de Ballano, 1808.

9. Apología de los palos dados al Excelentísimo Sr. D. Lorenzo Calvo, por el teniente coronel don Joaquín de Osma. Publícala en obsequio de las armas y las letras, el licenciado Palomeque, pretendiente de varas y soldado voluntario (por que Dios quiere). Primera edición. (Sin notas). Cádiz, 1811.

2.ª (Que es la primera después de la última). Cádiz, 1811. Con notas del doctor Encina.

10. Diccionario Crítico-Burlesco del que se titula *Diccionario Razonado Manual para inteligencia de ciertos escritores que por equivocación*

han nacido en España. Cádiz Imprenta del Estado Mayor General, 1811.

Ediciones posteriores: Cádiz, París, Burdeos, Madrid, 1812. Lima, 1813. Burdeos Pedro Beaume, 1819. Madrid, 1820 librería de Manuel Bueno. Burdeos Pedro Beaume, 1821. Madrid, 1822. Marsella 1823. Madrid Sancha, 1838.

11. Cartazo al Censor General por el autor del *Diccionario Crítico-Burlesco*, con motivo de la abortiza impugnación al *Diccionario* anunciado por las esquinas en son de excomunión. Cádiz en la Imprenta del Estado Mayor General. Año de 1812.

12. Contestación del autor del *Diccionario Crítico-Burlesco*, a la primera calificación de esta obra expedida por la junta censoria de la Provincia Marítima de Cádiz. Cádiz en la Imprenta Tormentaria, 1812.

2.ª Tirada. Isla de León por José Periú. 1820.

13. Cartapel a don Guazo. Cádiz, 1812. (Perdido).

14. Crítica Semi-Burlesca de la Calificación del impreso titulado *Diccionario Crítico-Burlesco*, hecha de orden de la Regencia por la junta

Censoria de esta provincia marítima. Su autor El bachiller Justo Encina. Cádiz en la Imprenta Tormentaria.

(Es obra según Gallardo de un cierto don José Quintana—dice La Barrera en nota manuscrita en la portada de un ejemplar que fué de su pertenencia, hoy existente en la Biblioteca Nacional. Dionisio Pérez en su Ensayo de Bibliografía y Tipografía gaditanas, lo atribuye a Gallardo).

15. Alocución con motivo del restablecimiento del sistema constitucional, pronunciado en una reunión de españoles en Taylor, 1820.

16. El Verde Gabán o el Rey en Berlina. (Poema ridiculizador de Fernando VII). Estampáronse varios fragmentos de él, en el periódico *El Portugués* que publicaba por los años de 1814 a 1830 el doctor Rocha en Londres.

17. Carta Blanca sobre el negro folleto titulado *Condiciones y semblanzas de los diputados a Cortes*, dirigida por el autor de la *Apología de los palos* al redactor de cualquier periódico con tal que sea tan liberal que lo estampe de su cuenta y riesgo, por el Ldo Palomeque. Madrid M. de Burgos, 1821.

18. Al Zurriago Zurribanda. Lardón al

n.° 24. Madrid Imprenta de don Miguel de Burgos, 1822.

19. Sobre el teatro anterior a Lope de Vega. N.° 6105 del *Diario Mercantil* de Cádiz, 1827.

20. Leña deshumada que no hace humo. *Diario Mercantil* de Cádiz. N.° 4520.

21. Sobre una mudez extraordinaria. *Diario Mercantil* de Cádiz, 29 de Diciembre de 1828 y 15 de Noviembre de 1829.

22. Cuatro Palmetazos bien plantados por el Dómine Lucas a los Gaceteros de Bayona, sobre otros tantos puntos garrafales que se les han soltado contra el buen uso y régimen de la lengua y Gramática Castellana, en su famosa crítica de la *Historia de la Literatura Española* que dan a luz los Sres. Gómez de la Cortina y Hugalde Mollinedo. Cádiz, 1830. Con licencia. En la imprenta de don Esteban Picardo.

23. Bellas Artes. Crítica de la Biografía de los profesores españoles por Zean Bermudez y Llaguno y Amirola. *Cartas Españolas*. Cuadernos 60 y 64, 1832. Firmado Jose Teodoro Gramblella.

24. Trovadores Antiguos. Del gran canciller Pero Lopez de Ayala y su famoso Rimado

de palacio. Correspondencia del Br. de Fórnoles con el Br. Ziagar. Tres cartas, 1 y 2, en los números 66 y 68 de las *Cartas Españolas;* la 3 en la *Revista Española* n.° 1.

25. El Sepulcro de los Pompeyos. N.° 78 de *El Vapor*. Barcelona, 1833.

26. Poesías sueltas.

Blanca-Flor. Cartas Españolas n.° 7, 1834. Valmar-Poetas líricos del siglo XVIII. *Semanario Pintoresco*, 1854. Tamayo y Zamora-Trozos Literarios. Valera-Florilegio. Díaz Pérez-Diccionario de Extremeños Ilustres.

Los ojos hechiceros, cantheta. *Diario Mercantil* de Cádiz. Valmar obr. cit.

A Zelinda. *Diario Mercantil* de Cádiz número 4726. Valmar obr. cit. *Semanario Pintoresco*, 1853.

La niña retraída. *Diario Mercantil* de Cádiz. N.° 4404.

Los Confites de Cupido. *Diario Mercantil* de Cádiz. N.° 3773. Valmar obr. cit. *Semanario Pintoresco*, 1853.

Epístola a doña María de Alba escrita en Cafarnao a trece días de chirona. Valmar obr. cit. *Semanario Pintoresco*, 1853.

Poema a las tres Marías.

La semana. Valmar obr. cit.

A Carminda. Valmar obr. cit.

El Dueño ingrato. Valmar obr. cit.

A Tirsia y Carminda lindas gaditanas. Valmar obr. cit.

La Confesión.

A Florinda. *El Vapor* 23 de Julio, 1833. Díaz Pérez obr. cit.

El Dominus Tecum o la Beata y el fraile, (cuento sin contera). 1829 Cancionero Moderno de Obras Alegres. London H. W. Spirrtual. Picadilly 87, 1875.

El Moro y el Italiano, Idem. pág. 17 a 19. Va también incluído en Al Zurriago Zurribanda.

De la mayor parte de estas poesías, hizo una recopilación para darla a la estampa (no haciéndolo al cabo más que de las págs. 11-14) Fr. José Pavón, el año 1840 en Córdoba, bajo el título de *Ramillete de algunas poesías galantes de don Bartolomé José Gallardo.* Dicha recopilación hállase hoy en la Biblioteca del erudito hispanista Dr. Milton A. Buchanan, en Toronto (Canadá).

27. Sobre las Poesías de El Solitario. Cartas Españolas.

28. Cuento Oriental. El delito del Datil. Boletín oficial de la Provincia de Toledo, 1834.

29. Las Letras de Cambio o los Mercachifles literarios. Estremas y Aguinaldos del Br. Tomé Lobar. Madrid, 1834.

30. Contestación a un artículo publicado en el Boletín oficial de Madrid relativo al allanamiento de la imprenta de Calero. Firmado: J. Claro de la Vera.

31. Del asonante y su uso especial en la rítmica española. *El Vapor* y la *Revista Española*. Reimpreso más tarde en la *Revista de Filología* de Sevilla.

32. El Criticón. Papel volante de Literatura y Bellas Artes. Madrid Imprentas de Angulo y Sancha, 1835 a 36. Cinco números.

33. El Criticón. Papel volante de Literatura y Bellas Artes continuando con los matériales que para él mismo tenía preparados don Bartolomé José Gallardo. Madrid Imprenta de J. Martín Alegría. Tres números.

34. Discurso pronunciado sobre las juntas preparatorias del Reglamento interior de el Congreso. Legislatura de 1837. Tomo I páginas 355 a 57.

35. Artículo copiado de las Adiciones y ar-

tículos del Reglamento proyecto para gobierno interior del Congreso, propuestos y motivados por el diputado don Bartolomé José Gallardo, Bibliotecario de las Cortes. 1838.

36. Discurso del diputado extremeño Gallardo sobre el párrafo de la Paz del proyecto de contestación al discurso de la Corona, traducido y parafraseado en lenguaje pedestre del estilo de tribuna. Cuatro impresiones. Tres en Madrid y una en Córdoba, 1837.

37. A los electores de diputados por la provincia de Madrid para las próximas Cortes. Madrid, 1841.

38. Contestación de don Bartolomé José Gallardo a don Vicente Collantes, sobre el artículo Comunicado inserto en el n.° 2459 de *El Eco del Comercio* relativo al proyecto de alocución a los electores de la provincia de Madrid, 1841.

39. Revista Gramatical de la Lengua Española. Madrid, 1843 N.° 2. Carta del Dómine Calderón.

40. Antología Española—N.° 3.°, Marzo 20, 1848, pag. 99—del Asonante, su naturaleza y exquisito mecanismo; misterio rítmico, no penetrado por nadie, hasta que lo descubrió el

autor de la siguiente carta. (Va dirigida a don Miguel José Moreno.)

41. Zapatazo a Zapatilla y a su falso Buscapié un puntillazo. Madrid 1851.

42. Confesión con cargos en la causa originada por el Zapatazo a Zapatilla. Sevilla Revista Ateneo N.° 2, 1874.

43. Ensayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos formado con los apuntamientos de don Bartolomé José Gallardo, coordinados y aumentados por don M. R. Zarco del Valle y D. J. Sancho Rayon. Obra premiada por la Biblioteca Nacional en la junta pública de 5 de Enero de 1862, e impresa a expensas del gobierno. Tomos I y II, Imprenta de Rivadeneyra 1863 y 1866. Tomos III y IV. Madrid Imprenta de Manuel Tello, 1888 y 1889.

67. La Abeja Española. Aunque Gallardo siempre lo negó sabemos por el testimonio de Mesonero Romanos que fué el alma de esta publicación principiada en Cádiz y seguida en Madrid hasta 1814.

B I B L I O G R A F I A

CONTERA

Por vía de apéndice a esta noticia bibliográfica, indicaremos algunos de los muchos epistolarios que de Gallardo se conservan, y que hemos revisado.

I. El existente en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia (signatura 11-2-7, legajo 4.°). Consta de 47 cartas dirigidas casi todas a personas de Cádiz. (Don Joaquín Rubio, don José Perez Torroba, don Tomás Garcia etc.) Principia la correspondencia el 18 de Junio de 1824 y termina el 12 de Agosto de 1852.

II. El conservado en la Biblioteca Nacional. Manuscrito n.° 7820. Colección de 16 cartas dirigidas a don Agustín Durán (30 de Noviembre de 1828-17 de Febrero de 1832) y 10 a don Luis Ramirez de las Casas-Deza (15 de Agosto de 1843-21 de Diciembre de 1845).

La lista de algunas obras inéditas que guardaba don Juan Antonio Gallardo, puede verse en la obr. cit. de Nicolas Diaz Perez, al final de la biografía de don Bartolomé.

ÍNDICE

	Páginas
Anteportada	5
Portada	7
Dedicatoria	9
El Héroe	17
LIBRO PRIMERO	32
El Encanto de la Tonsura	33
Florinda	39
Maestro de Pajes	47
Andanzas Serranas	53
El Audaz Xaramillo	63
La Estela del Diccionario	79
La Emigración	97
La Paz del Destierro	101
Don Tomás	107
Los Hijos de Padilla	115
Cartazo y Zurribanda	129
San Antonio Bendito	139
LIBRO SEGUNDO	147
Escribas y Fariseos	149

I N D I C E

	Páginas
El Acero en la Prueba	155
Blanca Flor	165
La Semilla Romántica	173
El Retorno a los Clásicos	187
Los Cuatro Palmetazos	203
Mercachifles Literarios	211
El Criticón	223
La Venganza	235
LIBRO TERCERO	243
La Tusculana del Murmurante	245
El Lindo Don Diego	251
La Hazaña de «El Buscapié»	263
De Zoca en Colodra	271
La Travesura de Estévanez	281
La Sentencia del Mote	295
LIBRO CUARTO	203
Ideario	305
La España de Gallardo	319
La Entraña del Quijote	331
La Leyenda Negra	343
Personalismo Literario	353
Poeta	361
La Pasión Bibliográfica	367
El Mito Gallardiano	377
Crepúsculo	383
La Muerte del Héroe	389
Requiescat	397
APÉNDICES	399
Noticia Bibliográfica de las obras impresas de Gallardo	415

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LA «TIPOGRÁFICA ZAMBRANA
(S. A.)» DE MÁLAGA, EL 8
DE SEPTIEMBRE DE 1921
DÍA DE LA VIRGEN
DE LA VICTORIA

489801

LS
G1637
.Yma

Gallardo, Bartolomé José
Marqués Merchán, Juan
Don Bartolomé José Gallardo.

DATE. | NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 14 16 01 07 014 4